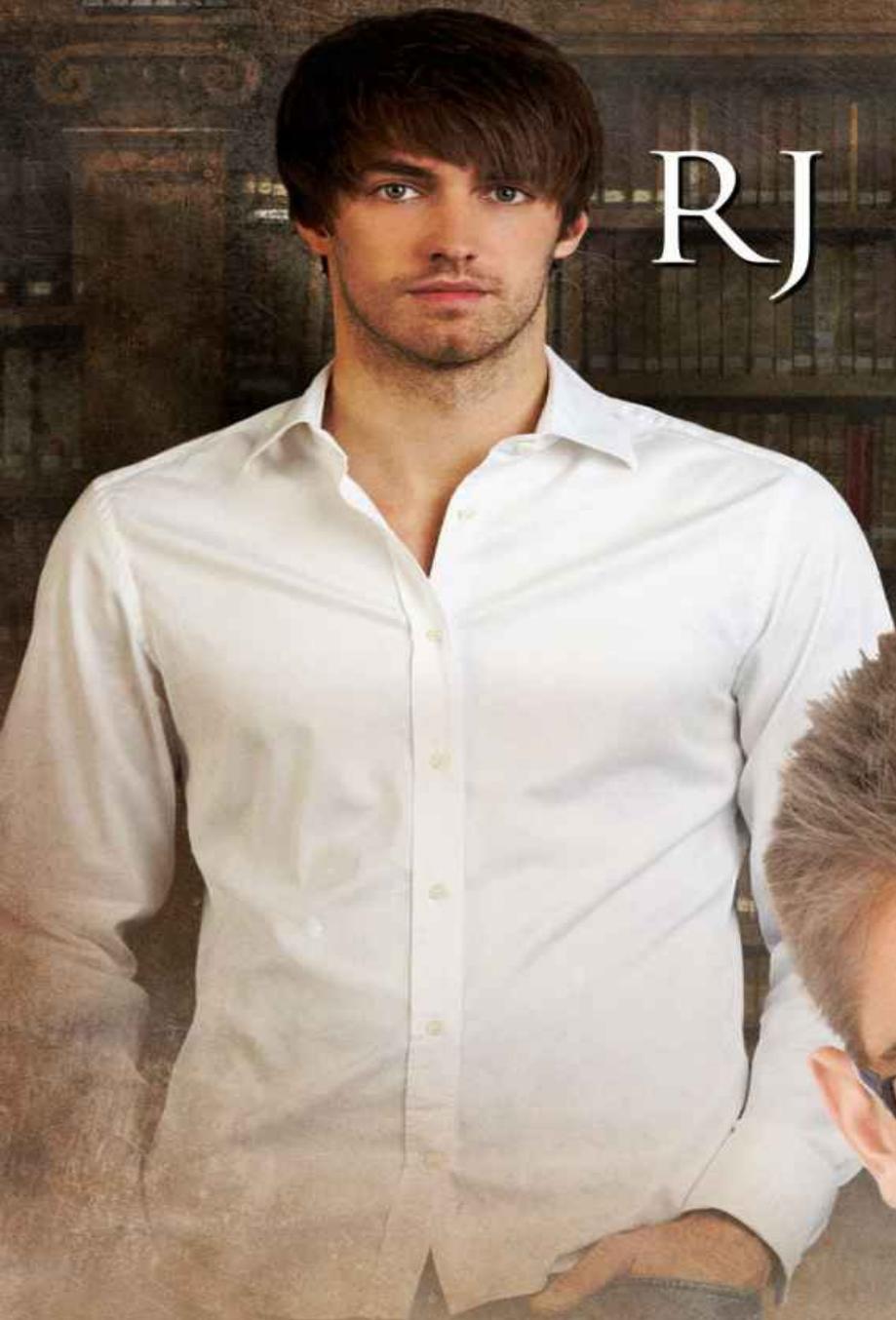


Love Lane Books

RJ SCOTT



Ángel EN UNA
LIBRERÍA

ÁNGEL EN UNA LIBRERÍA

RJ SCOTT

Traducción: Valentina Stoica

ÍNDICE

Ángel en una librería

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Epílogo

El Chico Indigente en Navidad

Acerca del Autor

Leta Blake

ÁNGEL EN UNA LIBRERÍA



Primera edición, copyright 2014 RJ Scott
Diseño de portada Meredith Russell
Traducción Valentina Stoica



¿Qué sucede cuando un hombre roto tiene que confiar en lo imposible?

‘Capítulo Uno’ es una librería de antigüedades y es la última cosa tangible que Joshua Blakeman y su madre tienen de su padre. Ubicada en una tranquila plaza a pocos pasos de la Catedral de St. Paul de Londres, tiene las ventanas blanqueadas y tapiadas, y sin stock nuevo. El lugar es un triste recordatorio de la pérdida y tiene que desaparecer, pero destruir un negocio que ha estado en su familia durante generaciones no es un papel que Josh esté deseando.

Michael es el dueño de Deseos Artísticos, la tienda de al lado. Con sus tazas con arcoíris del orgullo y su perspectiva alegre, él es todo lo contrario

de lo que Josh cree que necesita en su vida.

Pero, cuando Josh y Michael se hacen amigos, Josh descubre que encontrar el verdadero amor comienza por tomar grandes decisiones, y que a veces, todos merecen su propio milagro navideño.

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Esta obra literaria no puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, incluida la reproducción electrónica o fotográfica, en totalidad o en parte, sin el permiso expreso por escrito. Este libro no puede copiarse en ningún formato, venderse o transferirse de su ordenador a otro a través de un programa para compartir archivos de igual a igual, de forma gratuita o por una tarifa. Tal acción es ilegal y viola la Ley de Derechos de Autor.

Todos los personajes y eventos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales vivas o muertas es estrictamente coincidencia.

Todas las marcas registradas son propiedad de sus respectivos dueños.

DEDICATORIA



*Y siempre para mi familia
Feliz Navidad a todos...*



CAPÍTULO UNO

Michael: No recuerdo a menudo en detalle cada vez que soy parte de una familia. Recuerdo los grandes eventos: las guerras, los nacimientos, las bodas y las muertes. Por eso estoy aquí, después de todo, y escribo todo lo más fielmente que puedo. Aún así, el tiempo avanza muy rápido y estoy feliz de dejarlo pasar. Hasta que encuentre al hombre que me hará decidir que el tiempo debe pasar más lento, para poder quedarme.

Un día conoceré a la persona que me hará sentir. Él será fuerte, seguro y perfecto para mí, y querré ascender para ser humano solo para estar con él.

Y, sí, sé que es un él. Siempre lo he sabido



Durante mucho tiempo, Joshua Blakeman permaneció inmóvil en la calle fuera de la tienda. La gente caminaba a su alrededor, algunos chasqueaban sus lenguas, otros pasaban rozándole como si pudiera ser empujado y quitado de en medio. Nadie se detuvo y le preguntó si estaba bien. Él nunca esperó que lo hicieran. Era un hombre extraño envuelto en un abrigo de invierno con un gorro que le cubría la cabeza y una bufanda que le ocultaba la boca, y estaba bloqueando su camino al trabajo.

Detrás de él, el autobús número quince se detuvo con dificultad, y algunas de las personas que lo habían empujado ahora luchaban por

conseguir un sitio en él. Josh no escuchó ninguna maldición o discusión; todos encontraron un lugar en silencio. Él sabía cómo era eso. Durante los últimos siete años, había usado su bolsa de mensajero e inflado su metro setenta y ocho para intimidar y conseguir a su manera un espacio de pie en los trenes del metro. Se había vuelto tan bueno en eso que con el uso juicioso de su voluminosa bolsa, podía ir de Baker Street a St. Paul en menos de quince minutos.

Pero eso fue ayer. Eso fue un montón de ayeres antes. Mucho antes de su crisis. Mucho antes de que todo se fuera a la mierda y terminara aquí de pie y mirando.

Esta era su vida ahora, esta pequeña rata que corre entre el metro y el autobús en St. Paul. Nadie sabía que estaba allí, o al menos nadie se detuvo. No había Starbucks, ni Costa, ni vendedores de periódicos, ni historia de ningún famoso que viviera en la plaza. No había absolutamente ninguna razón para que un viajero se tomara un momento para ver qué había en los jardines de Horus. Los turistas a veces vagabundeaban por este lugar, esta pequeña plaza silenciosa, y a veces, muy raramente, se quedaban. Había césped en alguna zona para sentarse en paz antes de la siguiente etapa del día. Podrían ir al Palacio de Buckingham o a la Torre de Londres, podrían tener entradas para el London Eye o un crucero por el Támesis. Todos tenían un propósito, y todo lo que dejaban aquí en la plaza era basura.

—Joder, —alguien maldijo en la cara de Josh mientras se lanzaba sobre él. No agregó nada, simplemente se alejó, dejando a Josh con el aroma del ajo de la noche anterior y el desodorante y la loción para después del afeitado de esta mañana.

Josh se preguntó lo cerca que esa persona estaría de una crisis nerviosa. ¿Estaba a semanas de distancia, o solo había vendido su alma al comercio y todavía estaba fresco como un recién nacido?

—Lo siento, —dijo, a pesar de que la persona se había ido hace mucho tiempo.

Pero no se movió. Se limitó a mirar fijamente el letrero que tenía delante, las grandes letras CERRADO pintadas en escarlata sobre un tablero que cubría la puerta, y los remolinos blancos que empañaban las ventanas.

Allí estaba todo lo que Josh no quería, y todo lo que necesitaba.

—Jesucristo, —espetó una mujer mientras se desviaba para evitarle—. Malditos inmigrantes. —Dejó el aroma de Chanel y el insulto era nuevo. Se echó una ojeada a si mismo. Vestía un abrigo de Marks and Spencer,

vaqueros Levis y botas de cuero, y el pañuelo envuelto alrededor de su cabeza era de cachemir, el mejor diseño de John Lewis. Aún así, él estaba parado aquí como un idiota, y eso significaba que era etiquetado instantáneamente como cualquier tipo de molestia que la gente pudiera imaginar.

—Lo siento, —dijo otro hombre mientras atrapaba la rodilla de Josh con su maletín. El hombre claramente no estaba arrepentido. Josh conocía bien ese tono de voz desdeñoso e irritable. Él mismo lo había usado lo suficiente.

Finalmente se acercó, solo un pequeño movimiento, las llaves un gran peso en su bolsillo. Luego otro paso. Por algún milagro, nadie más chocó con él, hasta que finalmente llegó a la entrada de Capítulo Uno y la puerta empotrada. Al menos en este área protegida, el hielo no se colaba a través de la lana de su abrigo. Aquí había silencio y no estaba en medio del camino de todos.

Sacó las llaves de su bolsillo y las barajó para encontrar la que estaba marcada con **FRONTAL**. Los pulcros capiteles en la letra de su padre le causaron un escalofrío en el corazón que no fue del todo debido a los vientos de finales de octubre. Torpe al principio le dio vueltas y consiguió meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. El tintineo de una campana de plata anunció su llegada, y tuvo que empujar con fuerza para mover una acumulación de correo basura y cartas a un lado. Algunas de ellas parecían oficiales, pero ya había ordenado las facturas online y por teléfono. Todos los que trataban con la librería tenían una dirección de contacto de la casa de Josh y su madre. Él podría preocuparse por el correo más tarde.

La oleada de olores lo golpeó, la ranciedad de un interior que no había visto la luz del día en casi un año y el olor de los libros que se encontraban justo como en el día que su padre los había dejado. El gran espacio estaba lleno de estanterías, pero carecía de lo que le había dado propósito y vida: su padre, Andrew Blakeman. El dolor apuñaló a Josh con fuerza, y se quedó quieto cuando el peso lo empujó hacia abajo. Al menos esta vez no era un obstáculo en el camino mientras se quedó absolutamente inmóvil.

La última vez que había estado allí, su padre estaba detrás del mostrador con sus gafas de montura oscura y sus guantes blancos, trabajando en una nueva adquisición, reparando una encuadernación para que el libro pudiera ser vendido. Los dedos de Josh se crisparon ante la idea. Había sido aprendiz de su padre durante algunos años, hasta que el atractivo de los ordenadores lo arrastró lejos. Conocía el cuero, los paneles y las planchas, y podía moverse

con sutileza a través de una discusión sobre recubrimientos en oro si no lo presionaban demasiado con preguntas.

Había una caja frente al mostrador, con lo que parecían libros de segunda mano, una copia de Marley & Yo asomando por la parte superior. Su padre siempre tenía personas que le dejaban cajas de libros, y Josh nunca había entendido por qué su padre no les había dicho que llevaran las cajas a una tienda de caridad.

Porque cualquier libro es precioso y nunca sabes qué gema o herencia familiar puedes encontrar con los Grishams y los Kings.

Diez meses desde que su padre había muerto y aún las palabras estaban grabadas en su memoria como si fuera ayer.

Su teléfono sonó en su bolsillo, y se quitó los guantes y lo sacó. Se había prometido a sí mismo que no seguiría revisando ese maldito teléfono, pero incluso después de este período de tiempo, aún no había perdido el condicionamiento de responder. La sola palabra, *Mamá*, en la pantalla, le tenía casi guardando el maldito teléfono de nuevo, pero no podía hacer eso. Ella querría saber.

—Hola mamá.

—Joshua, cariño, ¿has llegado ahí bien?

A Josh no le gustaba recordarle a su madre que había logrado llegar a la ciudad de forma segura durante siete agotadores años y que ella no se había preocupado entonces. Eso le habría valido uno de esos suspiros patentados de paciencia de mamá y un comentario sobre cómo las cosas habían cambiado ahora. Esa era una lata de gusanos que no quería volver a destapar hoy.

—Acabo de entrar.

—¿Cómo se ve todo? ¿Está bien?

Josh se miró a sí mismo. Nada se había movido desde el día en que su padre murió. Solo él y su madre tenían llaves, y nadie más había estado dentro. Incluso los cuadernos estaban abiertos en el escritorio para los pedidos, y una pequeña pila de periódicos locales hablaba sobre el diciembre más lluvioso desde que comenzaron los registros. Diez meses, casi once, y el lugar seguía siendo el mismo.

—Está bien, —resumió—. Polvoriento.

—Gracias por hacer esto, —dijo mamá—. Sé que he estado allí para ocuparme de la calefacción, pero no podía tocar los libros, sus libros, simplemente... todavía no.

—Está bien, mamá. Revisaré las tuberías, ordenaré la publicación y me

abriré paso por la lista.

—Y Josh, no olvides que Phil pidió una segunda llave. Si se vende Capítulo Uno, tendrá que dejar entrar a los agentes y posibles compradores.

Josh se tragó su respuesta instintiva. De ninguna manera en el infierno iba a hablar con Phil o darle la llave de este lugar. El tío Phil, el hermano de su padre, había mostrado un interés desmedido en esta pequeña propiedad recientemente, bajo el pretexto de apoyar a su cuñada. Dijo que solo quería ayudar, pero Josh tuvo un mal presentimiento cuando Phil estuvo rondando. El padre de Josh había dejado este lugar a su esposa, y Josh sería el que vendiera la librería y el inventario, haciendo una nueva vida para su madre. No el tío Avaricioso Phil. Pero en el momento en que su madre dijo que quería vender, Phil le había exigido que recibiera la ayuda adecuada.

Josh hará esto por mí. Será bueno para todos nosotros.

Ahora no era el momento de discutir con su madre. —Está bien, —dijo en cambio.

—Espero que esto no sea demasiado para ti, —dijo. Las palabras fueron suaves, y Josh se preguntó si ella incluso había tenido la intención de decirlas en voz alta.

—Mamá, estoy bien. Te llamaré, ¿de acuerdo? —Terminó la llamada rápidamente y colocó su teléfono sobre el mostrador. La tienda estaba oscura debido a la madera clavada en los marcos de las ventanas, y mantener la puerta abierta para tener luz no iba a funcionar con este frío. Pulsó un interruptor y las luces del techo se encendieron. Las facturas aún se pagaban con la electricidad mínima, las tarifas comerciales y el agua. La lista era interminable, especialmente para un negocio que estaba inactivo y no tenía un ingreso equilibrado.

El frío del exterior se precipitó sobre él en una ráfaga de viento de octubre y cerró la puerta. Finalmente, cuando hubo encendido la calefacción, pudo quitarse el abrigo y el sombrero, y luego ir en busca de una tetera. La calefacción se había mantenido baja durante todo el año, con su madre apareciendo de vez en cuando para comprobar que todo estaba bien. Incluso ahora se preguntaba por qué ella no estaba allí organizando el inventario. Pero ella parecía pensar que debería ser él, dijo que podía usar el tiempo para considerar lo que haría a continuación.

¿Y qué diablos iba a ser lo siguiente que iba a hacer de todos modos? Nunca más volvería a trabajar para una institución financiera, y la idea de ser uno de esos tipos de IT por cuenta propia le llenó de pavor.

Enfócate.

No tenía leche, pero el café negro era una posibilidad si había algo aquí. Su padre había mantenido una pequeña cocina y había ofrecido a los buscadores en la librería una selección de café, aunque fuese instantáneo, o té. La pequeña nevera estaba vacía, afortunadamente. Josh tenía pesadillas al pensar en lo que en todo este tiempo le habría pasado a cualquier comida o bebida que quedara allí.

Había bolsitas de café, y permitió que el viejo grifo vertiera agua en el fregadero hasta que la corriente se asentó antes de llenar la tetera. Con un café negro que lo calentaba desde adentro, fue más capaz de catalogar coherentemente su entorno.

El lugar no estaba húmedo, lo cual era bueno. Había existencias allí que podrían ser rescatadas y vendidas. No obtendrían mucho por eso, y muchos de los libros irían a obras de caridad, pero tal vez podrían recuperar lo suficiente como para cubrir la calefacción que se necesitaría para ver este lugar durante otro invierno.

El letrero de fuera de la librería de segunda mano yacía en el suelo, apoyado entre las pequeñas muestras de publicaciones periódicas de su padre y narrativa romántica, y Josh se agachó para inspeccionarlo. 'Capítulo Uno' se leía en escritura cursiva antigua. Era un nombre genial para una librería, incluso Josh tuvo que admitirlo. El letrero estaba oxidado y era más que probable que solo fuera apto para la basura. Él rastreó la metálica C y movió el cartel un poco para que no presionara demasiado en ningún inventario que pudiera salvarse.

Tal vez podrían obtener algo por el letrero. ¿Un lugar de reciclaje o algo así? Había visto cosas extrañas en el televisor. Alguien podría quererlo para su granero convertido o alguna otra mierda de arte que él no conocía. El cartel era tan viejo como el negocio, y eso era más de cien años de *antigüedad*.

Los suelos de madera estaban sin brillo, pero puliéndolos con un tinte o algo así se verían bien de nuevo. Josh agregó eso a la lista de cosas que hacer cuando se quitaran todas las estanterías. Hablando de eso... Examinó la base del sistema de estanterías más cercano, preguntándose si el suelo había sido colocado antes o después de que se construyeran los estantes. Todo llegaba casi al techo, pero parecía estar encima del suelo de madera, gracias a Dios. De hecho, había un pequeño espacio debajo de cada estante de libros y un fuerte recuerdo le golpeó.

De él como un niño pequeño y un juego de coches de Top Trumps y la pérdida de una de las cartas de Fiat en una de las estanterías gigantes. Y de la voz reconfortante de su padre diciéndole que había muchas más cartas de juego y que Josh debería coger cincuenta peniques e ir a comprar otro juego mas en los quioscos de al lado. Esa singular pena le golpeó de nuevo. Su padre había sido tan joven para morir. Solo sesenta y cuatro, y con tanto por vivir.

Todo estará bien...

Josh levantó la vista del suelo, sorprendido por las palabras, y luego negó con la cabeza. No había nadie allí, y una vez más su cabeza estaba jodiéndole. Voces. Ahora estaba escuchando voces. Algo se movió en la esquina de su visión, y se levantó rápidamente, agarrándose a las estanterías para estabilizarse. La oscuridad le cubrió, y cerró los ojos para no tener otro dolor de cabeza. Estaba acostumbrado a ellos ahora, y esperó el dolor, pero no había ninguno, solo calor que hizo que sus mejillas se ruborizaran y sus manos temblaran donde se agarraban al estante para sostenerse.

Esto es nuevo.

Esperó hasta estar seguro de que podía estar de pie sin apoyo, luego continuó su investigación sobre la estructura del lugar. Durante un buen rato, se apoyó en la gran puerta de roble que conducía a la tienda siguiente. Cuando era pequeño, probablemente más o menos al mismo tiempo que el incidente de Top Trumps, solía imaginar que la puerta conducía a Narnia, o a cualquier otro lugar con aventuras emocionantes. Como adulto, sabía que estaba permanentemente cerrada, pero que conducía a la tienda del otro lado. Quienquiera que fuera el dueño de la casa de al lado probablemente ya lo había bloqueado todo, y Josh no estaba seguro de por qué su padre y su abuelo habían dejado la puerta de este lado en su lugar. Él rastreó algunos surcos en la madera. Viejas, desgastadas y lisas, formaban iniciales y patrones que podían tener cuatrocientos años de antigüedad, que databan de cuando esta hilera de casas y tiendas se construyó en las calles descuidadas de un Londres antiguo.

Tanta historia en esas marcas

Josh se dirigió hacia la caja y el asiento detrás de ella. Siempre es mejor encontrar un lugar donde sentarse para no quedar boca arriba mirando las luces giratorias, que era básicamente cómo había organizado su dramática salida del Swanage Brothers Investment Bank en el verano. Después otra vez en el metro. Y de nuevo en el supermercado. Hasta que finalmente le

metieron en una sala con cables y monitores y le trataron con muchos dedos moviéndose sobre su cerebro y trabajaron, con varios añadidos de *¿quiere morir como su padre?*

Sentado allí estaba cara a cara con el último día de su padre. El cuaderno era más un diario, y uno con el que Josh estaba familiarizado. Había una pequeña lista, pedidos para despachar, un número de teléfono y las palabras "Jane Austen" junto a ellos. Capítulo Uno no solo vendía libros que se publicaban ahora, también tenía una abundante lista de libros raros que a su padre le encantaba encontrar y buscarles nuevos dueños. Una de las últimas conversaciones que Josh había tenido con su padre era sobre un conjunto casi perfecto de libros de Jane Austen que había encontrado.

Josh hizo una nota mental para comprobar eso. Tal vez Capítulo Uno le debía dinero o libros a alguien. El cuaderno era un buen lugar para comenzar. Tomando el bolígrafo de al lado del cuaderno, pasó la página y escribió un POR HACER grande en la parte superior.



CAPÍTULO DOS

Michael: Busqué el ruido y traté de encontrarle sentido. La puerta está medio escondida detrás de un armario que muestra caballeros y reinas talladas a mano y tableros de ajedrez abiertos incrustados con pan de oro. El arañazo... no, más un suspiro... es un sonido familiar una vez que me acostumbro a escucharlo correctamente.

Él está aquí.

Me enderezo desde mi posición encorvada sobre una pequeña acuarela que intento restaurar. Recuerdo cuando esta imagen fue pintada. Uno de mis encargos fue una joven talentosa cuya habilidad para capturar belleza se perdió cuando ella lo dejó todo para convertirse en esposa.

Las cosas han avanzado, han cambiado a algo en lo que no reconozco el Londres de hoy. Aún así, sé lo que significa el suspiro.



Josh volvió a leer la lista y mentalmente marcó cada cosa en su cabeza con un toque de acompañamiento de su lápiz. "Inventario" fue lo primero en la lista. Debajo de esa sola palabra, escribió "¿Experto?" ¿Quién sabía cuánto valía todo esto? Había libros allí que estaba seguro de que serían felices en la sección de gangas en un supermercado, otros que

parecían valiosos. Tendría que contratar a alguien que supiera de libros antiguos por si había suficiente dinero allí para darle a mamá un retiro cómodo. No tiene sentido aprender él mismo si no iba a estar aquí mucho tiempo.

La puerta se abrió y él levantó la vista, parpadeando a la luz que se filtraba desde el exterior.

—No estamos abiertos, —dijo, intentando centrarse en quienquiera que hubiera entrado. Los turistas veían algunas luces y pensaban que el letrero con Cerrado realmente significaba "entre y rebusque".

—Hola, —dijo una voz decididamente elegante. El dueño de dicha voz se adelantó en la penumbra del interior y cerró la puerta detrás de él. Luego tropezó con el correo todavía amontonado, antes de enderezarse con una mirada irónica a la pila.

Josh notó dos cosas cuando soltó una disculpa por el desastre en el suelo. El hombre era grande, alto y corpulento, y tenía un café para llevar en cada mano que no había tirado al suelo cuando tropezó. Josh pensó al azar que esperaba que uno de ellos fuera para él.

Luego se sorprendió deseando cosas que no iban a suceder y se detuvo sacudiendo la cabeza.

—Lo siento, pero estamos cerrados, —repitió.

El hombre se acercó y le tendió un café. —Lo sé. Soy Michael. Tengo la tienda de al lado, te vi entrar, pensé que te gustaría un café.

Cuando se acercó, Josh miró al hombre que se proclamaba vecino. Alto... bueno, Josh se había enterado de eso por la forma en que había llenado la puerta. El pelo de Michael era casi negro como el ébano y habría parecido soso en alguien tan pálido como Josh. En este hombre, con sus tonos de piel más cálidos y ojos oscuros, se veía justo en lado peligroso para la libido de Josh. Se levantó de inmediato, tomó la taza con la mano izquierda y extendió la derecha.

—Josh Blakeman, —se presentó.

Michael estrechó cálidamente la mano de Josh. —Lamenté mucho tu pérdida, —dijo. Las palabras familiares no significaban nada. Josh las había escuchado un millón de veces, repetidas por todos, desde sus compañeros de trabajo hasta el camarero de King's Head. Todos sintieron que era lo que se debía decir. Josh todavía tenía que esforzarse, incluso después de diez meses, para saber exactamente qué decir en respuesta. En cambio, se sentó en el taburete y quitó la tapa de la taza de café.

—¿Conociste a mi papá? —preguntó Josh. Esperaba los cumplidos habituales, pero no hubo ninguno de este hombre que llenaba la librería vacía con su tranquila presencia. Josh tosió para cubrir el extraño silencio, repentinamente preocupado de por qué este hombre todavía estaba allí con su cara cuidadosamente vacía de emoción. ¿Que quería? Tenía pómulos para morir, y... espera... *hola ¿hoyuelos?*

Una oleada de deseo asomó insistentemente al subconsciente de Josh. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido algo por otro hombre. Descubrió que su ex había estado engañándole antes de que Josh terminara en el hospital, y eso había sido hace unos meses.

Michael no parecía sentirse incómodo con el silencio. Sacó una selección de paquetes de azúcar y un agitador de un bolsillo. —Por si acaso, —dijo mientras colocaba todo en el escritorio ya abarrotado—. Te di café, pero este es té si lo prefieres.

—No, el café está bien. —El café estaba bien. El primer sorbo fue el cielo incluso mientras escaldaba su paladar. Él saboreó el sabor del segundo sorbo mientras hacía rodar el líquido sobre su lengua para enfriarlo. —Gracias.

—De nada.

Michael se calló de nuevo y parecía decidido a revisar el espacio de la librería tan minuciosamente como lo había hecho Josh antes. No tocó nada, ni se movió, pero su mirada cayó al suelo, las estanterías altas y la puerta que separaba esta tienda de lo que Josh supuso que era la suya. Parecía serio, pensativo, y también había tristeza allí.

—Así que, ¿conociste a mi papá? —preguntó Josh de nuevo.

Esta vez, Michael negó con la cabeza, su atención se dirigió a Josh ante la pregunta. —No realmente, hace poco que me instalé la tienda de al lado, —admitió—. ¿Pero quién conoce a alguien en Londres, con todos siempre tan ocupados, apresurándose de aquí para allá? —La bombilla polvorienta arrojó un brillo luminoso sobre el extraño, y la forma en que miró a Josh fue un poco desconcertante. No solo la mirada fija, sino la intensidad de la mirada centrada en Josh.

Josh no tuvo tiempo para pensar en el extraño uso de las palabras o en como las pronunciaba de manera formal. Estaba a punto de comentar que no recordaba a su padre corriendo a ninguna parte cuando Michael giró sobre sus talones y salió de la librería con un gesto de despedida. El silencio después de que él se hubiese ido hizo que Josh luchara por creer que alguien realmente había estado en la librería con él. Solo el olor que emanaba de su

dosis de cafeína le dijo que no había soñado todo.

Sorbiendo pensativamente, agregó algo a su lista. Punto seis. "Encuentra la cafetería más cercana". Después de todo, tenía que estar cerca para que Michael pudiera entregar la bebida aún caliente a Josh. Luego se sentó en la silla. ¿Qué hacía Michael? Lo último que Josh recordaba de la tienda de al lado, todavía era un quiosco de prensa. Aram Singh lo había tenido con su familia, y tenían un repartidor de periódicos llamado Jamie o algo por el estilo. *Extraño, las cosas que recuerdas cuando no estás pensando en ellas.*

Michael no se parecía a Singh, y tampoco parecía un vendedor de periódicos. De hecho, parecía el tipo de hombre con el que Josh se sentaría cuando trabajaba, cuando había trabajado: un traje oscuro, camisa y corbata. Sin abrigo, sin embargo, o guantes o bufanda o cualquier cosa. Apenas unos pasos de esta puerta a la suya, Josh adivinó. Trató de imaginarse el frente de la tienda de al lado, pero todo lo que recordaba de esa mañana era la presión de la humanidad y la desolación de la pérdida mientras miraba Capítulo Uno.

Terminando el café, decidió devolver el amable gesto y tal vez comprobar qué tipo de tienda se encontraba al lado. Tal vez era exitosa hasta el punto que el propietario podría querer comprar este lugar y derribarlo.

Punto siete. "Conseguir nuestro propio agente inmobiliario no conectado a Phil". Luego agregó la palabra "finalmente" y la subrayó dos veces.

¿Por dónde empezar? Oh sí, inventario. Miró alrededor de la librería, desde los libros de bolsillo en los bastidores en la parte delantera a los libros más antiguos en la parte posterior. Al menos había oído hablar de Dan Brown, por lo que reforzó su decisión de comenzar por allí.

Punto ocho. "Traer cajas para almacenar. ¿Quién quiere los libros?"

Contó doce copias del nuevo título de Dan Brown y otras seis de *Harry Potter* y las empujó hasta el estante antes de marcar los libros por título y autor con un recuento junto a ellos en una nueva página en el cuaderno. Luego se detuvo. Esto era estúpido ¿*Qué estoy haciendo?* No había una metodología en lo que estaba haciendo. Necesitaba su ordenador portátil y una idea de qué diablos estaba tratando de lograr aquí.

—¿Seguro que quieres hacer esto? Has estado enfermo, —había dicho mamá, su mirada temerosa y sus ojos azules llenos de lágrimas. Se veía tan frágil, y el primer instinto de Josh de ceder y hacerla feliz no fue fácil de pelear. Pero él quería hacer esto. Tenía tiempo, no tenía trabajo, estaba quemado, cansado, afligido, y necesitaba hacer esto. Luego estaba el tío Phil. No tenía derecho al dinero, pero Josh tenía la mala sensación de que olía su

debilidad y la de mamá y tenía la intención de aprovecharse de ella.

—No soy un niño, conozco mis propios límites. —Josh se defendió rápidamente, pero no pudo dejar de notar la sonrisa de Phil ante las palabras. Bastardo.

Mamá miró de Phil hacia él, suplicando con sus ojos llorosos y sus manos temblorosas. —¿Y llamarás a Phil si necesitas ayuda?

Mamá había estado buscando ese fuerte apoyo masculino y obviamente no lo había visto en Josh. Eso había dolido entonces, y todavía dolía. Su padre se había ido, y Josh debería ser el hombre de la casa ahora.

Así que había prometido en ese momento que simplemente miraría y que llamaría a Phil, y trabajarían juntos para catalogar y vender el trabajo de toda la vida de Andrew Blakeman. Él había mentido entonces, y estaba usando todas sus mejores tácticas dilatorias ahora. La llamada de esta mañana, había sido un recordatorio de mamá. *Dale una llave a Phil si es necesario. Déjalo mirar si necesitas ayuda. No lo hagas todo tú solo si no puedes manejarlo.*

—Phil solo quiere ayudarte, —mamá repetía una y otra vez—, y no quiero que te preocupes.

Punto nueve. Cambiar cerraduras

Cuando miró su teléfono, vio que era la una en punto, pasada la hora del almuerzo, y había estado tan perdido tratando de entender qué se suponía que estaba haciendo que en realidad había hecho muy poco. Su estómago rugió, y su decisión fue tomada. Necesitaba encontrar esa cafetería y conseguir un sándwich. Mañana podría traer algo de su casa, pero hoy se daría un capricho. Consideró la tienda italiana de sándwiches a la vuelta de la esquina de donde solía trabajar, pero no podía ir allí. Podría haber personas de su antiguo trabajo, comprando gambas y aguacates en pan integral, con más café solo para pasar el día.

En cambio, se detuvo un momento afuera de Capítulo Uno y miró hacia la Plaza Horus. Típica del Londres más antiguo, era una plaza con casas muy juntas, dispuestas alrededor de un césped que ofrecía dos bancos, grandes robles y barandillas de hierro falso ennegrecido. La mayoría de las altas casas de la ciudad tenían pequeños jardines sobre el césped, pero todos estaban de lado y solo Capítulo Uno daba hacia afuera. Eso y las instalaciones de al lado, por supuesto.

Josh se volvió para mirar el nombre, el que fuera. Él podría ir y darle las gracias al hombre de dentro.

Deseos Artísticos, decía el letrero. No era un cartel colgante, sino una

pintura real sobre el cristal de la ventana de la tienda. Josh no dudó. Entró y el tintineo de una campanilla sobre la puerta hizo que una cabeza apareciera detrás de un largo y pulido mostrador de madera.

—Hola, —dijo Josh. No añadió nada más, lo cual fue un poco cojo en cuanto a maneras de empezar una conversación.

—Hola, —dijo Michael mientras se levantaba en el mostrador. Se sacudió el polvo imaginario en su camisa prístina, y Josh se dio cuenta de que el hombre se había quitado la chaqueta del traje. Una vez más, él podía; esta tienda era agradable y cálida. Calentita y perfumada con vainilla, como si hubiera velas en algún lugar allí.

Los recuerdos lo asaltaron por el olor a tabaco y el atractivo de los dulces en cajas de plástico. —Esta solía ser la tienda de Singhs —dijo Josh—, la última vez que estuve aquí.

—Él señor Singh... —Michael inclinó la cabeza pensativo—. Oh, sí, recuerdo su nombre en el contrato de arrendamiento. Era el último propietario y vendedor de periódicos con un café pequeño, luego estaban los Abbots antes de eso, que lo usaban para comida saludable, pero ahora estoy yo. —Michael indicó la tienda con un amplio gesto de su mano. Josh siguió el movimiento y vio tanto que no pudo asimilarlo todo. Las pinturas en la pared iban desde manchas de color realistas a manchas aleatorias: marcos, tarjetas, vitrinas con figuritas y tableros de ajedrez, todo expuesto con piezas en exhibición. Las escaleras se curvaban en una espiral de metal a otro nivel y la luz inundaba el lugar desde una ventana del piso superior que reflejaba los espejos que colgaban por todas partes y capturaba cada pequeño cristal que colgaba en el espacio.

—Es muy... —Se detuvo, y Michael le sonrió.

—¿Lleno, artístico, brillante?

—Todo lo anterior, —admitió Josh. Pero eso no lo hacía algo malo. Había luz en este lugar, y color y excentricidad que calentaban su alma fría—. Solo pensé en entrar y decir gracias por el café.

Michael apoyó los codos en el mostrador y apoyó la cabeza en las manos. La pose parecía tan en desacuerdo con la camisa y la corbata. Había una alegría en la forma en que se relajaba en su reino. —De nada, —dijo con una sonrisa—. Tengo una enorme máquina de expreso en la parte posterior. ¿Quieres que te lo muestre?

—¿Has hecho el café?

—Ven a ver. —Michael se enderezó, y Josh no discutió. Siguió a Michael

a través de una cortina de brillantes mariposas que colgaban de delicados hilos en una cascada de color. La habitación detrás del espacio de la tienda le recordó a Josh a la cocina de Capítulo Uno, pequeña y estrecha. Pero había una gran diferencia aquí. En la librería, la cocina era una casucha, con una nevera pequeña, una tetera, bolsitas de café y una bombilla parpadeante. La de Michael, evidentemente, había sido actualizada ya que parte de ello era un café. La máquina de café estaba totalmente hecha de cromo con una multitud de perillas y diales, y tambaleándose en una pila ordenada, aún envueltos en plástico, todo tipo de recipientes de cartón que verías en la mano de cualquier bebedor de café mientras salían corriendo del metro al trabajo .

—Guau, —fue todo lo que logró decir.

—Lo sé, es genial. Lo dejaron los Singh y todo lo que tenía que hacer era traer a un técnico de mantenimiento para asegurarme de que todo funcionara. Utilizo generalmente tazas. —Indicó el pequeño fregadero que estaba colocado en una superficie de trabajo en la otra pared—. Pero no quería agobiarte con el lavado.

Eso tenía sentido, pero también conducía a una conclusión desagradable. —¿Entonces no hay una cafetería cerca de aquí? —No pudo evitar el tono de desilusión. El café significaba tartas o pasteles o paninis, y su estómago retumbó nuevamente como para subrayar su disgusto.

Michael frunció el ceño. —Sí, si vuelves a la calle principal y te diriges a St Paul, está lo de siempre.

—No estoy lo suficientemente desesperado como para luchar contra la multitud, —dijo Josh. Había estado esperando un pequeño café en algún lugar tranquilo.

—¿Tienes hambre? Toma. —Josh miró hacia abajo a lo que le estaba entregando. Sándwiches recién envueltos. Jamón y mostaza—. Puedes comerte estos.

—No puedo tomar tu almuerzo.

Michael sacudió otro paquete frente a Josh. —Tengo otros, —dijo—. Compro lo suficiente para dos días normalmente.

El gen educado de Josh le dio un puntapié y combatió con su estómago vacío, que había visto poco más que café desde las seis de la tarde de ayer.

Finalmente su estómago gano y asintió agradeciendo. —Si me dejas traerte algo mañana. —Realmente sentía que podría soportar tener algún tipo de conexión fuera de la librería en esta pequeña área, y Michael parecía ser un buen tipo.

—Trato hecho. ¿Quieres una taza con eso? —Michael ya estaba en la tetera, llenándola de agua—. ¿Puedo hacer café si quieres? —Indicó la máquina, pero Josh negó con la cabeza. Había tenido suficiente café por un tiempo.

—Eso sería estupendo. —*Otra vez cojo, Josh.* Hubo silencio que se volvió incómodo, y Josh maldijo interiormente. Odiaba los silencios incómodos. Luego, inspirado, hizo una pregunta que garantizaba que la conversación duraría al menos mientras el tetera hirviera. —¿Cuánto tiempo hace que esta tienda está aquí? —preguntó—. No recuerdo que papá te haya mencionado.

—Desde marzo, —dijo Michael, distraído por la desconexión del hervidor—. ¿Cómo te gusta el té?

—Con leche, sin azúcar, gracias.

Michael volvió la espalda y se entretuvo con el té, finalmente le mostró a Josh una taza blanca brillante llena de té y blasonada con un arcoíris y las palabras Orgullo 2013. Luego indicó dos sillas que Josh ni siquiera había notado que estaban allí, y se sentaron. La cocina no era un área grande para un hombre tan alto y sólidamente construido como Michael, y mucho menos cuando añadías el marco de metro setenta y ocho de Josh, aunque era delgado. Aún así, de alguna manera lograron colocar tazas y sándwiches en una superficie, pero teniendo espacio para sentarse cómodamente.

Josh sintió un tirón de dolor en las sienes, y se quitó las gafas, colocándolas junto a la taza.

Inmediatamente Michael se inclinó hacia delante. —¿Dolor de cabeza? Tengo pastillas.

—No, estoy bien. —*Por favor, no más pastillas*—. Simplemente está oscuro al lado, y creo que forcé mis ojos. —Estaba mintiendo, pero Michael no podía saber eso. Josh se había convertido en un muy buen mentiroso en los últimos meses.

El silencio que siguió fue incómodo mientras duró hasta que Michael tomó una pequeña radio y presionó un botón con una estación local. El ruido fue bienvenido. Josh podría dejar de concentrarse tanto en su respiración y en realidad relajarse.

Supuso que sería útil hablar con Michael sobre fútbol y el tipo de gente que compraba por allí. Era buena información para respaldar la venta de Capítulo Uno cuando Josh estuviera listo.

—¿Recibes muchos clientes?

Michael negó con la cabeza. —La mayor parte de mi negocio se hace online. —Alcanzó una caja a su lado y sacó una tarjeta, que le pasó a Josh.

Josh leyó las palabras. “Deseos Artísticos”, seguido de una simple dirección web y un correo electrónico. Josh estaba impresionado de que la pequeña tienda tuviera un sitio web. Había luchado mucho para lograr que su padre avanzara hacia el siglo veinte, por no hablar del veintiuno, pero lo único que su padre había hecho fue reírse y decir que algún día lo resolvería.

Solo que no lo hizo.

—¿Estás bien? —Michael preguntó amablemente.

—No, —respondió Josh sin pensarlo—. Lo siento, sí, estoy bien. Entonces, ¿el sitio web?

—A veces llega algún turista, pero no compra realmente. Generalmente uso este lugar para encontrar clientes que buscan una pieza de arte en particular.

—Entonces funciona bien.

—Mi, uhm... familia... ellos son dueños del edificio, por lo que aparte de los gastos habituales, no es demasiado difícil cubrir las facturas, y estoy feliz aquí en mi propio mundo.

—Mi padre dijo eso. Un día. A mi. Él dijo eso. —Josh era consciente de que estaba diciendo una frase en pequeños pedazos, y conscientemente se detuvo—. Dijo que amaba lo que hacía, rodeado de libros, y que no le importaba si no veía a una sola persona.

—Pero ¿él debía hacerlo, para permanecer en el negocio tanto tiempo?

Josh consideró la pregunta. ¿Cómo sabía Michael cuánto tiempo había estado allí su padre? Probablemente por el estado de las cosas. Lo que estaba al lado no era una tienda efímera, era vieja y olía a viejo y tenía libros allí que la gente nunca pensaría leer ahora. Era claramente el lugar de un anciano con generaciones enteras de historia en sus estanterías.

Josh terminó su sándwich, que probablemente era uno de los mejores sándwiches de jamón y mostaza que había probado en su vida. *Debía haber tenido hambre.* —La tienda era de mi abuelo. Él la heredó de un primo que murió en la Segunda Guerra Mundial. Él tuvo a mi padre tarde en la vida, así que nunca le conocí.

—La guerra es triste, —dijo Michael amablemente.

Josh parpadeó mirándole. Decir eso fue algo realmente extraño en el contexto. —De todos modos, —continuó—. Hubo un libro, parte de una venta de bienes. Dickens. Papá lo compró y lo vendió, y eso significó que mi

familia tenía suficiente dinero para que la librería continuara y le daba a papá un colchón financiero.

—Esa es una buena posición en la que estar. Entonces, ¿estás vendiendo la librería?

Josh apartó la culpa que amenazaba con descarrilar toda esta conversación y asintió. —Solo necesito inventariar y vender algunos de los libros.

—¿Es algo que puedes hacer? —Michael sonaba como si estuviera sorprendido de que Josh pudiera hacer algo así.

Josh se sorprendería si lo lograra, pero había pasado tiempo en la librería cuando era niño, y al menos medio sabía lo que estaba haciendo. Se masajeó las sienes brevemente, se puso las gafas otra vez y se maravilló, no por primera vez, de cómo el mundo se enfocó tan claramente.

Ojos café oscuro. Eso era lo que Michael tenía. Hermosos ojos color chocolate líquido, y de cerca pudo ver que su pelo oscuro realmente era tan oscuro como Josh nunca antes había visto.

—Hmm... ¿Lo siento? —preguntó, después de haber perdido por completo la pista de la pregunta.

—¿Tienes experiencia con libros? ¿Es eso lo que haces?

—¿Yo? No. Bueno, solía ayudar a mi padre cuando era más joven, pero trabajo en la ciudad. Trabajaba, en realidad. Hasta este verano pasado.

—Eso es admirable, te tomarse un tiempo libre para cuidar a tu familia.

Josh no le corrigió. No iba a decirle a un completo desconocido lo que había hecho. Incluso si el extraño tenía los ojos más hermosos y labios rosados suaves y tenía tazas con lemas del orgullo gay en ellas.

Incluso si algo en los ojos de Michael le obligaba a confiarle todo.

Bruscamente se movió, colocando la taza en el fregadero y el contenedor del sándwich en la basura. —Gracias, fue un placer conocerte.

—Igualmente, —dijo Michael—. Fue agradable tener compañía.

Josh huyó antes de derramar todo lo que tenía en su cabeza. Volvió a Capítulo Uno antes de decir una sola palabra, pero la maldición que dejó escapar en la librería fue ruidosa.

Tan fuerte que Michael probablemente podría escucharla a través de las paredes.



CAPÍTULO TRES

Michael: Ver a Josh aquí es inquietante. Sé que este es mi encargo y que debería ser su guía, pero algo sobre el dolor y la culpa que le come por dentro me dan ganas de quitárselo todo para que pueda volver a encontrarse.

Porque él está perdido. Mientras se sentaba conmigo, sus ojos tenían una mirada atormentada, y si él supiera que podía ver dentro de su corazón, habría corrido mil millas y sin mirar atrás. Sin embargo, tiene los ojos más hermosos, una mezcla de dorados y verdes otoñales, lo más perfecto que he visto en mucho tiempo. Me siento atraído por él, por su ágil cuerpo, sus gafas y la dulce manera en que no puede formar una oración debido a la abrumadora emoción dentro de él. Me gusta, más de lo que debería, y tengo que controlarme antes de que todo salga mal.

Lavo las tazas y disfruto la mundana calma del acto. Escucho la maldición y siento el dolor en el impropio que hizo que la puerta entre nosotros tarareara en desaprobación. Es diferente para mí. Comprendo el dolor y la culpa, la ira y la avaricia.

Siempre lo entenderé.



Al día siguiente, Josh se aseguró de almorzar por el camino, saliendo deliberadamente de su casa antes de lo normal para no quedar atrapado en la agitación del viaje. Resultó que llegó a la librería poco después de las seis todavía oscuro en la noche tranquila. A pesar de que Londres se estaba despertando, los taxis, los autobuses y el metro disparaban el comienzo de la avalancha de personas en el sector financiero de Londres, la pequeña parte de Josh se mantuvo en silencio. En Deseos Artísticos no había luces encendidas, pero deslizó una nota por la puerta y le dijo a Michael que fuera a buscarlo cuando quisiera recoger su almuerzo. Una parte de él esperaba que Michael lo ignorara por completo y simplemente apareciera con otro de los cafés de su máquina.

Josh empujó la puerta. Había incluso más correo no deseado en el suelo, y se dispuso a clasificar la basura de las cosas importantes.

La mayor parte eran vales de pizza con descuento o invitaciones a participar en una miríada de experiencias diferentes, desde el cuidado de las uñas hasta ofertas del tipo de "acompañantes discretos".

Este último le hizo reír. En ese momento, lo que necesitaba era alguien que le abrazara mucho, no alguien en quien enterrarse para olvidar. Él y el sexo no eran amigos en este momento. Demonios, ni siquiera tenía ninguna actividad nocturna con su ordenador portátil y acceso a tanto porno como podía ver.

Parte de eso se debía a que estaba compartiendo casa con mamá. Bueno, no compartiendo tanto. Vivía libre de alquiler en el único lugar que su madre había dejado a su nombre. Y gracias a Dios había estado a su nombre y no de palabra, porque la habría jodido con eso también.

Para. Ahora.

Y ahora estaba imaginando voces que estaban enojadas con él. Hablando de la vida cagando sobre él desde una gran altura. ¿Por qué no podía imaginar cosas agradables como canciones o unicornios?

Puso los folletos en un saco negro para reciclar, luego volvió su atención al resto del correo. Mucho eran duplicados, recordatorios de facturas impagadas que había liquidado online. Había usado cada centavo de sus escasos ahorros para pagarles a todos. Gas, electricidad, agua, ayuntamiento, todo estaba actualizado. Había vendido su casa para asegurarse de que mamá nunca descubriera lo que él había hecho, pero esa era una historia

completamente diferente.

Para. Eso.

Las tres cartas restantes parecían más interesantes. Había leído la mitad de la primera cuando se abrió la puerta, trayendo consigo una ráfaga helada de viento. No pudo evitar una sonrisa cuando vio a Michael con las dos tazas. No vasos de papel, sino tazas adecuadas con el arcoíris requerido. Hoy Michael no llevaba ni traje ni corbata ni una camisa prístina. Se veía muy guapo con pantalones chino negros y una camisa abotonada.

—Puedo hacer diferentes cafés, —ofreció Michael—. Esa máquina puede hacer todo tipo de cosas con leche, pero te traje lo que hice ayer.

—El viejo café normal, —dijo Josh. Tomó la bebida con gratitud y la bebió antes de ahuecarla con las manos y permitir que el calor lo calentara. Había jugueteado con la calefacción y había llegado a un nivel respetable, pero todavía estaba helado por dentro.

—¿Cómo va el inventario? —Michael miró la carta en el escritorio y volvió a la cara de Josh.

—He traído cajas. —Josh estaba absolutamente decidido a no parecer una persona que no sabía qué demonios estaba haciendo—. Y mi computadora portátil.

—¿Puedo ayudar?

—Estoy bien.

—Me gustaría ayudar.

—Te prometo que puedo lograrlo. —Josh escuchó el tono en su propia voz. Las palabras de Michael se habían sentido como una acusación, y el barniz de cortesía inglesa de Josh se había deslizado a cambio.

—No quise ofender, —comenzó Michael.

—No lo hiciste. Lo siento. Solo he escuchado muchas cosas de personas que piensan que no puedo limpiarme el trasero, y mucho menos hacer el inventario de una librería.

—Estoy seguro de que lo harás bien.

Josh se aferró a eso demasiado fuerte. —¿De verdad? ¿Crees que puedo hacer esto?

Michael abrió una silla plegable. Josh parpadeó; no se había dado cuenta de que traía eso. Michael colocó la silla y se sentó. —Pensé ponerme cómodo para nuestro descanso para el café.

—Buena idea. —*Cojo, Josh. Cojo*—. Así que revisé las cartas. Había tanto correo no deseado allí. —*Mejor, esto es conversación*—. Pero hay un

par de cartas. Esta, aparentemente este hombre encargó algunos libros a papá. Está escribiendo para preguntar dónde están y que visitó la librería y vio que estaba cerrada, y espera que esto se transmita a quien esté dirigiendo Capítulo Uno ahora. Diablos, ni siquiera pensé en los pedidos que papá había recibido.

Michael se levantó tan rápido que la silla se deslizó por el suelo de madera antes de detenerse contra la pared. —Vamos a encontrarlos, entonces, —dijo. No ordenó exactamente a Josh que se pusiera de pie, pero su entusiasmo por la búsqueda era sorprendente—. ¿Qué estamos buscando?

—William Dugdale es el autor. —Josh miró la carta, luego la inspiración lo golpeó. Cayó de cuclillas detrás del escritorio, y Michael se inclinó para mirar mientras pasaba por los archivadores en los estantes debajo de la parte superior. Finalmente encontró lo que estaba buscando—. Pedidos, —dijo con tono triunfal. Su padre podría haberse perdido en un mundo de libros, pero al menos había buenos registros. Se puso de pie demasiado rápido y casi se cayó cuando la sangre corrió a su cabeza. Extendió la mano para agarrar el escritorio y en su lugar se encontró agarrando la mano de Michael.

—Cuidado ahora, —advirtió Michael. Soltó a Josh y lo miró detenidamente—. ¿Estás bien?

Josh resopló. —Un mareo por levantarme rápido, es todo. —Se sacudió el temblor y abrió la carpeta. Había ocho hojas de papel con detalles de los pedidos, todas cuidadosamente escritas a mano en las mayúsculas de su padre. “Dugdale, William. *Las antigüedades de Warwickshire, ilustradas. Del registro, libro de contabilidad, manuscritos, cartas, evidencias, tumbas y armas. Embellecido con mapas, prospectos y retratos.*”

—¿Por dónde empezamos a buscar? ¿Estará en las estanterías?

—Lo dudo. Si alguien lo pidió y papá tuvo que encontrarlo, lo tendría almacenado en algún lugar aquí. Hay un algo en la parte de atrás...

Josh guio el camino, pasando las altas estanterías. A medida que avanzaban hacia la parte posterior de la sala, los lomos tenían un color más apagado y filas enteras de libros tenían nombres latinos en su mayoría impronunciables. Michael se detuvo y tocó a un par, inclinando la cabeza y leyendo las palabras en el tomo. Su latín sonaba como si supiera lo que estaba diciendo. Josh no podía leer latín ni para salvar su vida.

En la esquina trasera había un estante etiquetado como Para Colección. Josh encontró el libro de Warwickshire inmediatamente, guardado a salvo en una caja. *Todo listo para la colección.*

—O envío, —dijo Michael—. Podrías enviar el libro por correo.

Josh no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta sobre la colección. Se reprendió mentalmente por no controlar su vaguedad mental y por verbalizar sus pensamientos todo el tiempo. Si su madre lo sorprendiera hablando solo otra vez, entonces empezaría a preocuparse de que no estuviera lo suficientemente bien como para hacer este trabajo. La ansiedad se apoderó de él y le robó cualquier posibilidad de volver a hablar.

Mantén la calma.

Michael le cogió la libreta y siguió la entrada con su dedo. —Hay un número de teléfono. Deberías llamarlo, ver si todavía quiere el libro.

Josh se dio cuenta de que venía como un idiota. Lo último que quería hacer frente al magnífico y seguro Michael era parecer un idiota torpe. Sacó su teléfono y se dio cuenta de que le temblaban las manos. Él no iba a poder detenerlo. La vergüenza, la culpa y el miedo le invadieron, y aunque intentó marcar el número que estaba leyendo, no sucedía nada.

Las palabras se abrieron paso a través de la niebla de su pánico, y él se aferró a ellas como siempre lo hacía.

—¿Estás bien? ¿Josh? Joshua? ¿Puedes sostener mi mano? Siéntate, Josh, dame el teléfono. Traeré un poco de agua. Espera aquí.

Josh sabía que estaba sentado, se sentía firme, pero su respiración era errática y la habitación giraba violentamente a su alrededor. Michael estaba allí, fuertes manos sosteniéndolo, animándolo a beber agua. Luego, insoportablemente lento, comenzó a calmarse. Poco a poco, sus músculos se relajaron y sus pensamientos se volvieron menos revueltos, desordenados y concentrados, hasta que por fin tuvo los medios suficientes para darse cuenta de lo que había sucedido.

Luego vino la vergüenza. Le consumió, y supo que estaba de color escarlata. —Mierda, —murmuró.

—¿Necesitas algo? —preguntó Michael a su lado.

Josh tenía tantas respuestas a esa pregunta tan cargada. Necesitaba el perdón y la esperanza, y ser honesto y no tener miedo, pero el chico de la tienda de al lado no era un terapeuta ni alguien que hubiera estado junto a él en este viaje. Él era solo un viajero que estaba en el camino de Josh en este momento.

—Necesito estar solo, —dijo en voz baja. No levantó la vista para ver a Michael y la inevitable compasión en sus ojos marrones. Había visto suficiente decepción por parte de otras personas como para durarle toda la vida.

—¿Estás seguro?, —preguntó Michael—. ¿Deberíamos llamar a un médico?

Josh se llevó una mano a la sien. —Solo una migraña, —explicó. Había descubierto que culpar a sus migrañas de todo le daba a la fiesta de mierda una especie de apariencia socialmente aceptable. Las personas podrían tener migrañas y no sufrir ansiedad o depresión. Los extraños entendían las migrañas.

Michael se estiró, llevando sus dedos hacia el techo. La camisa que llevaba puesta se elevó ligeramente para dejar al descubierto unos centímetros de piel cálida, y abruptamente, lo de Josh tenía menos que ver con el pánico y más con el deseo de tocar. Michael inclinó la cabeza un poco, y Josh se tensó ante la mirada en sus ojos marrones antes de ponerse de pie. Había calor en la expresión de Michael, y el cuerpo de Josh reaccionó a la emoción. De repente, todo lo que quería hacer era tocar. Conectar.

Se encontraron en el medio, un simple contacto de dedos, una pregunta en los labios de Josh que en realidad nunca formó las palabras cuando su respiración fue robada por el suave toque de los labios de Michael sobre los suyos. No había nada más en el beso que la conexión de los dedos y los labios, pero era el beso más intenso que Josh había experimentado jamás. Por su parte, cuando se separaron, los ojos de Michael estaban medio cerrados, una expresión de desnudez pintada en su rostro, y Josh no podía creer la belleza que había allí.

El beso se convirtió en un segundo y luego en un tercero, hasta que Josh se apoyó contra la pared y tiró de Michael con él, Michael descansando entre las piernas extendidas de Josh y profundizando el beso. Era como saborear ambrosía, tocar, susurrar palabras de esperanza y desearse el uno al otro, e intercambiar aliento y calor corporal en la oscura librería.

Josh se ajustó un poco, duro y dolorido en sus pantalones vaqueros, necesitaba el toque de Michael contra él y gimió profundamente en su garganta cuando Michael rozó contra él, acomodándose en el lugar. Michael estaba igual de duro, igual de desesperado, el beso cada vez más frenético, sus manos agarrando las caderas de Josh. Josh apoyó la cabeza en la pared, arqueando el cuello mientras Michael le besaba, mordiendo un rastro de placer-dolor en el cuello y el pulso en la base de la garganta.

¿Estaba pensando en qué demonios estaba haciendo en la mitad del día con Michael? ¿O era que, de algún modo, en el fondo de su mente, sabía que tenía que decidir cosas mucho más grandes que besar al hombre que llenaba

sus sentidos? Josh empujó a Michael con cuidado, y él giró la cabeza, cerrando los ojos brevemente, los labios a solo milímetros de Josh. Luego abrió los ojos y se miraron el uno al otro.

—No estoy listo para esto, —explicó Josh.

—No creo que nadie lo esté nunca, —dijo Michael—. Solo un beso más.

Durante un latido del corazón no se tocaron, y Josh estaba batallando con qué decir. Deberían disminuir la velocidad. Michael no quería besarlo si descubriera lo perdido que estaba Josh. Entonces un calor increíble se apoderó de él y estaba buscando otro beso.

Quiero esto. Necesito esto.

La calidad de los besos cambió sutilmente, una pequeña mordida, una marca de succión, un sabor suave, cada uno salpicado con una palabra de necesidad y deseo. Josh movió sus manos, levantándolas para enmarcar la cara de Michael, abriendo los ojos brevemente para mirar la profunda mirada de Michael, luego cerrándolos por el peso del deseo que vio. Había una conexión allí que Josh no podía entender, y era frustrante tener que retroceder.

—Probablemente necesites irte, —dijo Josh. Intentó sonar como si el beso no lo hubiera afectado, pero sabía que su respiración lo delataba.

—Está bien, —susurró Michael. Luego presionó un último beso en la frente de Josh, y con un movimiento rápido, salió de la librería. Una pequeña parte de Josh quería hacer retroceder a Michael. Después de todo, no había sofocado a Josh cuando estaba en crisis. Todo lo que había hecho era alentar y apoyar. Entonces le besó. Y los besos habían sido tan buenos.

Por fin, Josh estaba solo en la librería, y después de unos momentos de regular su respiración, se aseguró de cerrar con llave la puerta de la librería. No necesitaba ser interrumpido por extraños guapos que llevaban café o consejos.

Porque estaba convencido de que el consejo fue lo que causó el ataque. Michael le empujó, engatusó y le dijo que mirara cosas que Josh no quería manejar. Había sido culpa de Michael, Michael se había sentido culpable, de ahí el beso. Eso era todo lo que fue.

Josh se abofeteó mentalmente. Definitivamente, la mierda en su cabeza tenía algo que ver con Michael. Instintivamente, agarró su teléfono para llamar al número que tenía en la marcación rápida.

—McAdams y Fitzwarren, —entonó una voz.

—Necesito una cita, —dijo Josh.

—Por supuesto, señor, ¿tiene un día en mente?

—¿Tiene algo con Amelia hoy? Mi nombre es Joshua Blakeman.

—Un momento, señor Blakeman.

Josh esperó mientras la recepcionista buscaba horas extras en la agenda.

—Hola, señor, ¿podría venir a las once?

Josh consultó su reloj. Dos horas para volver a Amersham. podría conseguirlo si tomaba un taxi para Marylebone. —Por supuesto.

—Esperamos verle, señor.

Josh ni siquiera se dio tiempo a pensar. Salió de la librería y giró a la derecha deliberadamente para no tener que pasar por Deseos Artísticos, llamó a un taxi y estaba en el tren de Marylebone con una buena cantidad de tiempo libre. Solo deseaba poder tener uno de estos malditos ataques cuando estaba con Amelia para poder ver lo que le estaba pasando cara a cara. En lugar de escuchar de segunda mano su *bla, bla*, descripción del miedo paralizante que lo mantenía tenso. Entonces ella lo vería en su peor momento, y no tendría que intentar explicarlo con palabras.

Solo se honesto y cuéntale cuánto duele dijo la voz en su cabeza suavemente. *Ella lo ha visto antes. Ella sabe.*



CAPÍTULO CUATRO

Michael: Veo a Josh irse. Él no me vería aunque estuviera mirando en la dirección correcta, pero tal como está, él corre hacia otro lado. Me siento muy desesperado. Siempre lo hago en esta etapa de cumplir con un nuevo encargo.

He visto estrés traumático, he visto depresión y entiendo la desesperanza que a veces envuelve a una persona tanto que no puede respirar. Pero esta es la primera vez que no quiero dejar que continúe. ¿Qué aprenderá Josh de la forma en que su cuerpo le decepciona? ¿Por qué una persona tiene que pasar por mucho dolor antes de encontrar su camino?

Quiero ayudar, pero ese no es mi papel aquí. Soy un amigo, y debo recordarme a mí mismo en cada momento que estoy con él. No puedo tocar ni quitar nada del dolor.

Pero por primera vez en tantos milenios, he perdido el camino. Quiero quitarle el dolor a Josh.



Josh se instaló en el extremo del sofá con Amelia en el otro extremo. Ella nunca usaba un portapapeles o un bolígrafo. Simplemente se sentaba y le escuchaba.

—Pasó de nuevo, —espetó—. Un ataque de pánico.
—¿Cómo te sientes en este momento? —preguntó. Ella siempre

preguntaba lo mismo. Pero se sentía absolutamente bien en este momento. La decoración era relajante, su voz era tranquila, la recepcionista le sonrió con dulzura y leer *National Geographic* mientras esperaba era otro foco para sus pensamientos. Así que sí, habían pasado más de dos horas y se sentía bien.

—Estoy bien, —dijo. Por supuesto que él no estaba exactamente bien, pero ella no quería saber sobre la vergüenza o el bochorno. Ella quería saber sobre el pánico.

—¿Hiciste lo que hablamos? ¿Lograste aislar el detonante? ¿Algo que estabas haciendo, diciendo o mirando?

—Estaba hablando con un... —¿Un compañero comerciante, mi vecino? —Alguien que conozco. —Allí, no tenía que especificar nada parecido a una etiqueta. Porque estaba teniendo dificultades para etiquetar al atractivo hombre con acento de Oxbridge que tenía el poder de hacer que a Josh se le debilitaran las rodillas.

—¿Alguien de tu familia? ¿O un amigo? ¿Alguien de tu viejo trabajo?

Josh consideró la posición de Michael en su vida en este momento. —Un amigo, —finalmente respondió—. Un nuevo amigo. —*Bueno, hasta hoy, es decir, hasta que me perdí frente a él.*

—Entonces, ¿dirías que el detonador fue la nueva amistad?

—No. —La respuesta de Josh fue inmediata—. No, en absoluto, creo que fue... No sé... Estaba mirando el cuaderno de mi papá. Empezando el inventario, mirando pedidos.

—¿Sugeriría, tal vez, que el detonador fue tu padre?

—No. —Nuevamente Josh no dudó—. No fue dolor. Al menos, no lo creo. Supongo que podría haber sido. —*La manera de seguir es siendo decisivo*, se reprendió a sí mismo. *Idiota.*

—Entonces cuéntame más sobre este nuevo amigo.

—Bueno, ¿sabes la librería de mi padre? Está en una pequeña calle cerca de St Paul, y justo al lado está este lugar que vende objetos de arte y artesanía, y es propiedad de Michael. Él tiene una máquina de café y ojos realmente marrones.

Los ojos de Amelia se agrandaron fraccionalmente. —¿Te gusta?, —preguntó.

—Es un buen tipo, y sonrío mucho, y cuando sonrío, no pienso en todo lo demás. Él es alto, de pelo oscuro, cuida de sí mismo. No sé si es un artista, pero ayer tenía pintura en sus manos.

Amelia asintió mientras Josh hablaba, y se dio cuenta de que se estaba

relajando aún más con cada descripción que le daba de Michael.

—¿Es gay? —preguntó ella. En su primera sesión, Josh había sido dolorosamente honesto acerca de todo lo que le había sucedido, incluidos los hombres que folló y dejó, y los que dejó caminar sobre él. Había renunciado al sexo por muchas razones, no solo la forma en que su última relación había terminado. Le había dicho a Amelia que era importante que ella supiera que él era gay, por si creía que esa era la causa de todo lo que le había sucedido. Ella le había dicho que ser gay no lo definía, y que él debería ser quien era. Bueno, ella no había usado exactamente esas palabras, pero Josh se había dado cuenta de lo que estaba diciendo. Ella tenía razón: ser gay no lo hacía convertirse en el hombre que era ni le había obligado a tomar las decisiones que había tomado.

¿Debería ser honesto sobre el beso? —Sí, él tiene estas tazas con arco iris y el Orgullo 2013 por todas partes.

—Pero te gusta.

Josh buscó la palabra correcta. —Es amable.

—Así que vamos a agregar eso a la mezcla, —resumió. Ella hablaba mucho de *la mezcla*. Una combinación de la culpabilidad que llevaba sobre el banco, su madre y su padre, la pena y el odio a sí mismo. Ahora ella agregaba que le gustaba un hombre amable con ojos marrones.

Josh pensó en eso todo el camino a casa en el taxi. La casa de su madre estaba a diez minutos en coche del casco antiguo de Amersham, y mientras el taxi iba por la ruta corta, la atención de Josh estaba en el hecho de que Amelia había pasado de los desencadenantes y ataques y se enfocaba en lo único que Josh estaba sintiendo ahora. Vergüenza

—Por supuesto que estás avergonzado, —dijo ella con una sonrisa—. Odias los ataques, y no querías que un hombre que te gusta te viera en medio de uno. ¿Mi consejo? Dile, sé honesto, y si eso es suficiente para que se vaya corriendo, entonces él no es el amigo que necesitas.

Ella tenía razón, y cuando llegó a casa de su madre, estaba tranquilo. Hasta que vio el Lexus negro. Entonces ya no estaba avergonzado, ni en un alegre espacio sonriente donde podía aclarar su cabeza. No, como los perros de Pavlov y las campanas, ver el Lexus significaba el tío Phil, y eso solo significaba enfado.

Mantén la calma.

—Josh, tu tío está aquí, —dijo mamá cuando entró.

—Lo vi. —Josh se quitó la chaqueta y las botas y siguió el sonido de

voces a la cocina. Mamá estaba en la cocina cocinando lo que parecía espagueti, y su tío estaba sentado en la mesa de la cocina. Se parecía tanto al padre de Josh que era difícil mirarle. Pero, donde Andrew Blakeman había sido delgado y feliz, Phil era un facsímil carnosos con una mueca constante.

—Hola, Josh, —dijo Phil.

—Tío Phil. —Josh logró ser amable. Phil inclinó un vaso de algo ámbar a sus labios y tomó un trago grande. Probablemente el brandy de papá. Josh imaginó que le estaba quitando el vaso de la mano, pero se contuvo. En lugar de eso, se acercó a la tetera y la llenó de agua antes de sacar dos tazas para que él y mamá tomaran una taza de té. Sabía que no debía interrumpirla en pleno frenesí en la cocina. Pero se las arregló para darle un abrazo cuando ella pasó para recoger orégano fresco del bote en el alféizar de la ventana.

—¿Cómo va la librería? —preguntó mamá mientras volvía a la cocina.

—Se ve bien, —mintió—. Hay algunos pedidos que podemos llenar de las existencias que papá había localizado.

Phil se sentó en su silla, ansioso e interesado. —¿Has visto si alguno de los pedidos era... grande?

Josh captó la vacilación en la voz de Phil. El imbécil preguntaba si los pedidos valían dinero sin usar la palabra con D en absoluto.

—Todo libros individuales, —resumió Josh. Phil parecía frustrado, aunque su madre no veía el destello de disgusto cruzar su rostro ya que estaba espaldas a él.

—Hablé con algunos agentes inmobiliarios hoy, —dijo Phil. Él no miraría a Josh a los ojos.

—No necesitas hacer eso, está en mi lista de cosas por hacer, —dijo Josh. Intentó un tono plano, pero obviamente no tuvo éxito, porque su madre se volvió y frunció el ceño.

—Phil está tratando de ayudar, —amonestó—. No tiene nada de malo que los dos estéis buscando.

Josh no respondió a eso. Ahuecó su taza y pensó en dónde ir. No era una casa muy grande. Irse cuando Phil estaba allí sería descortés, y demonios, no había forma de que dejara a mamá y Phil juntos ahora que estaba en casa.

—Investigué el área, —continuó Phil—. No hay un Starbucks en unos cientos de metros. Podríamos hacer que ellos o Costa se interesen en la propiedad.

—No hay suficiente tráfico en los Jardines de Horus —dijo Josh—. Los que pasan, simplemente toman un atajo, pero no se detienen. —Había sido

uno de esos viandantes. Los Jardines de Horus era como los callejones y senderos que había usado entre paradas en el metro cuando había retrasos o hacinamiento. Eran accesos directos a una vida más ocupada y más importante, no a lugares donde detenerse.

—Se detendrán si hay un Costa aquí, y te digo que ganaremos más dinero vendiendo a una cadena, —Phil continuó como si Josh no hubiera dicho nada en absoluto—. De todos modos, un par de mis amigos que se ocupan de la propiedad irán a visitar la tienda y nos darán una idea adecuada de cuánto dinero podemos conseguir.

—Cuánto puede conseguir mamá, —le corrigió Josh.

Phil frunció el ceño como si Josh hubiera hecho la declaración más estúpida de la tierra. Entonces Josh se dio cuenta de por qué, mamá estaba mirando.

—Por supuesto tu madre. Puede que estés trabajando allí preparándolo, pero no te beneficiarías de la venta en absoluto, más de lo que yo lo haría.

Jesús, si Phil fuera un gato, tendría sus garras afuera.

Mantén la calma.

—No sé lo que estás insinuando, —comenzó Josh. Luego se dio cuenta de lo que había hecho: lo había hecho sonar como lo que Phil había dicho que era correcto y que Josh realmente esperaba beneficiarse de la venta—. Quiero que mamá tenga una jubilación larga y segura. Después de que se haga el inventario y se despeje el stock, llamaré a los agentes para que evalúen la propiedad.

—Me parece que deberíamos estar haciendo eso ahora, —dijo Phil—. Sin ofender, Josh.

Josh se tragó su temperamento. —Ninguna ofensa. —Aunque eso era una mentira. Phil era un bastardo, y Josh sabía exactamente lo que vendría después.

—Por supuesto, tu madre y yo no esperamos que tomes todas las decisiones solo. Después de todo, con todo lo que has pasado... —Phil se desvaneció, pero la implicación estaba allí. Josh no había salido del hospital hace mucho tiempo, y no se podía confiar en él. Phil también había usado esa vieja frase "tu madre y yo", que decía mucho.

—Por supuesto, —estuvo de acuerdo mamá—. Todos estamos aquí para ti.

—De todos modos, debo irme, —dijo Phil. Él estaba sonriendo y Josh sabía que el daño estaba hecho. Su madre tendría nuevos pensamientos en su

cabeza acerca de por qué estaba ayudando—. Jo está cocinando un asado completo esta noche, y no me lo quiero perder. —Besó a la mamá de Josh en la mejilla y se fue.

Ella puso dos platos de pasta con chorizo en la mesa y lo miró con tristeza. —Debería hacer un mayor esfuerzo. Sé que te gusta asado para la cena, como a tu padre.

El corazón de Josh se rompió de nuevo. Puso una mano sobre la de ella y la apretó suavemente. —Mamá, es una noche entre semana; No quiero una cena de asado. De todos modos, este es mi favorito y en lo único en lo que pensaba en el hospital.

—¿En serio? —Ella lo miró como si no creyera una palabra de lo que dijo.

Deliberadamente giró la pasta y la salsa de tomate en su tenedor y tomó un bocado, haciendo los sonidos apropiados de apreciación. Él no estaba mintiendo. Adoraba la pasta con chorizo picante salado. Finalmente, su madre se relajó, y Josh deseó que todo en la vida pudiera resolverse con un bocado de comida.

—Recibí algunas cartas más del banco hoy, —dijo—. Las dejé a un lado para ti.

—Las miraré después de la cena, —se las arregló Josh a decir. Las mentiras que estaba diciendo eran solo para no molestar a su madre. Había perdido todo lo que tenía, pero lo había reemplazado. Ella no lo sabría, pero la mentira ardía.

—Gracias, cariño. Ahora, cuéntame sobre Capítulo Uno.



CAPÍTULO CINCO

Michael: Josh está de vuelta. Escucho su zumbido en mi cabeza, y se siente bien. Él piensa que me debe una disculpa por decirme que me vaya, pero lo que él no sabe es que me hizo un favor. Si él no me hubiera dicho que me fuera, lo habría abrazado y lo habría abrazado con fuerza. Así no es como funciona esto.

Yo guío y Josh toma decisiones, y su cabeza se llena de cosas que significan que no queda mucho espacio para la duda o la oscuridad. No puedo prometer que toda la oscuridad lo dejará, pero espero que algún día lo haga.

Entonces, ¿por qué estoy sentado aquí mirando una pintura que empecé hace horas, sin nuevas marcas de pincel y un dolor en el pecho?

¿Podría ser que esta vez será diferente?



Josh entró en la librería, se despojó de su abrigo y caminó acerado con la libreta en la mano hacia atrás. Sacó el libro que Michael había encontrado ayer y marcó el número de un señor Anders antes de que pudiera pensarlo.

—¿Hola?

—¿El señor Anders?

—Así es, ¿puedo preguntar quién llama?

—Soy Joshua Blakeman de Capítulo Uno. Soy el hijo de Andrew Blakeman. Tenemos su libro aquí.

Silencio.

Josh lo intentó de nuevo. —¿Sigue ahí? Tenemos su libro de Warwickshire si todavía está interesado. —El señor Anders probablemente no quería el libro, no después de un año, pero al menos lo había intentado.

—Había renunciado a eso, —admitió el señor Anders—. Siento su pérdida, Joshua. Vi el obituario de su padre en el Times y le escribí a su madre. Ella era... bueno... la conocí una vez. Y Andrew fue un hombre muy bueno.

—Gracias. —Josh no sabía qué más decir.

—Llegué demasiado tarde para enviar flores, pero hice una donación a la caridad en nombre de su padre.

—Gracias, señor.

El señor Anders se aclaró la garganta. —De todos modos, llegaré a Londres a mediados de diciembre. ¿Está bien si lo guardas para mí y lo recogeré entonces?

—Por supuesto.

—Debo decir que hace un tiempo pasé por el Capítulo Uno y todas las ventanas estaban cubiertas de ese material blanco para evitar que miraras. Había una pequeña brecha, pero todo lo que podía ver era el entablado de madera. Temía que hubieras decidido vender. Me alegro de que estés llevando el negocio.

—Le veré en diciembre, —dijo Josh. No mencionaría el hecho de que estaba allí cerrando la librería. Solo esperaba que el señor Anders llegara antes de que Josh le pasara todo formalmente a un agente para venderlo.

Josh repasó la lista hasta que contactó a todas las personas que habían ordenado libros. Luego colocó los libros en cajas forradas como había visto hacer a su padre en cien ocasiones y las dejó a un lado. Comparó las facturas, que ascendieron a alrededor de once mil libras solo por los cinco libros en las cajas. Ninguno de los libros era primera edición, pero incluso siendo segunda o el tercera, estos libros eran claramente raros.

La puerta se abrió, y Michael entró con el café requerido.

—Lo siento.

—Debo disculparme.

Hablaron al mismo tiempo, y Josh levantó una mano para indicar que Michael debería ir primero. Él hizo.

—Debo disculparme, —dijo Michael de nuevo—. No quise decir nada que te molestara ayer.

—No lo hiciste, no, lo prometo. Es solo... las migrañas. —Josh instintivamente se presionó los dedos en la frente para respaldar la mentira, y mientras lo hacía, creyó ver confusión en la cara de Michael que se aclaró rápidamente.

—Tengo café, —dijo Michael—. Pero nunca pensé en preguntar, ¿sienta bien con las migrañas?

Josh sonrió, una gran sonrisa feliz que sintió en sus huesos. —El café es bueno para todo. —No importaba si era cierto, pero con las llamadas telefónicas hechas y con Michael en la librería, de repente se sintió más ligero y no iba a mirarle los dientes al caballo regalado.

Bebieron un café amistosamente hasta que Michael dijo sus excusas y regresó a la puerta de al lado. Cuando llegó la hora del almuerzo, Josh escribió una pequeña señal para la puerta, por las dudas, recogió la bolsa de sándwiches de ayer y cerró la librería.

Caminar en Deseos Artísticos fue como volver a casa. Era tan cálido, brillante y colorido, le recordaba a un paquete de dulces con cada color primario representado en un amplio arco iris de calor.

No pudo ver a Michael inmediatamente, pero lo encontró con la máquina de café. —Almuerzo, —dijo. Michael se volvió y le sonrió ampliamente, abierto y acogedor, y le dio otra bebida. Esta vez sería té para Josh y café para Michael. Esa era la familiaridad con la que Josh se acercó a este almuerzo. Se sentaron y comieron empanadas de Cornualles, y Josh habló sobre las ventas que había hecho y cómo las palabras amables de cada persona sobre su padre habían sido tan hermosas de escuchar. No quería que esto acabase y se desilusionó cuando no quedaba nada de las empanadas excepto migas.

Michael se tocó el labio. —Tienes...

Josh no entendió al principio, pero luego se dio cuenta de que Michael debía estar hablando de las migas en su boca. Tocó el lugar que Michael indicó, pero Michael lo detuvo y extendió la mano, usando su pulgar para limpiar los labios de Josh.

Josh no sabía qué decir ni qué hacer. La mirada de Michael era tan intensa, mirándolo fijamente, y Josh se retorció un poco cuando una oleada de lujuria se extendió por su cuerpo y se fue directo a su ingle. Por un largo tiempo, se miraron el uno al otro, y Josh podía imaginar inclinarse hacia

adelante, cerrando la pequeña distancia entre ellos para besar los suaves y carnosos labios de Michael.

El ruido de la campana en la puerta de la tienda hizo que los dos se apartaran, y la expresión de asombro y sorpresa de Michael, probablemente, también estaba escrita en la cara de Josh. Suavemente, Michael salió y entró en la tienda, donde el bajo murmullo de voces indicaba un cliente. Josh recogió el paquete y lo depositó en el cubo, colocó las dos tazas en el fregadero y salió a la tienda. El cliente estaba mirando una pintura en la pared, Michael de pie a su lado explicando algo sobre el tono y la textura.

Josh se alejó, y Michael le lanzó una rápida mirada y asintió.

Lo que eso significaba, Josh no sabía. *Adiós. Vete. O Mierda, ¿qué acaba de pasar?* La verdad, podría ser cualquiera de las dos cosas. Solo, con la puerta cerrada detrás de él, Josh finalmente se detuvo a pensar en eso. Hubo intención en el movimiento de Michael, su pulgar trazando los labios de Josh, la presión lo suficiente para que Josh permitiera que su boca se abriera un poco. Lo suficiente para que Michael se inclinase hacia adelante y lo besase esta mañana.

Por favor bésame otra vez como antes. Por favor, para, mi cabeza está girando.

Y Josh había querido eso. En ese momento, sentado en la silla con los aromas de Michael a su alrededor, mirando profundamente a los ojos marrones, todo lo que Josh había necesitado era que Michael lo besara nuevamente. Pero, ¿no había sido él quien había dicho que no estaba listo? No es de extrañar que Michael no hubiera hecho ningún movimiento para besarle.

Soy un maldito idiota.

Se sentó en la silla detrás del mostrador y enterró la cabeza en los brazos en la superficie en la superficie llena papeleo. Luego esperó a que comenzara el pánico, la dificultad para respirar y la ansiedad. Esperó un poco más, pero cuando no sucedió de inmediato, impaciente por su propia estupidez, levantó la caja más cercana y se dirigió a las estanterías que daban a la fachada.

Para el momento en que contó setenta y tres libros de bolsillo de colores brillantes en la primera caja, se dio cuenta de que el ataque no venía y tenía la sensación de que no lo haría. Selló la caja con cinta y la marcó con un gran LB1. Esta era la primera de un envío en rústica que acordó con otra tienda en Londres. Estaban interesados en una donación, pero habían acordado pagar una tarifa nominal por los costos del automóvil para llevarles los libros.

Parecía que todos estaban interesados en un regalo de promoción en estos días.

Pero no valían nada para un coleccionista. Eran el tipo de libros que podrías comprar en un supermercado por una libra más o menos. Los ingresó en la hoja de cálculo que había creado y se aseguró de guardar el archivo. Esta era solo la primera caja, pero tenía la mitad de un estante de exhibición vacío, y sintió una sensación de logro al respecto.

Se giró cuando la puerta se abrió con una sonrisa en su rostro. Quería ver a Michael y disculparse, o si eso no parecía apropiado, tal vez podrían probar un beso y ver qué sucedía.

Solo que no era Michael. Era un extraño con el pelo peinado hacia atrás y una carpeta bajo el brazo.

—David Hayes, de Hayes y Starleys Agentes Inmobiliarios —dijo el hombre con una mano extendida—. Estoy aquí para tomar detalles y fotos para la venta.

Josh estrechó la mano de David automáticamente, pero retrocedió cuando se dio cuenta de para que estaba allí. —No le pedí a nadie que hiciera eso todavía, —dijo. Todavía le quedaban semanas para categorizar y catalogar y poner libros a ventas.

David frunció el ceño y miró su teléfono. —¿Philip Blakeman?, —preguntó.

—No, demonios no. —La reacción de Josh fue inmediata—. Phil no es dueño de esta librería y no tiene derecho a ir a acordar con un agente para que empiece a tomar fotos. —Dio un paso hacia David, y el hombre retrocedió con una expresión de ojos muy abiertos. De acuerdo, entonces Josh se dio cuenta de que estaba reaccionando a Phil y no a la presencia de David. Aún así, si perder la calma hacía que el hombre se fuera, entonces que así fuese. Evidentemente, David entendió el mensaje y colocó una tarjeta en el mostrador antes de darse la vuelta y salir corriendo. Josh golpeó la puerta después de que se hubiera ido, y esta vez la cerró con llave.

Claramente, Michael no vendría después de su torpe comportamiento, así que no tenía sentido mantenerla abierta. No si alguien que Phil había enviado venía a la propiedad.

Inhaló, y la respiración se enredó en su pecho con una rebanada de dolor.

Y allí estaba, el pánico otra vez. Se apoyó en el costado del mostrador y tensó los brazos para descansar allí. De repente se dio cuenta de una fuerza detrás de él, de una ráfaga de aire, luego los brazos de Michael lo

envolvieron, lo giraron y lo pusieron de puntillas para besarlo. El beso no se parecía a nada que hubiera tenido antes. La presión fuerte y forzada de los labios de Michael significaba que Josh no podía hacer nada excepto responder. Nunca se había sentido así, el calor y la necesidad eran abrumadores, y el pánico de Josh se calmó en un ataque de lujuria. La misma lujuria que había aparcado después del último beso. Se agarró fuertemente a la chaqueta de Michael, el deseo se retorció dentro de él, y en su cabeza estaba suplicando por más.

Necesito estar más cerca, quiero sentirte.

Como si Michael hubiera escuchado sus pensamientos, levantó a Josh de sus pies y lo empujó a sentarse en el mostrador, con bolígrafos y una grapadora clavándose en su muslo. Josh ignoró el dolor, todo lo que quería era a Michael. Entonces él estaba allí otra vez, dándose tan perfectamente, duro el uno contra el otro. Josh gimió en el beso, moviendo sus manos para acurrucarse en los bíceps de Michael, agarrándolo con fuerza. Él iba a correrse por la presión y el empuje y la emoción de este beso. *Solo de un beso.*

Justo cuando estaba tan cerca que no podría retroceder, los besos se suavizaron. Josh extendió la manos para enterrarlas en el pelo de Michael, doblando los dedos en su corta longitud y manteniéndolo quieto. Estaba duro y necesitado, y cuando Michael lo animó a deslizarse hacia adelante, Josh estuvo a punto de correrse.

Michael le sostuvo, y cuando se movió, rozó la dura polla de Michael y sintió como si volviera a casa. Ahí era donde debía estar, cuando Michael presionó y empujó y exigió que Josh hiciera lo que decía. Los besos más suaves se volvieron más profundos, y surcaron el aliento con aliento, Michael gimió bajo en su garganta y Josh estaba tan malditamente cerca. Luego, igual de rápido, todo volvió a ralentizarse.

Aún no. No todavía.

—¿Josh? ¿Estás bien? —La mirada de Michael era enérgica cuando Josh abrió los ojos. Estaba acunando la cara de Josh, parecía tan preocupado—. ¿Quién estaba en la librería contigo? —preguntó.

—Un agente, —susurró Josh. ¿Por qué se había detenido Michael? Josh se retorció donde estaba sentado y se inclinó para recibir más besos, pero Michael retrocedió un poco. *Por favor no te detengas*

—¿Por qué estaba aquí?

Suficiente con las preguntas. Josh quería aferrarse a la pasión y la

emoción, y todo lo que sucedía era que Michael quería hablar. Iba a tener un caso serio de bolas azules si Michael no hacía otra cosa. Ahora.

—Para tomar fotos de este lugar para ponerlo a la venta.

Michael presionó un beso en sus labios magullados y dio un paso atrás. Josh extendió la mano y le apretó la mano para evitar que se moviera demasiado. Se sentía privado del movimiento, y no había forma de que dejara que Michael se levantara y hablara de esto.

—¿De verdad estás vendiendo?, —preguntó Michael.

—No. Sí. Tengo que hacerlo. Yo no... —Josh miró la librería, a la estantería, imaginando a su padre en este lugar y sintiendo su corazón retorcerse en su pecho—. No sé... mamá dijo... pero no quiero... necesito hacerlo.

—¿Qué hay sobre cenar?

Josh estaba confundido por el cambio en la dirección de la conversación, pero agradecido de que Michael hubiera intervenido antes de tener que hacer una oración completa. —¿Cenar?

—Hay un sitio italiano a la vuelta de la esquina.

—¿Raphael?

—Ese. —Michael soltó el agarre de Josh y le sonrió—. Vendré a buscarte a las seis, y lo que acaba de pasar aquí... —Agitó la mano entre ellos—. Esto será algo con lo que podemos comenzar conversaciones.

Se fue, y la temperatura cayó un momento antes de que la puerta se cerrara detrás de él.

Josh tenía que moverse. Honestamente, realmente tenía que pensar en moverse, pero qué diablos, todavía estaba sentado en el maldito mostrador y sus piernas se sentían como gelatina. Ese beso había sido como algo sacado de una de sus fantasías. Que un hombre lo abrace, lo levante y simplemente tome el control del beso, ese fue uno de sus mayores problemas. Quitándose las gafas, las colocó cuidadosamente junto a la vieja caja registradora y se concentró en su respiración. Estaba abrumado y necesitado y aún excitado por lo que había sucedido, y se llevó los dedos a los labios al recordar el sabor de Michael.

Solo cuando estaba en la caja tres de los libros de bolsillo, recordó algo extraño.

Estaba seguro de que había bloqueado la maldita puerta.



CAPÍTULO SEIS

Michael: La promesa para hablar que hago no la hago precipitadamente. Esto nunca me ha pasado antes, no en todos estos años que he estado aquí. Nunca he amado realmente antes. Ciertamente, no el tipo de amor que se compone de lujuria y esta necesidad de tocar a Josh que lo consume todo.

Pero lo oí, igual que él. Simplemente sofocaría las palabras en su cabeza, pero escucho las palabras claramente y sé que tengo que esperar. Pasé la mayor parte del tiempo de pie en mi lado de la puerta con la mano presionada contra la madera, perdido en los recuerdos de cada persona que alguna vez caminó a través de ella.

Josh es diferente. De alguna manera mi alma lo sabe, y no voy a discutir con el destino. ¿Podría ser él realmente? Me concentro en sus rasgos, su piel suave, las gafas que lo hacen verse tan dulce, los bellos ojos color avellana, y trato de no mirar dentro de él.

Porque eso es lo peor. Si miro adentro, eso es hacer trampa.



Josh se tomó un poco de tiempo en el pequeño baño del oscuro espacio de la cocina solo para asegurarse de no verse demasiado como un jodido idiota al estar sentado frente a Michael, que siempre se veía tan increíblemente tranquilo y calmado. Josh quería ser el tipo de hombre con el que Michael quería estar. Después de lo que había pasado esa tarde, Josh esperaba que hubiera más.

Su pelo retuvo suficiente gel para que con un poco de agua extra pudiera hacer que los hilos finos y rubios se agruparan con estilo. Cuando estaba en Swanage Brothers, lo había mantenido despiadadamente corto, pero se estaba poniendo más largo desde su último corte unas seis semanas antes. Se había afeitado esa mañana, pero la barba le oscurecía la piel, lo cual no le importaba. Había una grieta en el espejo, y él trazó la pequeña línea de una esquina a otra. Todo lo que sostenía el espejo en la pared eran cuatro tornillos oxidados, y al espejo realmente le vendría bien una buena limpieza.

Aún así, se veía tan bien como podía, y cuando se volvió a ponerse las gafas después de lavarse la cara, su imagen no borrosa volvía a ser él. Él siempre se había visto joven para su edad. Tenía casi treinta años y todavía le habían pedido la identificación en el club el último Año Nuevo, lo cual había sido una razón increíble para que fuera y gastara lo que quedaba del año haciendo lo que quisiera. No quería pasar tiempo con sus compañeros fuera del horario de trabajo, ni tampoco quería ser el conductor designado para que todos los demás pudieran emborracharse. Así fue como se encontró mirando los fuegos artificiales sobre el London Eye desde la ventana de su apartamento, aunque a lo lejos, y no en el mismo Eye. Si hubiera sabido que unos meses más tarde estaría en la calle, podría haberse quedado en casa mucho más.

—¿Josh? —Michael llamó desde el frente de la tienda, y con una última mirada en el espejo, Josh salió del baño con una sonrisa en su rostro.

—Hola, —dijo. Intentaba ser indiferente, pero sus nervios le dominaron y le avergonzó que su voz fuera más como la de un ratón que la de un león. Todo desapareció en el momento en que Michael acunó su rostro en sus poderosas manos, que olían ligeramente a trementina y pintura, para besarlo. Cuando se retiró, Josh en realidad lo persiguió por más y solo se calmó cuando se dio cuenta de qué demonios estaba haciendo.

Cerraron Capítulo Uno y se abrieron paso entre la multitud de turistas que

rodeaban St. Paul, caminando en silencio uno al lado del otro la corta distancia hasta Raphael's. La mesa que les dieron estaba hacia la parte de atrás, con poca luz. Josh había estado allí antes. Con él, con el ex, el que lo había jodido, luego se fue tan rápido cuando todo se fue a la mierda.

No pensaré en Ed ahora. No lo haré.

—¿Qué vas a pedir? —Michael interrumpió su charla de ánimo interna.

—¿Yo? Lo de siempre.

Michael sonrió. —¿Tienes un plato habitual?

—Solía venir aquí todo el tiempo con... Cuando trabajaba.

—¿Trabajabas cerca de aquí?

—Swanage Brothers Investment Bank, el gran edificio de vidrio detrás de una fachada de falso ladrillo, cerca de la Catedral de St. Paul.

El camarero llegó con agua y una carta de vinos, y por un momento Josh se concentró en la comida. Decidió pedir el ravioli de pollo, posiblemente su comida favorita en la tierra, de todos los tiempos. Michael eligió un plato de champiñones, y Josh estaba a punto de preguntarle si era vegetariano cuando Michael pidió que le añadieran una pechuga de pollo. El camarero no parpadeó con su petición.

De acuerdo, entonces tenemos pollo en común. Buen comienzo. Puedo hacer esto.

—¿Entonces estabas diciendo que venías aquí por el trabajo? —sugirió Michael.

—Por el trabajo y con mi ex novio, que estaba trabajando en el mismo banco que yo. —*Puedo ser honesto.*

Michael se encogió de hombros. —Lo siento.

—¿Por qué?

—No porque él sea un ex. —Michael se inclinó hacia adelante y habló con complicidad—. Me gusta eso, —susurró con un guiño. Luego se reclinó hacia atrás—. Me refiero al hecho de que tus palabras suenen tan tristes.

Josh levantó la vista de limpiar sus gafas. Él estaba confundido. No estaba triste, para nada. Deshacerse de Ed fue lo mejor que había hecho. —¿Parecía triste? No era mi intención. Ed fue un error. —Se volvió a poner las gafas y soltó una carcajada—. Un error glorioso, monumental, impulsado sexualmente que involucró demasiado en el intercambio de consejos de tecnología informática para mi gusto.

—¿Él trabajó contigo, entonces?

—Ed no trabajaba para nadie. Fue uno de esos niños chispeantes que

entra y revoluciona todo el departamento de inversiones en unos pocos meses. Él tenía esta estrategia de inversión, y también tenía algo de inversión personal. Diablos, incluso yo invertí dinero con él. Estaba en un piso diferente, pero sí, estaba dos paradas de ascensor más abajo, cincuenta pasos por las escaleras, y presionó todos los botones correctos. Simplemente no era lo suficientemente astuto como para preguntarme por qué alguien como él, que venía del dinero y tenía todas esas ideas, se enamoraría del humilde informático que arreglaba sus ordenadores.

—¿Eso fue lo que hacías? ¿Ordenadores?

—Soporte de segunda línea para los mostradores de ofertas, todo correr y nada de sentarse. —Josh recordó el tiempo como frenético y agotador, pero en su mayoría lo había disfrutado—. No exactamente humilde, pero no del tipo que hace mucho dinero. —*Desechable*, su subconsciente completó por él.

—¿Cuánto tiempo fue eso?

—Unos siete años, directamente de la universidad. Empecé como contratista, me ofrecieron un trabajo a tiempo completo. Era bueno en mi trabajo, pero no era una buena persona allí. —Josh no pudo evitar preguntarse por qué diablos estaba confiando en un hombre que no estaba lejos de ser un extraño.

Michael tomó un sorbo del vino que había pedido y torció los labios en una media sonrisa. —Haces eso mucho. Rebajarte, quiero decir. Dijiste que Ed no te habría mirado, pero creo que eres hermoso y sexy. Y dices que no eras una buena persona...

—No lo era.

—¿Pero qué pasa ahora?

—¿Ahora? —*Ahora, soy un desastre de mierda e inseguridades, y mi psique está siendo separada por otro hombre guapo. ¿Cuáles son las posibilidades de que Michael realmente sea real y honestamente quiera saber estas cosas?* —Dejé Swanage y dejé a Ed. En realidad, no tuve elección en ninguna de esas cosas. Ed solo me estaba usando, y Swanage me despidió.

Llegaron sus comidas, y una vez más, Josh tuvo un momento para calmarse. No entendía que estaba derramando todo, pero debía haber algo dentro de él que le decía que podía confiar en Michael.

Michael murmuró su aprobación por el bocado de comida que acababa de meter en su boca, y Josh hizo lo mismo ya que el ruido era claramente sexual

y presionó sus botones. —Esto es simplemente... —Michael le ofreció un bocado de champiñones y pollo, y Josh lo tomó con un suspiro de aprecio. Había echado de menos este lugar, y había perdido la intimidad de compartir los bocados del plato de su novio.

No es que Michael fuera un novio. Se concentró en su propia comida durante un tiempo, pero a pesar de que era fantástica, no tenía la confianza suficiente para ofrecer a Michael en un bocado. Cobarde.

—Entonces, ¿Has llevado al banco a algún tipo de juicio?

Al principio, Josh no entendió la pregunta. ¿Juicio? ¿Qué banco? Entonces lo golpeó.

Él no tenía que ser honesto. Nada de eso fue público, no permitieron que nada saliera en los periódicos, el dinero estaba protegido. Era solo su propia estupidez con la que tenía que vivir, y agradeció a los cielos todos los días por eso. Pero allí estaba él, considerando derramar sus entrañas.

Michael inclinó su cabeza otra vez, y su oscuro cabello cayó sobre sus ojos. Con un gesto familiar, lo apartó de su rostro, y una vez más, Josh estaba mirando esos increíblemente profundos y aterciopelados ojos.

—No tenía sentido. Fui culpable de hacer lo que dijeron que hice. —Miró a Michael y casi desafió al otro hombre a decir una sola cosa. Estaba esperando el colapso, que la expresión de Michael cambiara de abierta y amigable a desconfiada y enojada.

En cambio, Michael tomó otro bocado de pasta, y Josh se enfrentó a una espera antes de escuchar la reacción de Michael. —Entonces debes haber tenido una buena razón.

Josh no esperaba eso. ¿Cómo llegó Michael a esa conclusión? Esperó alguna explicación más, pero Michael no dijo nada y Josh tuvo que preguntar.

—¿Por qué dices eso?

—Creo que conozco a una persona malvada cuando la veo, —dijo Michael inexpresivo.

Josh sabía que él no era malvado. Crédulo, tal vez. Estúpido. Un maldito idiota que debería haberlo sabido mejor y no haber tomado decisiones basadas en el consejo de su pene.

Inesperadamente, quería que todo saliera de su cofre y Michael estaba sentado allí, viéndose con cara de pocos amigos, y parecía que todos los filtros que tenía en su interior estaban apagados. —Me acostaba con Ed. La conversación de almohada es peligrosa. Lo siguiente que sé es que me

obligan a ir a la oficina y me acusan de ayudar a cambiar las pistas de auditoría en el sistema, usando las contraseñas en el sistema. Me desplomé. Tenía algún tipo de ataque, según dijeron los paramédicos.

—Josh...

—Por la parte del dinero, el banco cubrió todas las pérdidas para mantenerlo silenciado, porque si se descubriera que habían sido atrapados empleando a alguien involucrado en cualquier negocio ilegal, sería mala publicidad. Sin embargo, eso no cubría inversiones privadas más pequeñas, como la mía.

—Lo siento...

—Despidieron a Ed, pero inventaron una excusa de mierda; después de todo, Ed venía del dinero mismo. Yo solo era un pequeño hombre. Perdí mi trabajo también, ese fue mi castigo por la conversación de almohada. Eso y no tener un ingreso, por supuesto. Ah, y estar en el hospital con un susto de aneurisma.

—Pero en realidad no tomaste dinero...

—No, no lo hice. —Josh negó con la cabeza con fuerza—. Entonces tuve que dejar mi pequeño apartamento del tamaño de una pulga. Me costaba casi todo pagar la hipoteca de todos modos, pero el precio del lugar se había disparado, según la última tasación, bueno, vendí mi casa y lo devolví todo.

—Eso te hace un buen hombre.

Josh se negó a dejar que Michael pensara que era una especie de héroe de caridad. —Era el dinero de mi madre el que estaba pagando, —escupió. Esperó el horror en la cara de Michael, pero todo lo que vio fue paciencia y comprensión—. Era signatario de las cuentas de mi madre, y pensé que duplicaría su dinero entregándolo a Ed. Él tenía todas las respuestas, ¿sabes? Resulta que lo perdí todo. Así que sí, vender mi casa y pagarlo fue mi primera tarea. Ella aceptó mi consejo, me dejó invertirlo. No sabe que lo perdí todo.

—Porque lo pagaste.

—Sí, cada centavo. Entonces no tenía ningún lugar donde vivir, así que usé la excusa de que mamá debía sentirse sola y me mudé a casa. ¿Qué tan patético es eso?

—No es patético en absoluto. Sé que está tan feliz de tener a su hijo en casa.

Josh sabía que su madre estaba más que feliz de ocuparse de él, pero Michael no podía saber eso. Josh se encogió de hombros, lo que podría haber

significado cualquier cosa, y luego continuó. —Me empujó al límite, o eso es lo que dijeron en el hospital. La culpa y el estrés y la pérdida de mi trabajo, todo además de la muerte de papá la Navidad pasada, fue demasiado.

Josh se detuvo, consciente de que de alguna manera había tirado toda su vida en el regazo de Michael. *Qué manera de lucir suave y en control, Joshua.* Le dolía la cabeza y se llevó los dedos a la sien para frotar el dolor. Los dolores de cabeza seguían siendo su maldición.

Michael tomó la mano de Josh y la tiró sobre la mesa antes de cubrirla con la suya. —Gracias.

—¿Por?

—Por decirme todo eso.

Josh negó con la cabeza. Tenía la garganta apretada por la emoción, le dolía el pecho y le daba vueltas la cabeza, pero de alguna manera se recostó en su silla sintiéndose inexplicablemente más ligero por compartir todo en la peor diarrea verbal que había tenido nunca.

—No estoy seguro de por qué lo compartí, —admitió.

—La gente dice que tengo ese tipo de cara; Me veo como un buen oyente. De todos modos, parece que necesitabas hablar.

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿cuánto tiempo estuviste en el hospital?

—Dos semanas. Sospechaban un aneurisma o un accidente cerebrovascular o algo así, pero no pudieron encontrar nada, y no tuve más convulsiones, por lo que descartaron la epilepsia.

—El cerebro es algo asombroso, —dijo Michael mientras empujaba su plato hacia un lado—. Tal vez solo vio que estabas sobrecargado y se apagó para evitar que te lastimes.

—Sí, eso es lo que yo también pensé.

Michael colocó su cuchillo y su tenedor en el plato, y Josh se dio cuenta de que su compañero había terminado su comida cuando Josh apenas había comenzado. Cavó en la pasta, y en un capricho le ofreció a Michael un bocado, que Michael tomó con una sonrisa antes de hacer todos esos ruidos sensuales que indicaban que le gustaba algo.

—Tienes que dejar de hacer eso, —gimió Josh.

—¿Qué?

—Todos esos gemidos con el bocado de pasta.

Michael arrugó la nariz, luego apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. —Está bien, me detendré.

Josh se retorció de nuevo. Su polla estaba presionando insistentemente contra sus jeans. Había pasado mucho tiempo desde que esa parte particular de él había mostrado algún interés en algo. Hoy parecía que no podía controlarla. Entonces, el verdadero Josh, el oculto bajo todos estos ataques de pánico y ataques y mierda en la que se estaba hundiendo, saltó a primer plano. Se inclinó sobre la mesa y miró directamente a los ojos marrones.

—No lo hagas.

Michael esperó lo que debía haber sido unos segundos, luego se movió en su silla y llamó la atención de un camarero. —¿Puedo obtener la cuenta, por favor?

Fue todo lo que Josh pudo hacer para no reírse en voz alta ante la reacción de Michael.



CAPÍTULO SIETE

Michael: No puedo dejar a Josh en este momento más que puedo dejar de respirar y esperar vivir. No lo había buscado por ninguna de las razones por las cuales estaba al lado mío. Confiaba en mis propios instintos, perfeccionados después de tantas generaciones de artistas y oradores que habían sido mis encargos. Pero cuando se inclina hacia delante con promesas en sus ojos, puedo ver que no está envuelto en dudas. No, este es Josh en su forma más sincera, deseándome, y yo también lo quiero.

Lo llevo de vuelta a la tienda y abro mi puerta para dejarlo entrar. Se ve sorprendido, pero no digo nada. Solo cierro la puerta detrás de nosotros y lo llevo de la mano a las escaleras de metal en espiral en la parte posterior. Él me sigue, y puedo sentir la excitación que flota a nuestro alrededor. Esto es correcto, y estoy listo.

Y la puerta no dice nada.



Josh siguió a Michael con total confianza. Él no sabía lo que había ahí arriba. Capítulo Uno tenía un piso de arriba, pero era más espacio en el ático y no se había convertido en algo habitable. El lugar de Michael era diferente. En la parte superior de la escalera de caracol, Josh se

detuvo y miró a su alrededor con asombro.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó. Había un gran espacio allí arriba. Un gran sofá, una gran cama a un lado con fundas blancas, un gran sistema de almacenamiento en el otro, y un baño tenía la puerta ligeramente abierta para que Josh pudiera ver el interior.

—Me ahorra el alquiler, —respondió Michael—. E implica que si me despierto inspirado a las tres de la mañana, simplemente puedo bajar las escaleras y pintar.

—Me gustaría ver algunas de tus cosas, —dijo Josh. Él quería frenar esto un poco, y ese parecía un buen lugar en el que enfocarse.

Michael tiró de él hacia la izquierda, hacia una amplia pintura sobre una especie de tocador al lado del suave sofá de cuero salpicado de cojines de color púrpura y rosa. La pintura era de un viejo Londres. —Eso es mío.

El lienzo era una escena invernal que no estaría fuera de lugar en tiempos de Charles Dickens. Había nieve cayendo, niños con abrigos, y toda la pintura tenía un tema azul y dorado. El detalle era increíble, Michael, no era un artista abstracto. Pintaba escenas realistas, y esta era tan convincente que Josh sintió que podía tocarlo y sentir el frío del hielo.

—Eso es impresionante. —Josh miró más cerca—. Me encanta cómo lo hiciste parecer viejo. Ya sabes, la pincelada y el aceite.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerte una bebida? Tengo vino o cerveza.

Josh se quitó la chaqueta. El espacio del desván era cálido, y se sentía más relajado de lo que había estado en mucho tiempo.

—El agua está bien.

Michael desapareció en la pequeña cocina y salió con una botella de vino y agua en un vaso de cristal. Josh ni siquiera recordaba haber visto la cocina, pero era muy pequeña y la entrada estaba en la sombra.

Josh inclinó el vaso, fascinado con la forma en la que el cristal reflejaba las luces de Navidad enganchadas alrededor de la habitación. Eran colores suaves, rosas y azules pálidos, limón y verde, y fue capturado por su belleza.

—¿Te gusta la Navidad?, —dijo a modo de conversación.

Michael miró a su alrededor. —Cualquier oportunidad para poner las luces, —dijo.

—Es muy bonito. Acogedor. —Deseó poder recuperarlo tan pronto como lo dijo. ¿Quién demonios en su generación usaba la palabra "acogedor"? A Michael no pareció molestarle la palabra; de hecho, cuando se sentó en el sofá al lado de Josh, lo suficientemente cerca como para que sus rodillas se

tocasen, se veía de cualquier manera menos disuadido. Bebió un sorbo de su vino, luego, muy deliberadamente, colocó el vaso sobre la mesa al lado del sofá.

—Deberíamos besarnos de nuevo, —dijo.

—¿Deberíamos? —Josh copió a Michael, colocando su vaso sobre la mesa.

—Yo quería hacerlo en el restaurante. —Michael se giró hacia la mitad del sofá para mirar a Josh y alargó una mano para tomar su rostro. Josh instintivamente presionó hacia la mano—. ¿Puedo?

Josh se inclinó hacia adelante. Recordó el sabor de Michael y la forma en la que lo había abrazado tan fuerte, y cada parte de él quería más de eso. Se encontraron en algún lugar en el medio, el beso fue suave al principio, luego más dedicado, hasta que Josh no supo en qué dirección estaba. Cuando se separaron, Josh se concentró en los carnosos labios besables de Michael y anhelaba el sabor otra vez. La mano de Michael se deslizó de la mejilla a su garganta, luego descansó sobre el pecho de Josh.

Josh estaba duro, y la presión de la mano de Michael sobre su pezón izquierdo fue solo una burla de lo que quería sentir, pero no quería seguir empujando. Había tenido demasiado sexo sin sentido en el pasado, y tenía que pasar esta barrera. La que decía que un beso tenía que conducir al sexo y que el sexo resultante no significaba nada.

Michael debió haber sentido su renuencia, y retiró su mano. —Quiero tomar esto lento, —susurró.

Josh asintió con la cabeza. Eso era exactamente lo que él quería también. Necesitaba tiempo para trabajar a través de sus pensamientos y sus necesidades y tener una idea de cómo este hombre de alguna manera había trastornado su vida en cuestión de unos pocos días.

Demasiado bueno para ser verdad, se dijo a sí mismo.

Necesitas confiar en alguien a veces, argumentó la voz en su cabeza.

—¿Cuándo sale tu tren?, —preguntó Michael, interrumpiendo efectivamente las discusiones internas de Josh.

—El último es justo después de las once, —dijo. Una parte de él quería que Michael le ofreciera una cama allí, o una silla o el suelo, cualquier lugar donde le fuera posible acurrucarse contra alguien fuerte que pudiera apoyarlo. *Demasiado necesitado, Joshua*.

Josh esperó a que la voz le dijera que no estaba para nada necesitado, pero todo lo que escuchó fue una gran nada. Genial, incluso su voz

mentalmente inestable estaba malditamente ausente y dejándolo solo.

Michael miró el reloj en la pared, una intrincada pieza de metal entrelazada con pequeñas luces de hadas. —Tenemos una hora. Iré contigo.

—No tienes que...

—Quiero. Cuéntame más sobre tu trabajo con los ordenadores.

Usaron el metro, hablaron durante una hora, llegaron al tren a tiempo y Michael lo despidió con un beso justo al lado de la floristería en la entrada de la estación de Marylebone. Estaba cerrado, y la entrada estaba fría y bastante vacía. La última oleada de gente ya había llegado a la plataforma cinco y al tren de Amersham.

Cuando estaba en el tren, todo lo que podía recordar era que Ed nunca le había besado en público. Demonios, su ex casi nunca le besó.



CAPÍTULO OCHO

Michael: Sé que estará realmente confundido, pero no creo que él esté tan confundido como me siento en este momento. Me encantó besarle, y se sentía precioso para mí y sabía a néctar.

Y cuando miró la pintura, sintió una conexión con ella. Pude ver eso tan claro como el día.

Recuerdo haberlo pintado con Charles a mi lado y sus palabras en mi cabeza, diciéndome cómo se imaginaba la escena final. Soy el artista que captura las palabras lanzadas en el aire, y las transformo en algo con vida. Soy la musa que todo escritor quiere, la inspiración para tantos libros.

Me detengo en la tienda principal, con la suave iluminación de seguridad como única forma de ver la puerta, y cuando toco la madera, puedo sentir la conexión. Josh ni siquiera está allí por el momento, pero su esencia, del hombre que es y los caminos que tomará, están todos en un lío y lucha de intensas emociones.

Lo quiero conmigo. Quiero estar con él.

Para siempre.



Noviembre se movió a una velocidad aterradora. Todas las mañanas Michael traía café, y cada mediodía Josh proveía el almuerzo. Por las noches pedían comida o salían, y todas las noches Michael le daba un beso de despedida a Josh junto a las puertas de hierro forjado de la estación, justo al lado de la floristería.

Y antes de eso, todas las tardes cuando la puerta se cerraba a la hora de cierre en Deseos Artísticos, Michael se dirigía a Capítulo Uno para ayudar a limpiar las estanterías. Habían catalogado al menos la mitad de los libros por ahora, y la cantidad restante no parecía un trabajo tan desalentador. Todos los pedidos habían sido enviados o recogidos, a excepción del libro que Josh tenía para el señor C. Anders, que lo recogería a mediados de diciembre.

—Mira esto. —Michael levantó un libro encuadernado en cuero rojo y señaló la portada. Estaba agachado contra la pared del fondo, con los labios curvados en una sonrisa y el dril de algodón de sus pantalones vaqueros se extendía sobre muslos gruesos y musculosos. Josh pasaba mucho tiempo concentrándose en la tela estirada sobre los muslos o el culo de Michael, o la forma en que el material apretado no dejaba nada a la imaginación en cuanto a lo que podría haber en sus calzoncillos. Si él usaba boxers, eso era.

—¿Qué es eso? —Josh apartó los ojos de la tela y miró el título en la penumbra del interior.

—*Orgullo y prejuicio*, una reimpresión, no un original. Desde los años sesenta.

Josh levantó una ceja. —Me parece que *Orgullo y prejuicio* no es un libro de poder muy hippy, —dijo con una sonrisa. Le encantaba pinchar a Michael y la forma en la que él reaccionaba con risa. Pero esta vez Michael parecía serio.

—Los clásicos son intemporales y trascienden la cultura pop, —dijo. En realidad, no solo lo dijo, sino que lo proyectó, por lo que su voz resonó en las estanterías, y Josh sintió que se le abría la boca.

—Está bien, —dijo.

Michael abrió el libro, despreocupado, como si no hubiera hecho su mejor imitación de Brian Blessed en *Flash Gordon*. Luego, un segundo después, levantó la cabeza con una expresión triste en su rostro—. Lo siento, —dijo.

Josh todavía estaba conmocionado por la declaración, y no estaba seguro de qué decir. Michael había sido tan enérgico y a cargo y, ¡oh Dios mío, lo

quiero!, Josh se inclinó hacia adelante y besó a Michael suavemente.

—Realmente te quiero, —susurró.

La expresión de Michael habría sido cómica si el peso de lo que Josh estaba ofreciendo no fuera tan grande. —Yo también te quiero, —dijo Michael.

—Deberíamos cerrar e ir a la casa de al lado, —dijo Josh tímidamente, en voz baja, sabiendo lo que estaba pidiendo. Estaba tan excitado, pero presionó la emoción cuando Michael no respondió al principio.

Entonces Michael asintió. —Al lado.

En silencio, cerraron la puerta y entraron en Deseos Artísticos directamente al dormitorio, sin detenerse con palabras o bebida o cualquier cosa innecesaria. Se besaron tan apasionadamente como lo habían hecho tantas veces, y se desvistieron mientras se abrazaban, lo que los hizo sentirse un poco incómodos y muy acalorados.

Finalmente se movieron para recostarse sobre las frías sábanas blancas.

—Toma mis manos, —Michael pidió en voz baja, y Josh hizo lo que le pedía, con la cara a centímetros del hombre que hacía que su corazón latiera más rápido. Sus ojos se agrandaron cuando Michael tiró sus propias manos, con los dedos de Josh entrelazados, sobre sus cabezas, exponiendo su cuello y poniendo a Josh firmemente bajo control. En segundos, Josh estaba más duro que nunca, presionando insistentemente contra Michael, quien parecía estar esperando lo que se suponía que debía hacer a continuación. La mirada de Josh recorrió la cálida piel y el grácil cuello estirado debajo de él... debajo de él...

—¿Josh? —dijo Michael—. Me estoy enamorando de ti.

—¿Sí? —¿Cómo respondía a eso? ¿Qué posibles palabras podrían explicar la necesidad que lo estaba consumiendo y dejándolo incapacitado para pensar?

—¿Eso te asusta? —preguntó Michael.

—No.

Michael no parecía convencido. —¿Estás seguro?

—Te lo prometo. Tengo mucho que decirte... Solo que esta noche, ¿podemos...?

—Sí, —dijo Michael sin dudarlo. Se movió un poco bajo Josh, y solo así, el calor regresó con Michael presionado en la cama debajo de él. Josh gimió y bajó la cabeza para meterla en el cuello de Michael.

—Quiero... —Josh casi gimió en la piel de Michael, sorprendido de que

este hombre estuviera tendido debajo de él, en su fuerte agarre, ofreciéndose a sí mismo. El control de Josh finalmente se quebró, y él arrastró sus labios y dientes sobre su cuello y su pulso, besando los suaves e hinchados labios y mirando los ojos marrones abiertos de par en par. El beso fue explosivo, chocando, necesitado, duro, y Josh inconscientemente apretó más las manos de Michael, presionándolo más fuerte mientras se movían juntos.

Los sonidos que hicieron, los sonidos de necesidad y deseo, solo fueron interrumpidos por besos y promesas. Se abrieron paso como adolescentes, Michael se resistió bajo él, Josh los guio y los elevó, y supo que nunca había sentido algo así.

El orgasmo se curvó en su espina dorsal, y la necesidad de moverse, de decirle a Michael, se estaba formando en su cabeza. Pero parecía que Michael no estaba muy atrás.

—Josh... por favor.

Josh besó las palabras, saboreando a Michael, tragando sus gemidos entrecortados con sonidos propios, jadeando su liberación. Michael lo siguió poco después, y Josh colapsó sudoroso y mojado contra su nuevo amante. Nunca, nunca se había sentido así.

No dijeron nada, Josh soltó las manos de Michael, consciente de lo que habían hecho y de los puentes que habían cruzado. Ya se había medio enamorado de Michael, y ahora no tenía palabras para decirle a Michael lo que sentía. Intentó respirar y dar sentido a lo que acababa de pasar. Entonces le golpeó. Tal vez había algunas cosas que nunca, o a las que nunca sería capaz de darles sentido.

—Esto es demasiado rápido como para definirlo, —comenzó a explicar.

Michael sonrió. Él siempre estaba sonriendo. Josh amaba su sonrisa.

—No quiero que digas nada.

—Podrías ser...

—Lo sé.

Josh volvió a enterrar su rostro, y Michael envolvió algo suave a su alrededor. El edredón era muy mullido y bloqueó la luz.

Seguro en los brazos de Michael, se durmió.



CAPÍTULO NUEVE

Michael: Mi destino, si se puede llamar así, empieza y termina con Josh. Estoy seguro de eso. Lo que sucedió anoche fue mágico. Él fue el primero, y él será el último. Este es el momento único que define la parte humana de mi existencia, de todo lo que he visto o hecho.

Necesito contarle sobre mí, sobre el camino que he recorrido, pero no pude. No cuando se sentó derecho en la cama conmigo y bebió un sorbo de café caliente. No cuando recibió un mensaje de texto de su madre con una cara sonriente y un simple "buenas noches". Ni siquiera pude decirlo cuando nos duchábamos y él cayó de rodillas frente a mí y me hizo sentir.

¿Y cuando nos besamos antes de irse al edificio de al lado? Me quedé mudo de amor.

Estoy pasando mucho tiempo con mi mano en la puerta entre nosotros. Todo lo que necesito hacer es dar un paso adelante, y todos los milenios que quedan atrás no serán más que un sueño. Me convertiré en el Michael que estaba destinado a ser.

Pero, ¿y si hago eso, y entonces Josh dice que no?



La mañana del 10 de diciembre amaneció clara y brillante, una mañana helada que dejó huellas en los automóviles y neblina en el aire. Josh estaba completamente quieto en el jardín envuelto en su abrigo con una taza de café en la mano. Este era el espacio de su madre, todo ordenado con los bordes arreglados y una amplia extensión de césped verde que actualmente brillaba con partículas de hielo. Pero fue su padre quien robó sus recuerdos hoy.

¿Cómo podría ser que haya pasado todo un año desde que perdieron a papá?

Andrew Blakeman se había despertado en una mañana similar a esta y había ido al trabajo como siempre hacía, al igual que Josh, y había dejado el mundo quedándose dormido en el mostrador de roble y sin despertarse nunca. Aneurisma, dijeron. Tan rápido, sucedió entre una respiración y la siguiente. Lo mismo que habían pensado que tenía Josh cuando se derrumbó en el trabajo.

Habían degradado a Josh por haber tenido un colapso. Demasiado para una salida dramática. Se rió de sí mismo y supo que su padre también se hubiera reído.

Te extraño, papá, mucho.

Cuando regresó a la cocina, su madre ya estaba allí. Parecía exhausta, y él permitió que ella le molestara con café y desayuno, porque eso era lo que quería hacer. El cuidar de él parecía ser su enfoque, y estaba contento de estar haciendo algo bien. La abrazó un par de veces, la abrazó y simplemente la amó tanto como un hijo adulto podría amar a una madre.

—¿Estás bien? —preguntó su madre mientras recogía su tostada.

—Estoy bien, —dijo Josh rápidamente. Su objetivo era ser tranquilizador, pero su tono probablemente se encontraba entre desesperado y frágil.

—Sé que lo extrañas; me lo puedes decir.

Josh reprimió las palabras. Lo último que necesitaba escuchar era que probablemente ese día fuera realmente duro. —¿Cómo estás?

—Triste, —dijo sin rodeos—. Enfadada, desconsolada y triste por todo lo que no tendré con tu papá. La Navidad y los villancicos y la nieve y Año Nuevo. Estoy enfadada con todas esas cosas. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, e hizo todo lo que pudo para abrazarla. Él no sabía qué decir. ¿Qué podría decir? Su mamá y su papá habían estado juntos tantos años, y que su

papá se fuera cuando todavía estaba tan feliz era cruel.

—¿Por qué no vienes a la librería hoy conmigo?

La mano de su madre revoloteó hasta su garganta, y ella lo miró con los ojos muy abiertos. —No sé si puedo...

—Hace calor, y tenemos un hervidor para una buena taza de té. Podríamos tomar una taza y hablar de papá.

Ella vaciló un poco. Todos los problemas en el mundo de mamá podrían reducirse con una taza de té. —No estoy segura...

—Realmente podría necesitar tu ayuda, —añadió Josh rápido, aunque un poco desesperadamente. Ambos necesitaban salir de la casa hoy, y no había forma de que Josh dejara sola a su madre. Podrían ir a Harrods para el almuerzo, quizás hacer algunas compras navideñas, ver las luces. Puede que no sea demasiado tarde para reservar un viaje en el London Eye.

—¿Si?

—Mamá, tienes un título en literatura inglesa. Me ayudarías señalando la dirección correcta con algunos de los libros que hay allí.

Vio el momento en que su madre se rindió. Ella físicamente se tensó y borró las lágrimas de sus ojos. —Voy a maquillarme, —anunció.

Y estaba la otra parte de su madre. Junto con el té, a menudo decía que necesitaba su maquillaje para enfrentar el mundo con confianza. En algún momento Josh deseó poder usar las cosas también, solo para esconderse detrás. Un poco de colorete y maquillaje y nadie podría ver al hombre detrás de la máscara.

Se abrieron camino hacia la ciudad, después de haber perdido la enorme presión del viaje por una hora. De hecho, para el momento en que llegaron a Capítulo Uno, ya había pasado la hora del café y Josh rechazó la pequeña decepción por no haber visto a Michael hoy. Le había advertido ayer que quizás no estuviera, pero no se había explicado. Josh no estaba listo para compartir hoy con nadie más que su madre.

Por supuesto, eso duró unos cinco minutos. Ni siquiera se habían quitado las chaquetas antes de que Michael entrara por la puerta principal con tazas de café en una bandeja.

Tres tazas.

Puso la bandeja sobre el mostrador y le tendió la mano a la madre de Josh —Hola mi nombre es Michael. Me mudé y monté Deseos Artísticos al lado en primavera.

—Soy Angie, la madre de Josh. ¿Tienes la tienda de Singhs? —preguntó

ella mientras le daba la mano.

—Solía ser de ellos, —dijo Michael alegremente—. Te traje una taza de té. Lo siento, no tengo nada más pequeño que esto. Josh y yo estamos acostumbrados a las tazas.

Indicó las tres tazas con arcoíris, dos con café y una con el color del té absolutamente perfecto. Angie miró de él a las tazas, luego a Josh con un brillo en los ojos.

—Gracias, —dijo con una sonrisa. Cogió la taza y la acunó antes de beber el té—. Encantador.

—¿Tal vez puedo venir más tarde y Josh y yo podríamos llevarte a almorzar?

—Eso sería encantador, —dijo Angie.

Michael se fue después de anunciar efectivamente que él y Josh eran amigos que compartían el almuerzo. Que él y Josh tomaron decisiones juntos. Que eran una pareja.

—Qué hombre tan agradable, —dijo Angie—. ¿Os habéis hecho amigos desde que trabajas aquí?

—Él ha estado ayudando, —respondió Josh vagamente.

—Por la forma en que te miró, creo que ha estado disfrutando ayudándote. Sabía que había una razón por la que has llegado tarde a casa tantas noches. —Alzó una mano antes de poder defenderse. Después de todo, enviaba mensajes de texto todas las noches que no estaría en casa—. Es bueno verte dejar ir a ese bastardo del banco.

Escuchar esa palabra de su madre fue impactante. Angie Blakeman realmente no juraba; ella solo echaba miradas de desaprobación que tenían tanta emoción que el receptor inevitablemente era puesto en su lugar.

—Ed fue... —¿Ed fue qué? ¿Qué iba a decir? ¿De verdad iba a defender al ex que lo engañó y había jodido la vida de Josh?

—Un bastardo, —dijo su madre de nuevo.

—¡Mamá!

—De todos modos, —dijo, colocando la taza vacía en la bandeja—. Dime hasta dónde has llegado.

Mientras le explicaba sobre el sistema que estaba usando, ella echó un vistazo crítico sobre el ordenador, la hoja de cálculo y las cajas de libros etiquetados. Ella asintió con la cabeza y comentó un par de veces, y se dispusieron a clasificar el siguiente estante. Se detuvieron alrededor de la una cuando Michael llegó para decir que había reservado una mesa en Raphael's

para el almuerzo.

—No estoy seguro de si mamá...

—Me encantaría eso, —interrumpió Angie.

Michael levantó el abrigo de Angie, la ayudó a ponérselo y luego le ofreció el brazo de una forma sorprendentemente anticuada. Josh los vio salir de la librería antes de entender lo que acababa de suceder y ponerse su propio abrigo y guantes. Cerrando la puerta, los encontró a los dos mirando por la ventana de Deseos Artísticos y hablando en voz baja.

—¿Listo?, —preguntó Michael cuando Josh se unió a ellos.

Su mesa en Raphael's daba a la concurrida calle, y Angie parecía contenta con observar a la gente mientras Josh intentaba pensar una manera de explicar sobre su madre, su padre y todo lo demás sin molestar a su madre o perderse en la pena en su cabeza. Al final, fue Angie quien lo hizo por él.

Ella levantó su vaso de agua con gas. —Por Andrew, que se ha ido hace un año, pero no está olvidado. —Luego, después de tomarse un momento para calmarse, explicó— Mi esposo murió hace un año hoy. —Su expresión estaba cerrada, pero Josh podía ver el dolor en sus ojos.

Michael colocó su mano sobre la de ella y la apretó suavemente. —Lo siento mucho por tu pérdida, —murmuró. Luego levantó su vaso—. Por Andrew, —ofreció.

Josh lo copió, y los tres se sentaron en silencio hasta que Angie lo rompió. —¿Qué vas a hacer en Navidad, Michael?

Michael intercambió miradas con Josh. —No tengo planes, —dijo.

—Deberías pasar el día con nosotros, —dijo Angie. Josh estaba aturdido. Su madre había saltado a eso más rápido que el día que había dicho que estaba considerando pedirle salir a Jamie de ciencias. El mismo día, ella comenzó a tejer una bufanda de arcoíris para que se la pusiera.

—Mamá...

—Me encantaría. Por favor, dime qué puedo llevar.

—Nada, solo a ti mismo, —dijo Angie con una sonrisa brillante.

Josh consideró decir algo. Podría ser franco y decir que Michael probablemente no quería pasar la Navidad con extraños, pero atrapó la mirada de Michael y vio algo en sus ojos. Estaba feliz con el plan, y tenía una sonrisa suave, la que Josh amaba.

Charlaron sobre Navidad y Londres, Capítulo Uno y Deseos Artísticos, y todo iba bien hasta que Michael decidió llevar las cosas un paso más allá.

—Entonces estás buscando vender la librería, —dijo. Su resumen fue

dirigido completamente a Angie.

Se llevó la servilleta a los labios y la colocó en su plato vacío. Josh no podía recordar la última vez que la había visto terminar un plato, aunque para ser justos, sus habilidades de observación eran una mierda en este momento. Evidentemente completamente una mierda, porque su madre suspiró y negó con la cabeza.

—Esa librería ha estado en nuestra familia por generaciones. El tatarabuelo de Joshua era sargento en la India, un hombre humilde según todos los indicios, pero ganaba dinero comprando antigüedades y regresó a casa con lo suficiente para obtener un préstamo de un banco. Él invirtió el dinero en construir una tienda. Su hijo la hizo la tienda de libros en Londres para objetos raros, y cuando Andrew se hizo cargo de su padre, que la heredó de un primo, él fue el último de una larga lista de Blakemans que dirigió Capítulo Uno. Me entristecería ver que se pierda para siempre, pero no me apena ver que desaparezca si Josh decide vender. Es su vida. —Angie copió a Michael poniendo una mano sobre la de Josh.

¿Qué? Esto era nuevo para Josh. Pensó que estaba vendiendo Capítulo Uno por su madre, no porque ella veía la librería como una especie de herencia para él. ¿Ella quería que él se lo llevara? ¿Incluso después de haberlo jodido todo en el banco? La ansiedad se apretó en su pecho.

—No me siento bien, —espetó. Se levantó bruscamente, viendo las expresiones de sorpresa en las caras de su madre y de Michael—. Solo necesito un poco de aire.

Se tambaleó y salió fuera y se apoyó contra la pared más cercana, ignorando la presión de las personas que pasaban a su lado. Él no estaba en pánico. Esta no era la ansiedad normal. Esto era incertidumbre y miedo. Y diablos, había dejado a su madre dentro con Michael. Probablemente estaban en este mismo momento discutiendo el jodido caso perdido que era.

—Es hora de volver a Capítulo Uno, —anunció su madre desde su lado.

—No me di cuenta de que querías que llevara Capítulo Uno. Yo... —Se detuvo.

Ella le entregó su abrigo e incluso lo ayudó a abrocharlo. Luego presionó un beso en la punta de su nariz, aunque tuvo que ponerse de puntillas para hacerlo.

—No me di cuenta de que no lo sabías, —ofreció—. Lo siento. Pensé que, con el banco y tú trabajando con ordenadores, que una librería no era exactamente... —Ahora fue su turno de desvanecerse.

—¿Listo? —Michael intervino. Trajo consigo el aroma del restaurante de detrás, albahaca, ajo y calor. Se frotó las manos por el frío gélido—. Volvamos por una taza de té.

Josh miró a su amante con gratitud, viendo la dulce preocupación en la cara del otro hombre.

—El té suena adorable, —dijo Angie—. Y detengámonos en la tienda para conseguir pastel.

Se detuvieron, compraron pastel y se acomodaron en la librería. Michael se fue a la puerta de al lado, algo sobre ordenar, y no por primera vez Josh se preguntó cómo ganaba mucho dinero con la cantidad de tiempo que pasaba aquí en Capítulo Uno con Josh.

—Es un hombre tan agradable, —dijo Angie mientras tomaba una porción de Battenburg.

—Sobre la librería, mamá. —interrumpió Josh. Él no quería hablar de Michael. Esa era una conversación para otro día.

Ella tomó el pastel con los dedos. Parecía que tenía algo que decir y se lo estaba tomando lentamente.

Entonces ella comenzó. —Cuando fuiste a la universidad, tu padre y yo tuvimos una larga conversación. Recuerdo que vino y me encontró sentada en tu habitación en tu cama, llorando porque mi bebé nos había dejado.

—Mamá...

—Lo sé, nunca lo entenderás a menos que seas una madre, pero durante tanto tiempo tendrás a este niño en tu vida, y entonces simplemente. Se ha ido. De todos modos, ese no es el punto. Tu padre me dio ese largo discurso sobre cómo volverías y cómo te harías un camino, y estaríamos tan orgullosos del hombre en el que te convertiste.

—Hasta que lo jodí.

—Lenguaje, Joshua, —reprendió Angie.

—Bueno, lo hice, ¿no? Me dejé involucrar en cosas que no debería, y decepcioné a todos.

—No, jamás. Nunca pensé eso, y tu papá tampoco lo habría hecho. Estas cosas pasan en la vida.

Ella sonaba tan pragmática. Bruscamente, Josh reconoció a su fuerte madre a través del velo de dolor que había estado usando el año anterior. Primero había tenido que lidiar con la pérdida de su marido, luego Josh había estado en el hospital con la policía allí. ¿Cómo se las había arreglado?

—Y, honestamente, ¿nunca imaginaste que quería un lugar aquí en la

librería?

—Para ser sincera, Josh, eras un loco de los ordenadores. Tuve suerte de que leyeras un libro después de los doce años. —No había calor en sus palabras; fueron dichas suavemente y con afecto. Aún así, le dolió que su madre y su padre se hubieran dado cuenta en algún momento de que este lugar pasaría a alguien fuera de la familia.

Josh miró a su alrededor, a los suelos polvorientos y los surcos hechos por cientos de clientes que habían visitado la librería. Aquí había historia y tal vez, solo tal vez, debería pensar en aprovechar la oportunidad que se le daba. Algo sobre este lugar le hablaba, y no solo se refería a su cerebro loco que le hacía pensar que estaba escuchando cosas. Él era parte de la trama de este lugar.

—Dejé de venir cuando tenía doce años, —dijo. Casi al mismo tiempo, había recibido un brillante ordenador para su cumpleaños y había decidido que eso era lo que quería hacer con su vida. La llamada de la tecnología lo había arrastrado lejos de la librería, y él no luchó porque estaba feliz de caminar hacia el futuro. La librería era el pasado.

—Lugares como este son dinosaurios, —dijo Angie—. Amazon es el lugar indicado para los nuevos bestsellers, y con Kindles, ya nadie quiere tener copias en papel. Tu papá siempre dijo que no quería que te hicieras cargo de un lugar que estaba fallando.

—He visto el inventario, mamá. Aquí hay libros que Michael dice que son primeras ediciones. Tendría que investigarlos adecuadamente, por supuesto...

—¿Michael sabe de libros? —Eché un vistazo a la pared que separaba las dos tiendas—. Lo mantendría cerca, —dijo con una pequeña sonrisa—. Me gusta. Él parece genuino. Y muy guapo.

Josh ignoró esa línea de pensamiento. Michael no solo era guapo. Era hermoso, era sexy, era todo lo que le gustaba a Josh en un hombre. Alto, oscuro, ancho, ojos marrones, seguro, divertido, sonriente... *Lo tengo tan mal.*

—Necesitaríamos un sitio web, —dijo en cambio—. Puedo hacer eso, y Facebook, y necesitaría aprender sobre los libros más antiguos. Porque si no podemos ir en contra de la venta en línea de nuevos títulos, tal vez podamos centrarnos en un servicio personalizado.

Su madre sonrió. —Vamos de compras y hablemos de eso mientras estamos allí afuera.

Josh tiró de su madre en un abrazo. —Gracias. —Ya se sentía mejor.

Tenía un millón de preguntas sin respuestas, y, en realidad, no tenía idea de lo que iba a hacer, pero de repente sintió que todo estaría bien. Y el té y el pastel con su madre realmente resolvieron muchas cosas.



CAPÍTULO DIEZ

Michael: Le digo a Josh que estaré ausente por un par de días. Lo llamo negocios, pero en realidad me estoy escondiendo en el desván sobre la tienda con mis pinturas. De vez en cuando tengo que aislarme de las personas que me necesitan. El dolor de Angie Blakemore es tan intenso, pero está llegando a un punto, un límite que ella pasará, luego se calmará. Solo un poco más cada año, ella será capaz de lidiar con todo. Lo sé porque he visto a muchas personas vivir y morir frente a mí. Tengo suerte, o al menos la he tenido hasta ahora. Tengo un control sobre la pena que viene con miles de años de pérdida, y puedo equilibrar la vida con la muerte y ver la luz en la oscuridad.

Lo que no puedo hacer es tener a Josh sentado en la mesa frente a mí al mismo tiempo que experimenta el dolor de Angie. Porque miro a Josh, directamente a sus hermosos ojos, y me imagino el dolor que sentiré si me deja.

Eso me asusta.

Tanto es así que necesito esconderme. Aunque la puerta está zumbando y sé que tengo una sola oportunidad de tomar la decisión de permanecer en este momento.

Ojalá supiera que voy a tomar la decisión correcta, pero aunque he visto el pasado, no tengo el don de discernir el futuro. Y tengo miedo de cruzar la puerta y explicarme, y él simplemente me dará la espalda por ser lo que soy.

La pintura es buena, no es una obra maestra, pero tengo que capturar este momento como atrapo y guardo el resto del tiempo en el lienzo. Esta vez estoy pintando a una persona. Por primera vez, es una persona real que toma vida en mi lienzo.

Josh.



Josh se dijo a sí mismo que no echaba de menos a Michael, pero en realidad echaba de menos el café, el almuerzo y la conversación más de lo que quería admitir. De alguna forma, quería intercambiar ideas con su nuevo amante, sobre si debería aprovechar la oportunidad de pulir Capítulo Uno y mantenerlo abierto.

Es curioso lo mucho que recordaba de cuando solía venir con su padre. Los términos vinieron a él mientras investigaba, formas de medir la autenticidad. Pesos de papel, lomos... Pero él no era un experto, tendría que estudiar seriamente y quizás encontrar un mentor. Podía soportar algunas pérdidas, dejarse llevar por sus instintos, tal vez mirar otras fuentes de ingresos, incluso ver si otras tiendas pequeñas querían sitios web. Cualquier cosa para pagar las cuentas. Pero, ¿era posible que fuera un lugar en el que pudiera ganarse la vida? Podía hacer lo que Michael había hecho, convertir el espacio en el piso de arriba y conseguir una cama, nada lujoso.

De repente, él tenía la cabeza llena de posibilidades y quería contárselo a alguien. No, quería contárselo a Michael. Cerrando la puerta de entrada de la librería, se fue en busca de café y se detuvo frente a Deseos Artísticos. Como un niño en Navidad, apretó la cara contra el cristal y miró dentro. El espacio era mínimo porque Deseos Artísticos tenía las ventanas pequeñas originales con las letras del nombre de la tienda llenando más. Pero, pequeños objetos de vidrio se encontraban en un sistema de estantería cuidadosamente construido, cristal que capturaba el bajo sol de invierno y enviaba prismas de color a la tienda. Su sombra rompió uno de los prismas, y se sintió culpable, dando un paso atrás y chocando con un turista que había vagado por la plaza.

Se disculpó y se movió a un lado. Desde allí podía ver directamente en la tienda y la tentadora visión de la máquina de café plateada en la cocina en la parte posterior.

Realmente echo de menos a Michael.

Pateando cualquier tipo de pensamiento que pudiera afectar su día, se abrió paso en el océano de compradores navideños e hizo cola en el café más cercano que pudo encontrar. No tenía sentido mirar demasiado lejos. Nada podía saber igual que el café que Michael hacía, porque el café venía de Deseos Artísticos con *Michael* agregado.

Pagó por su café corriente sin mierdas extravagantes y bebió un sorbo mientras volvía a la librería. Se detuvo un momento en la trampa para turistas frente a St. Paul y contempló la impresionante catedral que había estado en este lugar durante trescientos años en la cima de Ludgate Hill, el punto más alto de la ciudad de Londres. Era uno de los cientos de personas allí, todas disfrutando del aire helado, los cielos azules y la historia que nunca estuvo a más de un paso en esta hermosa ciudad.

Un grupo de turistas, todos con cámaras, estaba parado junto a él, el guía era una rubia alegre con demasiada energía.

—Bien, chicos, ¿los tengo a todos? ¿Estamos esperando a alguien? —El grupo lanzó un fuerte "sí", luego un "no", y Josh esperó a ver lo que ella decía sobre St. Paul—. Entonces, donde están de pie es el mismo Square Mile. La mayoría de la gente lo conoce como The City o con una C mayúscula, y es un auténtico condado ceremonial dentro de Londres. Constituyó la mayor parte de Londres desde su asentamiento por los romanos en el siglo I a. C. hasta la Edad Media, pero la conurbación ha crecido mucho más allá de las fronteras de la ciudad.

Josh pensó que ella era muy inteligente o que había aprendido un guion. De cualquier manera era interesante, y escucharla le dio una excusa para no volver a la librería. Ella subió los escalones e indicó que todos deberían seguirla. Josh instintivamente la siguió, justo fuera del grupo, tratando de no ser obvio, por los amplios escalones que conducían a las puertas de la catedral. Había paz aquí, y se dejó llevar por su entusiasmo natural hacia la ciudad que la rodeaba.

—St. Paul fue construida en...

Las palabras se desvanecieron cuando el grupo se movió adentro. Josh podría seguirlo, o podría volver a la librería. No parecía justo aprovecharse de la pobre chica, que ya tenía que gritar por el ruido de Londres y probablemente le pagaban alrededor de diez libras por hacerlo.

Bajó los escalones y finalmente salió del enamoramiento con la humanidad, en la tranquila plaza y al Capítulo Uno. Alguien estaba de pie fuera de la puerta, alto, oscuro, una figura imponente, y por un segundo todo

lo que Josh podía ver era a Michael. Pero cuando se acercó y el hombre se giró para mirarlo, vio que no era Michael para nada. Este hombre era alto, pero su pelo tenía una gran cantidad de plata enhebrada en la oscuridad y parecía tener más edad que la mamá de Josh.

Parecía estar esperando, y Josh lo vio mirando su reloj y a su alrededor. Estaba fuera del Capítulo Uno, pero eso no significaba que estuviera allí por Josh. Tal vez quería algo del todavía cerrado Deseos Artísticos, o estaba esperando a alguien, o demonios, simplemente podría estar perdido.

Se paró frente al hombre y sacó las llaves antes de abrir la puerta del Capítulo Uno.

—¿Joshua Blakemore?

Josh se volvió para mirar al extraño. —Sí, ¿puedo ayudarle?

—Oh, gracias a Dios, sabía que debería haber llamado antes, pero estaba atrapado en el metro en Baker Street y no tenía señal, luego, cuando llegué aquí, la librería estaba cerrada con llave y las ventanas... —Se fue apagando y echando una mirada triste a las ventanas que todavía estaban blanqueadas y bloqueadas con una capa secundaria de madera fina—. Mi nombre es Colin Anders, y estoy aquí por mi libro. ¿Me llamaste a finales de octubre?

El hombre al que había telefoneado, por supuesto. Con toda cortesía, hizo un gesto al señor Anders para que entrara y luego se arrepintió. Debería haber ido primero, para poder encender las malditas luces. *Idiota*. Finalmente, después de mucho tantear, los dos hombres estaban en la librería, las luces estaban encendidas y la puerta cerrada para protegerse del frío.

—Un momento, —dijo Josh. Se dirigió a los estantes traseros y al nuevo sistema que tenía para pedidos y archivado, sacando el libro correcto de su caja protectora del estante. Lo llevó a la caja y se puso los guantes blancos que había encontrado en la caja debajo del escritorio. Recordó a su padre diciendo que no hacía falta a menos que el libro fuera muy viejo, pero el señor Anders era un cliente y Josh quería hacer todo por el libro, por así decirlo.

Lo levantó y se lo ofreció al señor Anders, quien lo tomó con reverencia.

—*Las antigüedades de Warwickshire*, —dijo—. Mi abuelo tenía el mismo libro, y yo estaba... —Se detuvo al abrir la portada, y luego sucedió lo más extraño. El señor Anders casi se desplomó en la silla que Michael había dejado allí. Apretó el libro contra su pecho, y Josh no tuvo el coraje de comentar nada sobre sostener un libro como ese contra un abrigo helado era probablemente algo muy malo para el libro. No podía, no enfrentado con la

emoción desnuda en el rostro del señor Anders.

—¿Señor? —preguntó cuidadosamente.

—Mi libro. Tu padre encontró mi libro. —El señor Anders levantó el libro y le mostró a Josh la portada. Allí, entre el lenguaje de estilo antiguo y las fechas, había un dibujo rojo brillante en lápiz de lo que parecía una ardilla—. Yo tenía diez años. Mi abuelo me mostró este libro, y me dijo que algún día sería mío. —Su sonrisa era cariñosa con los recuerdos—. Se vendió cuando estaba en el extranjero, aunque me había asegurado de que la ardilla mostrara que era mi libro. —Trazó algo con un dedo—. Mira, puedes leerlo. Mi nombre. Gracias. No sabes cuánto significa...

La puerta se abrió, y el corazón de Josh saltó ante la idea de que Michael se había abierto paso de alguna manera. Pero era su madre, con las mejillas sonrosadas por el frío y envuelta en un pañuelo estampado con su grueso abrigo. Ella cerró la puerta rápidamente. El señor Anders se puso de pie tan rápido que Josh estaba seguro de que iba a caer de nuevo.

—Angela, —dijo.

Josh miró del señor Anders a su madre y de vuelta y recordó cómo el cliente había dicho que conocía a la madre de Josh. Angie estaba absolutamente quieta dentro de la puerta; luego, como si la comprensión la golpeara como una ola, se quitó la bufanda de la cara y sonrió ampliamente.

—Colin, —exclamó. Los dos se movieron para encontrarse en el medio de la habitación y se abrazaron, el libro se aplastó entre ellos.

—Lamento mucho tu pérdida, —dijo el señor Anders, Colin.

—Gracias, —dijo Angie—. Es bueno verte. ¿Cómo está Mary?

Colin negó con la cabeza. —Ella falleció hace diez años. Estoy solo yo ahora.

—Oh, lo siento, Colin.

Los dos dejaron de hablar, habiéndose quedado sin los saludos iniciales y las preguntas.

—Es Colin Anders. Estuve en la universidad con él hace mucho tiempo, —le explicó Angie a Josh.

—Hace mucho tiempo, —estuvo de acuerdo Colin—. Es muy bueno verte. Tengo tanto que... Mira, estoy seguro de que tienes otras cosas planeadas, pero ¿te gustaría tomar un almuerzo rápido? ¿Ponernos al día?

Angie miró a Josh, y luego a Colin. —Me encantaría.

Colin le tendió una mano a Josh. —Encantado de verte de nuevo, —dijo.

Josh le estrechó la mano. —¿De nuevo?

Colin sonrió, —No lo recordarás, eras tan pequeño la última vez que estuve aquí, jugando con cartas, esas con los coches.

—¿Top Trumps? —dijo Josh.

—Hmm, sí. Una de las cartas tenía un coche especial, y tú la perdiste. Recuerdo bien el día. Tu padre y yo intentamos mover una de las estanterías para recuperar la carta que perdiste, pero no pudimos. Eso debe haber sido hace veinte años.

—Probablemente eso más o menos, —estuvo de acuerdo Josh.

—El día que finalmente conocí al experto en libros con el que me había comunicado y me di cuenta de que mi mejor amiga de la universidad, Angie-tentempié-a-medianoche, estaba casada con él.

—¿Nos vamos? —interrumpió Angie. Estaba sonrojada, y Josh archivó la referencia del tentempié de medianoche para futuras bromas.

—Josh, ¿te gustaría venir con nosotros?, —preguntó cortésmente Colin.

Angie pareció un poco sorprendida por la sugerencia, y Josh inmediatamente supo en su interior que su madre no quería compartir esta pequeña reunión. Probablemente demasiadas historias embarazosas de cuando ella era joven. Él los despidió con la excusa de que tenía que hacer lo de las ventanas, lo que provocó un levantamiento de cejas de su madre y un gesto de agradecimiento de Colin.

Su mamá necesitaba un tiempo de calidad. Y Colin parecía un buen tipo.

—Ve con cuidado, mamá, —fueron sus palabras de despedida.

—La cuidaré, —prometió Colin.

Es eso lo que me asusta. Él no dijo eso, por supuesto. Todo lo que hizo fue asentir y sonreír como despedida.



CAPÍTULO ONCE

Michael: Ya no me estoy escondiendo. He estado sentado aquí el tiempo suficiente. La pintura está terminada, y ahora tengo que ir al lado y decirle a Josh algunas cosas sobre mí. Verdades. El tipo de cosas estremecedoras que pueden hacer o romper una relación.

Nunca antes me preguntó por mi familia ni por lo que hice antes de venir aquí y abrir Deseos Artísticos. Él ni siquiera ha pensado en preguntar, porque no hemos tenido tiempo. Y sé que eso suena mal. Hemos tenido mucho tiempo. De hacer el amor y hablar, o sentarnos con café, o catalogar los libros. Simplemente... nunca le he dado la oportunidad de preguntar.

Tiene algunos secretos propios, cosas que mantiene encerradas en su corazón, cosas que podría ver si quisiera, pero que he decidido ignorar.

Sus secretos nunca me perseguirían. Solo puedo esperar que mis secretos no lo hagan irse.

Espero que nada nos separe, no cuando estoy tan cerca de mi hombre para siempre.



Por su cuenta en la librería, Josh examinó la esquina de la madera que cubría las ventanas. Estaba distraído por la idea de que su madre estaba afuera con un hombre que no era su padre. Para nada más que recordar, pero aún así, estaba enervado. La madera en las ventanas le daría algo en lo que pensar, y realmente, si se iba a quedar, entonces destapar el cristal era su prioridad.

Había alrededor de ocho piezas clavadas en los marcos, y él quitó el primer clavo con los alicates que encontró debajo del escritorio, maldiciendo cuando el pasador se movió, pero lo atrapó en la parte carnosa de su pulgar. Maldijo pero siguió tirando, sacando otro clavo, luego otro, hasta que el primer pedazo de madera se apoyó en su muslo y solo tenía un clavo que lo sostenía contra el vidrio. Con un suave tirón, retiró la madera y la primera luz del exterior se filtró. No inundó la librería de luz porque las ventanas estaban cubiertas con aerosol blanco y había un año de acumulación de polvo y telarañas.

Puso la madera a un lado, y muy pronto se agregaron la segunda y tercera. La cuarta fue complicada de quitar, pero también se unió al primer lote después de un duro tirón. La quinta, sexta y séptima fueron más fáciles. Lo cual solo dejaba la octava. La pieza superior de madera. Podía llegar a los clavos inferiores si se ponía de puntillas, y quitarlos, pero maldita sea, le dolía el brazo. Miró a su alrededor. Sus ojos se iluminaron al ver la silla plegable, y él la arrastró más cerca y probó el peso y la firmeza. Era resistente, y por alguna extraña razón, excitación o estupidez, se sentía invencible. De pie en la silla, tuvo acceso a los clavos superiores, y los quitó fácilmente todos, excepto la obstinada parte superior derecha.

Se inclinó un poco más hacia la derecha, con el corazón en la boca mientras la silla se movía, luego se detuvo. El segundo descanso le dio tiempo para recuperar el equilibrio y alcanzó fácilmente el último clavo, el cual, hijo de puta, estaba atascado. Tiró suavemente, pero no se movió. Inclinandose hacia atrás, tiró un poco más fuerte, y aparentemente sin resistencia, el clavo más un trozo de madera blanca salió de su lugar, y Josh no pudo hacer nada más que caerse.

Directamente en los brazos de Michael. O más bien, directamente hacia Michael, haciéndolo retroceder hasta que, en un lío de extremidades y maldiciones, ambos hombres yacían boca arriba sobre el suelo de madera.

—Maldita sea, joder, —maldijo Josh, luchando por levantarse y, al mismo tiempo, verificando que Michael no estuviera herido.

—¿Qué demonios estabas haciendo solo en una silla sobre un suelo de madera? —espetó Michael mientras se ponía de pie.

¿Ira? Él no había esperado ira. Risas tal vez, o alguna maldición. Pero no la ira de Michael dirigida hacia él. *¿Quién se cree para estar enojado conmigo?*

—Sólo estaba...

—¡No lo hagas! —gritó Michael. Gritando de verdad—. ¿Crees que tu madre estaría bien volviendo para ver por qué no llamaste y encontrar a su hijo muerto?

—Jesús...

Michael lo agarró por la parte superior de los brazos y lo sacudió. Había miedo en sus ojos, y parecía enojado. —No hagas cosas estúpidas como esa. —Luego, cuando Josh intentó alejarse, Michael tiró de él, lo envolvió en sus fuertes brazos y la calidez más increíble se formó a su alrededor—. Por favor, ten cuidado.

Toda la lucha dejó a Josh. Cada emoción que de alguna manera estaba relacionada con sentirse como un niño siendo regañado lo abandonó. En cambio, Josh se sintió querido, necesitado e incluso apreciado. La forma en que Michael le estaba abrazando...

Michael retrocedió un poco, y se miraron el uno al otro, hasta que Michael cerró los ojos y se inclinó, Josh se inclinó y se estaban besando. Caliente y hambriento y justo ahora, se besaban, y Michael le agarró con fuerza hasta que no pudo pensar en nada más que en este momento. No en la librería, ni su mamá, ni la ventana. Luego el beso cambió, y Michael lo terminó suavemente a pesar de que Josh realmente no quería.

—No te oí entrar, —susurró Josh en la quietud de la librería.

Michael sonrió. —Soy un ninja.

—Siento haberte aplastado.

—Créeme, esa no era la forma en que esperaba tenerte encima de mí la próxima vez que sucediera.

La excitación inundó a Josh. Sabía que nunca podría tener suficiente de Michael. De hecho, él como que lo quería ahora.

Silencio. Luego, con un abrazo final, Michael le soltó y se volvió hacia la ventana. Fuera, la oscuridad de la noche de diciembre se estaba apoderando del día, y era evidente en las manchas de las ventanas blanqueadas. —¿Has

quitado la madera?

—Sí. —Josh realmente no tenía palabras para explicar lo que había hecho. ¿Estaba realmente listo para admitir que estaba considerando quedarse con la librería, haciéndola suya, posiblemente usando parte de ella como una cafetería, tal vez incluso hablar con Michael acerca de abrir esa puerta central y unir los dos lugares de alguna manera?

Michael miró el cristal y usó su pulgar para limpiar un punto. —¿Tienes un paño o algo así?

Josh rebuscó debajo del mostrador y encontró cera de abeja, polainas y otra lata de algo que se había oxidado por todos lados. Arrojó esa lata sobre la pila de basura en la esquina, luego la levantó de nuevo cuando la imaginó goteando y causando un incendio u otro resultado atroz. Luego, cuando miró de nuevo, vio una botella que no había visto allí un momento antes, escondida detrás de una caja y solo visible desde este ángulo. Limpiacristales, decía el logo en grandes letras rojas..

Con cuidado, lo sacó de donde estaba y se lo entregó junto con uno de los paños a Michael. Luego tomó su propio paño y se unió a Michael en la ventana. En un agradable silencio, despejaron el blanco de la mitad de las ventanas. Lo que descubrieron no siempre fue bueno. La madera se estaba descomponiendo un poco en las esquinas enterradas bajo el polvo, y en dos paneles el vidrio se mantenía con nada más que gravedad y un clavo.

—Es una maravilla que alguien no haya roto la ventana y robado los libros, —reflexionó Josh en voz alta.

—Tal vez no lo hicieron por estar yo en la puerta de al lado. Mi tienda siempre está iluminada.

—Tú de pie en la tienda luciendo malvado y temperamental probablemente también ayudó, —bromeó Josh.

—¿Crees que soy malvado y temperamental? —Michael preguntó en serio. Josh lo miró y vio la mirada juguetona en ojos marrones que contradecía su tono.

—Definitivamente un matón, —dijo Josh, irónicamente.

Mientras limpiaban y pulían, Michael estaba callado y Josh no presionó para conversar. Hasta que terminaron, fue así, y Michael se paró en el mostrador de roble un poco perdido y no pudo mirar a Josh a los ojos.

—¿Está todo bien? —preguntó Josh.

Michael levantó una mirada vulnerable hacia Josh. —Necesitamos hablar. El corazón de Josh se detuvo, juraría que lo hizo. Y él imaginó que el

tiempo se reducía a nada a su alrededor. Esto era. La conversación. En el que Michael le decía que Josh aún no había dicho que lo amaba y que no estaba dispuesto a esperar más.

—Te amo, —dijo Josh un poco desesperado—. Sé que no lo he dicho, pero lo hago.

Michael hizo esa inclinación total de la cabeza que lo hizo lucir lindo y pensativo. —Yo también te amo, —dijo. Las palabras eran tan simples, pero el intercambiarlas era todo lo contrario. Se unieron y se abrazaron, aferrándose el uno al otro duro y cerca—. Te amo tanto que duele, —agregó Michael—. Nunca antes me había sentido así, como si te necesitara más que mi próximo aliento.

—Lo sé. Me siento igual.

—Todavía necesito hablar contigo.

Josh sintió un cambio en la forma en que Michael estaba hablando. Parecía tan serio, y de repente Josh estaba preocupado. ¿Estaba Michael casado? ¿O en una relación?

—¿Qué ocurre? —preguntó Josh.

—Secretos, —dijo Michael. Su tono era suave y gentil—. Necesito mostrarte algo.

Se apartó de Josh, y Josh sintió la pérdida de su toque agudamente. Cuando Michael fue a la puerta, Josh pensó que se iría, pero todo lo que Michael hizo fue cerrar con llave, luego retroceder para tomar la mano de Josh y llevarlo a la parte trasera de la librería.

Michael solo soltó su agarre cuando estaban escondidos de cualquiera que mirara por las ventanas. Luego se paró con la espalda apoyada en los libros más antiguos y extendió un poco las piernas. —Prométeme que no te asustarás y que recordarás que soy Michael, el hombre que dices que amas, el que te ama. —Se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa, dejándola caer al suelo a sus pies.

Josh abrió la boca para hablar, pero en realidad no salió nada. Casi había visto todo el cuerpo de Michael y no estaba seguro de lo que Michael iba a mostrarle. No había notado ningún tatuaje ni nada. Y Michael sonaba tan serio. Escalofriantemente serio.

—¿Qué? —preguntó.

Michael cerró los ojos e inclinó la cabeza, luego flexionó sus músculos y la habitación se oscureció. Josh parpadeó ante la coincidencia. Era como si Michael acabara de atenuar las luces con esa flexión.

¿Y por qué se movía la sombra detrás de Michael?

Entonces lo vio. Desde algún lugar cerca de la espalda de Michael, dos enormes alas oscuras se desplegaban, plumas, unas alas que casi se extendían de un lado al otro de la librería. Sus puntas rozaron el techo, y en medio de todo, Michael se mantuvo relajado en su cuerpo pero con una aprensión dibujada en su rostro.

—¿Qué demonios? ¿Michael? ¿Estás... qué mierda? Jesús... tú... oh Dios mío...

—Es parte de mí, —comenzó Michael—. Es lo que soy.

Josh extendió una mano para tocarlas y la retiró antes de que realmente, *realmente* tocara lo que había aparecido. —Son alas, —dijo en un respiro—. Grandes. Enormes. Plumas. —Las palabras se deslizaron en staccato y agudas, y la aprensión en el rostro de Michael se volvió preocupación. Pero, ¿qué demonios se suponía que debía decir Josh? Su amante, el hombre del que se había enamorado tenía alas. *Alas grandes*.

—¿Josh?

—¿Eres... un ángel? —Josh tenía el concepto de un ángel en su cabeza, arpas y nubes y todo tipo de cosas, en las que nunca había creído, que adornaban las tarjetas de Navidad.

Michael se mordió el labio inferior con los dientes. —Algunas personas pensarían en mí de esa manera, pero... no soy un ángel en la forma en que estás pensando.

Josh dio un paso atrás. —¿Cómo sabes lo que pienso?

—Puedo ver dentro de tu cabeza...

—Dios mío, ¿puedes leer mis pensamientos? —Josh no se avergonzó del pequeño grito y la manera en la que se tapó las sienes con las manos. ¿Michael estaba en su cabeza?

Michael negó violentamente con la cabeza. —¡No! Te prometo. Quiero decir, podría hacerlo si quisiera, pero no lo hago. Solo vi en tu corazón, y es un buen corazón.

Josh dio otro paso atrás, golpeando la estantería sólida detrás de él. Estaba horrorizado y conmocionado y un millón de otras cosas que no podía comenzar a cuantificar. Se había enamorado de Michael, se había dejado vulnerable con su nuevo amante, y el *perfecto* Michael ni siquiera era humano. Él era un ángel, o quién diablos sabe qué con alas adicionales.

—¿Miraste dentro de mi corazón? —logró decir con voz muy débil.

Michael suspiró. —¿Ayudaría si alejara mis alas? —Su tono era suave y

un poco arrepentido.

—No lo sé. Yo... Tienes alas... Eres un ángel.

Michael se aclaró la garganta. —En realidad, ángel no es la palabra correcta. Mi espíritu ha vivido miles de años. Mucho antes de que se usara la palabra ángel. Recuerdo la quema de Londres y el Renacimiento y el Rey Alfred y las invasiones y el antiguo Egipto donde me llamaron Horus. No soy una cosa para una persona. Yo solo existo, y soy.

Josh escuchó las palabras mientras examinaba las alas. De cerca no eran oscuras del todo, sino una mezcla de marrón y gris, y de vez en cuando el más puro blanco. No es un ángel como en las tarjetas de Navidad, entonces. Sino algo más. Josh entró en pánico un poco y esperó a que el pánico le dejara sin aliento, pero una vez más, solo estando cerca de Michael, pensar en Michael lo había calmado.

—¿Estás haciendo eso? —espetó, cuando repentinamente se dio cuenta—. ¿Es eso lo que haces? ¿Entras en mi cerebro y haces que todo sea zen?

Los ojos de Michael se abrieron de par en par, y una vibración pasó a través de sus alas, causando que una pequeña corriente de aire barrera sobre Josh. —No. No puedo controlar cómo te sientes. Solo estoy aquí para guiarte.

Josh resopló. —¿La palabra guía incluye follar?

Michael se encogió ante las palabras, y otra brisa flotó alrededor de la tienda. —Nunca hicimos eso. Nunca nos follamos el uno al otro. Hicimos el amor. —Tendió una mano que Josh no pudo tomar. No tomaría.

—¿Qué estás haciendo en una tienda de arte en Londres? —preguntó finalmente. Porque, realmente, esa era la única pregunta a la que necesitaba una respuesta—. No tiene sentido.

—Me encanta Londres. He estado en muchos lugares, pero Londres es mi hogar y he estado aquí muchas veces, como guardián de tu familia, con otras familias. Aunque no los recuerdo a todos. A veces desearía hacerlo. —Michael sonó casi melancólico y, por un segundo, la ira de Josh se calmó. Luego pensó en otra cosa y estaba furioso de nuevo.

—Jesús, ¿esto es algo de *Highlander*?

—¿Perdón? —Michael frunció el ceño—. No entiendo.

—Como la película, en la que cortaban cabezas. En la que el tipo tenía vida eterna Ya sabes, sangriento infierno, ¿qué diablos estoy diciendo?

—No soy eterno, es solo...

—Pero dijiste que vienes de donde sea, jodes con todos nosotros, morimos, y tú no. Entonces, ¿Qué haces? Vuelas en una nube, cambias tu

cara y follas con otra persona dentro de cien años.

La expresión de Michael se oscureció. —Ahora estás siendo ridículo.

—¿Yo? ¿Estoy siendo ridículo? Jesucristo, no soy el que da la impresión de ser un hada sucia en un árbol de Navidad.

—Josh...

—No. Solo no digas otra palabra en este momento. Sólo dime esto, ¿de quién me enamoré realmente? No, no de quién, ¿de qué me enamoré?

Michael apretó los puños, y las alas hermosas, deslumbrantes, enormes y plumosas se curvaron en la nada hasta que solo Michael estaba allí parado.

—La misma persona que era antes, —dijo Michael—. La misma persona que se enamoró de ti.

Josh cruzó los brazos sobre el pecho, tratando de no mirar la extensión de piel lisa que Michael mostraba. —Dime todo.

—No hay nada más que contarte.

Josh negó con la cabeza. —Ni siquiera creo en... Dime qué es real. Dime lo que hacemos ahora.

Michael se dirigió hacia él, los dos pasos lo llevaron al espacio de Josh muy rápidamente. Tiernamente tiró de los brazos de Josh hasta que se descruzaron y se acercaron un poco más. —Te he estado buscando toda mi vida, —murmuró.

De repente, Josh se sintió aún más abrumado, si eso era posible, y se tragó el deseo instantáneo de gritar como un maldito bebé. Esto era como con Ed. Otro hombre más que le mintió y luego soltó la verdad como si todo estuviera bien. —¿Cuántos hombres has amado antes que yo? —preguntó—. ¿Cuántos habrá después de mí?

—Ninguno. Nunca. Nunca me he enamorado antes, y nunca lo haré de nuevo.

Josh sintió que la razón se le escapaba y abruptamente no estaba furioso, estaba resignado a la locura. —C-cómo... ¿cómo lo sabes?

—Porque elijo esto. —Michael dijo las palabras tan simplemente y lo hizo sonar como si fuera normal—. En el momento en que te vi, supe que quería estar allí para ti el mayor tiempo posible. Tener una vida contigo.

—¿Qué quieres decir con que lo eliges?

—No puedo respirar sin ti, y necesito cruzar por completo para poder estar contigo.

—¿Cruzar desde donde?

Michael se encogió de hombros. Josh estaba empezando a perder la

cabeza por el maldito encogimiento de hombros.

Entonces Michael intentó explicarlo, pero claramente no pudo expresar nada de esto en palabras. —No sé cómo describirlo. Desde allí hasta aquí, supongo. Si elijo estar contigo, entonces lo que soy se convierte en algo muy diferente. Cambiaría para ser humano y sería un humano contigo, hasta el día de mi muerte.

—Y cuando mueras, ¿qué? ¿Eres un ángel otra vez?

Michael negó con la cabeza. Luego sonrió suavemente. —No hay nada mejor que estar enamorado, es lo que siempre he querido en todos estos años.

—Así que, habrás terminado con las alas, ¿entonces no serías nada?

Michael extendió una mano en súplica. —No sé cómo responder eso. Por favor, Josh...

Temperamento se alzó dentro de Josh, toda esta basura no estaba explicando una maldita cosa. —Entonces encuentra una manera.

—Yo... me han llamado muchas cosas, —comenzó Michael—. Dios, demonio, ángelus, pero lo que elegí para mí, en lo que me convertí, es musa. Elijo inspirar a las personas a escribir, a pintar, a convertirse en lo que podrían ser si solo tuvieran esa presión de la inspiración. ¿Tiene algún sentido?

—No soy ninguna de esas cosas de tu lista. No puedo escribir ni dibujar, —protestó Josh. Empujó a Michael hacia atrás un paso—. Yo soy yo, y no necesito una musa.

—Pero tú *eres* como ellos, eres un custodio, —dijo Michael un poco desesperadamente—. Un guardián de las palabras que hay en todos estos libros. Una musa te ayudaría a amar eso.

La puerta se sacudió, y la voz de su madre se oyó a través del cristal. —Déjame entrar, Josh, está lloviendo.

Michael se inclinó para recoger su ropa y se puso la camisa y la chaqueta. —Estaré al lado si quieres hablar. Para decidir. —Se acercó como para besar a Josh, pero Josh inclinó la cabeza para evitar el contacto. Deseó no haberlo hecho en el momento en que se movió, aunque solo fuera para detener el intenso dolor en la cara de Michael, pero ya era demasiado tarde. Michael abrió la puerta de entrada, y cuando Josh dobló las estanterías, su madre se estaba despidiendo de Michael y Colin, y luego cerró la puerta en la noche.

El solo hecho de verla le recordó que tenía sus propios secretos, horribles y destructivos que le devoraban por dentro. Su madre tenía que saber.

—Vendí mi casa porque tenía que devolverte el dinero. Lo perdí todo, —

espetó Josh. ¿Quién era él para tener secretos y acusar a Michael de lo mismo?

Angie fue directamente hacia él y lo atrajo hacia sí. —Sé que lo hiciste, cariño, y lamento que sintieras que tenías que hacer eso.

—¿Lo sabías?

—Cuando estabas en el hospital, la policía me interrogó. Me dijeron que Ed te había robado, bueno, me había robado. Nunca esperé que vendieras y pagaras un solo centavo. Simplemente no te dije que lo sabía porque quería que tuvieras tu orgullo.

Josh no se dio cuenta de lo perspicaz que era su madre hasta ese momento. —Tenía que hacerlo. —Josh se dejó caer en el abrazo de su madre —. Todo fue mi culpa. —La emoción lo ahogaba y apretaba su pecho.

—Oh, cariño, nada de eso fue tu culpa. Nunca te culpé. Siempre culpé a Ed. Te amo.

Luego se separaron y se sentaron y hablaron y lloraron, pero Josh nunca mencionó a Michael, los ángeles o las alas, ni una vez.



CAPÍTULO DOCE

Michael: La puerta entre nuestras tiendas se cierra desde este lado. Lo sé porque puse la puerta allí. No recuerdo cuál fue el motivo final. Por qué la puerta se convirtió en algo más que madera, por qué se convirtió en algo más significativo. Pero sé por qué existió.

Esta casa solía ser un gran espacio hasta comienzos del siglo dieciocho cuando la dividí e hice dos. La puerta separaba a los hermanos que se odiaban, uno era artista y el otro escritor, cada uno con esposas e hijos. Gemelos que podrían verse cara a cara.

Los gemelos eran mis encargos, y estaba confundido siempre en su compañía. ¿Cómo era que dos hombres que se veían tan idénticos podían ser tan diferentes? Tenían tanto odio dentro, y ambos murieron mucho más jóvenes de lo que debían. Un año triste.

La puerta tiene una llave, y la llave está aquí conmigo, pero ya no sirve. Ahora la puerta está bloqueada con años de daño al mortero y la madera. Se ve bonito desde el lado de Josh, pero en el mío es una monstruosidad.

La ironía de eso nunca se me escapa.

No creo que Josh supiera muy bien quién era yo, pero no es como si tuviera experiencia en decirle a la gente lo que soy. Esta es la primera vez, y estoy aprendiendo. Soy como un niño

pequeño tratando de explicar las complejidades de un universo, y está saliendo como un desastre de palabras equivocadas.

Parecía horrorizado, confundido, y la ira dentro de él por lo que él pensó que era traición estaba escrita en su rostro. No necesitaba mirar dentro de él para ver eso.

Voy a comenzar a limpiar la puerta. Dale a Josh la oportunidad de pensar y escuchar, y tal vez, solo tal vez, él me verá.

Y tal vez entonces pueda abrir la puerta.



Josh estaba en estado de shock. No había otra explicación para eso. Se fue a su casa con su madre, escuchó a Angie recordando acerca de la universidad y Colin, y más importante aún, sobre Andrew Blakeman, y luego, con la misma rapidez, pasó a comentar la vista que había fuera de la ventana del tren.

—¿Alguna vez pensaste en a dónde se fue? —Josh interrumpió su discurso sobre las maravillas del campo de Buckinghamshire. Él había estado escuchando, pero estaba oscuro y no podía entender lo que ella estaba diciendo.

Él la miró fijamente y la vio fruncir el ceño. —¿Te refieres al cielo o lo que sea?

—Sí.

—No, no lo pienso en absoluto, —dijo en voz baja—. Simplemente me gusta la idea de que vayamos a un lugar mejor. —Cambió de asiento para sentarse a su lado en lugar de opuesto y tomó su mano—. ¿Tú sí?

La naturaleza de la muerte, su muerte y la de su padre, no era algo que hubiera contemplado antes. Él era un firme creyente de que había algo por ahí, tal vez no un dios todopoderoso, sino una especie de energía.

—En realidad no, —respondió.

—¿Está todo bien, cariño? Sé que echas de menos a tu padre, y esto es difícil.

—Siempre es difícil para todos los que quedan atrás.

Angie se acurrucó más cerca, y Josh inhaló el aroma de Chanel. —Esta Navidad será difícil, pero tenemos a Michael visitándonos, así que...

—Mierda. —Josh se sentó muy derecho. Se había olvidado del día de Navidad. Ahí estaba su deseo de ignorar a Michael y esperar que se fuera.

¿Es eso realmente lo que quieres?

Josh miró alrededor del tren. Estaban a tres paradas de Amersham, y solo algunas personas todavía estaban en el tren. Nadie había hablado con ellos.

Él suspiró. —Me enamoré de él. De Michael.

—Eso es maravilloso, —exclamó Angie. Ella sonreía, y Josh quería poder decir que estaba realmente feliz, pero todavía tenía el deje de sensación de traición quemándole las entrañas.

Él no te traicionó. Él te ama. Él solo tenía un secreto. Todos tenemos de esos.

Josh deseó que su voz interior se callara. Sí, mucha gente tenía secretos. Robar, mentir, asesinar. Josh tenía secretos. Pero esto era un gran secreto. Más grande que cualquier cosa que haya visto antes. Y el secreto lo asustaba. ¿Qué quiso decir Michael con *musa*?

—¿Josh? Te has quedado callado. Enamorarse es algo bueno, ya sabes.

—Pensé que estaba enamorado de Ed, pero él solo me estaba usando.

—Oh, cariño, nunca estuviste enamorado de Ed. Fuiste engañado por el glamour del hombre, los coches, el dinero, el apartamento. Eso no era amor, y él no te amaba. Y tienes razón, él te estaba utilizando.

—Di lo que realmente piensas, mamá, —gruñó Josh.

—Entonces, ¿por qué no estás más feliz con esto?

Josh pensó en al menos cinco respuestas diferentes, pero al final resumió todo lo del *ángel que vivía al lado de mí* con un simple —Tengo miedo. — Porque estaba asustado. Él no sabía nada sobre los ángeles o el antiguo Egipto o sobre los escritores y artistas a los que Michael había ayudado.

—No vas a conseguir nada si no te enfrentas a tener miedo de vez en cuando. Mírame, estoy aterrada incluso de levantarme de la cama algunos días, porque tu papá no está aquí para estar conmigo.

—Oh, mamá, lo siento, —dijo Josh, impotente para hacer o decir algo más.

—Pero lo hago. Me levanto, y aguanto a Phil y sus sucias maneras solo para mantener la conexión con la familia. Y cada día es un poco más fácil.

Josh pasó las palabras de su madre por su mente. —Espera, ¿no te gusta el tío Phil?

Angie envió a Josh una mirada de sorpresa. —¿A quién le gusta Phil?

—Pero eras... hablaste de...

—Phil quiere a todas las mujeres en su sitio, solo tienes que mirar a su pobre esposa. Tu padre nunca fue así. Cada decisión que tomamos fue en conjunto, a pesar de que yo desautoricé a tu padre en una cosa importante.

—¿Y cuál fue esa cosa?

—Quería llamarte Heathcliff.



JOSH YACÍA EN SU CAMA EN LA OSCURIDAD Y CONTABA DESDE CIEN. ÉL HIZO esto una y otra vez, pero nada estaba funcionando. Trató de relajar sus músculos uno por uno. Trató de imaginar un lugar feliz. Incluso intentó un orgasmo, pero perdió el deseo por eso cuando en lo único que podía pensar era en Michael.

Michael, su increíblemente hermosa, sexy, divertida, amigable, no angelical persona. Michael con las alas.

—Me enamoré de ti, —murmuró a la oscuridad—. Encajamos.

Cuando el reloj mostraba las cuatro de la mañana, se dio por vencido y bajó las escaleras, preparó café y se acurrucó en el sofá de la sala de estar. La lámpara que había encendida tenía una luz suave, y contempló subir las escaleras para tomar su colcha, pero sospechaba que el sueño lo evadiría nuevamente. Él también podría levantarse y encontrar al mundo.

Duchado y vestido, estaba en el tren medio lleno de las cinco cuarenta y cinco de Amersham a Marylebone y parado en plaza de Horus exactamente a las 6:49.

Deseos Artísticos todavía estaba iluminado en la oscuridad, un arco iris de colores que brillaba en la calle. En todas partes había silencio. Ni siquiera las multitudes lo empujaban como si fuera un obstáculo que pudiera ser apartado del camino. No había luces en el piso de arriba, y Josh supuso que Michael todavía estaba dormido. Se metió las manos en los bolsillos y se estremeció cuando los copos de nieve cayeron sobre su piel expuesta. En televisión habían advertido sobre la posibilidad de un invierno como el de 2010, con la nieve causando caos e incluso la posibilidad de una Navidad blanca.

La puerta de Deseos Artísticos se abrió, y allí, en la entrada, Michael estaba de pie en un pantalón suelto y con una camiseta salpicada de pintura. Se veía cansado y despeinado, pero había esperanza en su rostro.

—¿Entrarás? —preguntó en voz baja.

Josh asintió con la cabeza, y cuando Michael tendió una mano, Josh la tomó y se dejó arrastrar al cálido interior. Michael cerró la puerta, luego abrazó a Josh con fuerza, y nada pudo evitar que Josh le devolviera el abrazo.

—Sé que nada de eso tiene sentido, —dijo Michael entrecortadamente—. Lo siento.

Josh se soltó del abrazo de Michael y miró hacia la cara que se había vuelto tan querida para él. —No lo sientas.

—Tengo café. —Michael sonó más esperanzado. Se giró para ir a la cocina, y Josh lo siguió. No pudo evitar mirar a Michael. Sus ojos se dirigieron al hombre por muchas razones.

—¿Algo de eso es real? —Josh le hizo la única pregunta a la que necesitaba una respuesta.

—¿Real?

—¿Este lugar? Quiero decir, ¿es real la cafetera? ¿O solo lo hiciste porque necesitaba café? O la cama de arriba, ¿es real? ¿Tu duermes? ¿Es ese tu cuerpo, o has creado algo que yo pensaría que es hermoso? —Sus palabras se habían vuelto cada vez más irregulares con cada pregunta, y la expresión de Michael se hizo más triste en comparación.

—Nunca antes me había cuestionado, —comenzó—. Pero todo esto, el café, la cama, todo es real. Te lo prometo.

—¿Y tú? ¿Esa es tu cara?

Michael se concentró en el café y le dio uno a Josh antes de sentarse en el mostrador donde habían compartido tantos almuerzos. —He tenido muchas caras, —comenzó Michael—. Pero siempre ha habido una cosa que nunca ha cambiado. —Acunó la cara de Josh con una mano y lo miró—. Mi corazón nunca ha cambiado. Nunca me enamoré.

Josh sintió que la emoción se apoderaba de él, pero no había pánico, ni dolor de cabeza, solo calor y amor. Él creyó a Michael.

—Te amo, —admitió. Luego levantó una mano para cubrir la de Michael y la presionó cerca de él, frotando su mejilla contra el tacto—. Amo tu corazón.

Los ojos de Michael se iluminaron, y él presionó un beso en los labios de Josh. —Yo también te amo.

Se besaron un poco más, y fue Michael quien se alejó. —La puerta es importante, —dijo. Josh no entendió—. Hay una puerta entre las dos tiendas, y es... no sé cómo explicarlo... es como mi decisión. De permanecer como

soy y avanzar a través de los siglos, o convertirme aquí y ahora y estar contigo.

—No es necesario, ¿verdad? Podrías quedarte como eres y luego, cuando yo muera, seguir adelante.

—No me has escuchado, o tal vez no he explicado correctamente, —dijo Michael—. Esta es mi elección. Siempre supe que tendría un día en el que podría hacer una elección, y eso fue un regalo para mí. —Apoyó la frente contra la de Josh y suspiró suavemente—. Estaba convencido de que lo sabría cuándo encontrase a la persona con la que debía estar, y lo supe el día que te conocí.

—¿Qué pasa si te das cuenta de que no me amas? ¿Qué pasa si dura un mes?

Michael se rió entre dientes. —No eres la persona más alegre del mundo esta mañana.

—No dormí mucho. O nada. Entonces, ¿qué hacemos ahora? ¿Abres la puerta simbólica, luego caminas dramáticamente, y estamos cubiertos por una tormenta de nieve?

Michael se levantó y tiró de Josh para que lo siguiera. —No lo sé. ¿Quieres verlo?

Entonces ambos estuvieron ocupados, Josh despejó la puerta y Michael deslizó por el borde de la puerta con un cuchillo decorado, de aspecto amenazador hasta que el suelo estuvo cubierto de trozos de madera y manchas de pintura y cemento. El trabajo llevó tanto tiempo que cuando Josh consultó su reloj, era casi la hora del almuerzo.

Michael abrió una caja que estaba en un estante sobre la cafetera y sacó una llave de aspecto sólido, probablemente de bronce. La metió en la cerradura y la sacudió un par de veces hasta que se abrió paso a través de la acumulación de polvo. Luego, con determinación, giró la llave y el ruido de la cerradura abriéndose resonó en la tienda.

—Disculpa, pero no sé qué demonios estás haciendo.

Josh giró sobre sus talones. De alguna manera, un hombre estaba en la tienda con ellos. Un hombre con un tono estridente y grosero. El tío Phil. El corazón de Josh se hundió. Había estado tan involucrado en lo que estaban haciendo, tan arrojado por el amor que estaba compartiendo con Michael, que había olvidado que el mundo real existía.

—Tío Phil.

—No me vengas con “tío Phil” —Phil entró en Deseos Artísticos y tiró de

la puerta para cerrarla. Al lado de Josh, Michael se puso rígido, y había una tensión palpable en su amante—. He estado en frente de la maldita librería con Hayes de Hayes y Starleys, tocando la maldita puerta. Las luces están encendidas, las ventanas están limpias y no hay nadie allí .

Josh parpadeó ante las palabras. —¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué estás tratando de conseguir un agente inmobiliario?

—¿Eres, estúpido? Él me dijo que lo rechazaste. Te he dado espacio para hacer las cosas, pero esto se está poniendo ridículo. Necesitamos vender la librería.

Josh no tenía palabras. Todo lo que pudo hacer fue mirar a su tío. ¿Vender la librería? Eso no iba a pasar. Vio a un agente de aspecto muy frío que estaba frente a la ventana con un portapapeles metido en sus brazos. Parecía tan cabreado como Phil.

—No voy a vender.

Phil se quejó. Josh ni siquiera había estado seguro de que ese sonido existiera, pero allí estaba en todo su esplendor. Con un sonido, Phil resumió su disgusto, desagrado y todas las demás emociones horribles que Josh podía sentir.

—Vas a vender. ¿De qué otra forma sobrevivirá tu madre?

—Eso es entre mi madre y yo, —dijo Josh rápidamente.

Phil dio un paso al frente, y Josh retrocedió instintivamente, justo en la presencia sólida y tranquilizadora de Michael.

—Tu madre tiene el dinero de mi hermano, —Phil escupió.

Josh no le estaba siguiendo. Phil, con cara roja y gritando, ¿estaba acusando a Angie de tener el dinero de su marido? ¿Que demonios? ¿Phil estaba teniendo algún tipo de crisis?

—Mamá estuvo casada con papá durante veinticinco años, —le recordó Josh a su tío de cara escarlata—. Es su dinero. Ella...

—No sé lo que Andrew vio en ella. No es como si tuviera dinero. Esta librería ha sido parte de mi familia por generaciones; deberíamos haberla heredado los dos, no solo Andrew porque él era el hijo mayor. Lo justo es que yo tuviera la mitad.

Josh sintió la mano de Michael, fuerte y tranquilizadora en su hombro. Su conexión fue instantánea, y solo con ese toque, Josh sintió que podía enfrentarse a cualquier cosa. Entonces lo golpeó. ¿Michael manipulaba sus emociones?

—¿Estás haciendo eso? —preguntó, mirando por encima del hombro.

Los ojos oscuros de Michael mostraban preocupación, pero su expresión era tranquila. —Te prometo que no, —susurró—. Simplemente eres tú.

Josh dio un paso al frente y se sintió excesivamente satisfecho cuando Phil dio un paso atrás. —Tienes que irte.

—No me voy a ir.

Josh dio otro paso adelante. —No me gustas, —dijo con calma—. No me gusta la forma en que me hablas, no me gusta cómo le hablas a mamá. Te vas a ir ahora, y realmente no quiero volver a verte.

Phil bramó un poco, su rostro se puso aún más rojo. Josh se preguntó si su tío estaba teniendo un ataque hasta que se dio cuenta de que Phil estaba de pie bajo el resplandor de una de las luces rojas en la pantalla de la ventana. —Sois tal para cual, —espetó Phil—. Ella vendrá corriendo a mí, y luego veremos quién vende la librería.

Josh sacó su teléfono del bolsillo. —La llamaré y podrás hablar con ella directamente, —dijo—. Estoy seguro de que le interesará cómo planeas hacerle vender la librería y llevarte la mitad del dinero.

Phil giró rápidamente sobre sus talones y salió furioso de la tienda, murmurando algo sobre hadas con el uso generoso de nuevas palabras malsonantes.

Cuando la puerta se cerró de golpe tan fuerte que el cristal se sacudió, todo lo que Michael hizo fue suspirar. Luego abrazó a Josh desde atrás.

—Bueno, se equivocó, —susurró Michael.

—¿Qué? —Josh se giró en los brazos de Michael y enterró la nariz en su cuello.

—Soy un ángel, no un hada.

Josh se rió y retrocedió. Luego, cuando Michael cerró la puerta y giró el cartel a Cerrado, por si acaso Phil volvía, Josh esperaba en la puerta de madera.

Los dos hombres se quedaron juntos y miraron la puerta. Josh pensó que Michael se veía emocionado. Todo lo que Josh podía sentir era miedo sin sentido. Michael empujó la puerta, luego la empujó más fuerte hasta que finalmente comenzó a moverse, abriéndose en la librería. La perspectiva de la estantería era extraña desde allí, la oscuridad se derramaba en Deseos Artísticos, y Josh se estremeció.

—Horripilante, —murmuró.

—Es solo tu librería, —dijo Michael en su tono exasperantemente

irritable—. Entrás y enciendes la lámpara.

Josh entró a la librería. Él no sabía lo que estaba esperando. ¿Frío? ¿Calor? ¿Alguna indicación de que había pasado por una puerta mágica? Pero todo lo que sintió fue el frío de Capítulo Uno en comparación con Deseos Artísticos. Tan pronto como tuvo la lámpara encendida, se volvió hacia la puerta abierta.

—Es simbólico, ¿verdad? ¿Eso fue lo que dijiste?

—Hmm, bueno... de alguna manera me habla, —dijo Michael. Él sonrió con incertidumbre. Josh se dio cuenta de lo que Michael había dicho y sumó dos más dos.

—Mierda, creo que también me habló. Estuvo diciéndome que me calmara. —*Me estoy volviendo loco.*

No, no lo haces.

Michael dio un paso hacia el umbral, y Josh entró en pánico. —Espera, —gritó.

Michael se detuvo. —¿Qué?

Josh levantó una mano e intentó calmar su respiración. Este hombre, este ángel, este lo-que-diablos-fuera, la persona que Josh amaba estaba sacrificando el para siempre por él. Josh estaba completamente abrumado.

—Michael, ¿estás seguro?

—Te amo, Josh. Esta es mi elección de para siempre. ¿Tú?

—¿Sí estoy seguro de que deberías hacer esto? Demonios, de lo único que estoy seguro es de que te amo y eres mi elección de para siempre. —De dónde venían las palabras no sabía, pero quería decir a cada sílaba. Él extendió una mano.

Michael sonrió, y de un solo paso, cruzó la puerta a los brazos de Josh, y se estaban besando y tiritando en la librería fría, riendo y llorando. Juntos. Terminaron sentados en el suelo contra una estantería, tomados de la mano.

—¿Sientes algo diferente? —preguntó Josh.

—Como un millón de almas más liviano, —dijo Michael—. Y mira. —Tendió su mano. En su palma había sola una pluma perfectamente blanca—. La única, —dijo en voz baja.

Josh colocó su mano sobre la de Michael y encima de la pluma. —Eso es todo lo que necesitamos para recordar.



EPÍLOGO

Michael: No me sentí diferente cuando pasé, o cuando me convertí en humano, o cuando cualquier cambio que hubo a mi pasó. Una cosa que noto es que no puedo sentir el zumbido en la puerta, y cuando me concentro realmente, siento la ausencia de mis alas como un endurecimiento en mi espalda. Aparte de eso, nada.

Por supuesto que no siento que estoy envejeciendo. Nadie lo hace. Sé que cada día me hago mayor, y es una sensación que no puedo describir después de tanto tiempo en el que nada tan dramático me haya sucedido.

Josh tiene algunos hilos grises en el pelo ahora, y yo también. Se ven más en mi pelo oscuro que en el suyo. Él se burla de mí, y es el mejor sonido que escucho cuando se ríe a mi lado.

El día que entré en mi nueva vida fue hace diez años, y al igual que ese año, esta Navidad es blanca. Londres está apagado y silencioso hoy, y aunque es Nochebuena, en todas partes hay un silencio inquietante. Josh culpa a la nieve en las líneas de tren que impide que las personas vengan a Londres. Me gusta pensar que todos quieren quedarse en casa y compartir la nieve con la familia.

Cada día le amo más. Cada día, él me ama más.

Simplemente encajamos de esa manera. Siempre lo haremos



Vendí los libros de Austen, —gritó Josh desde los estantes traseros—. Un tipo de Thame dijo que pagaría en efectivo si prometíamos no ponerlos en una subasta.

—Bien, —respondió Michael desde Deseos Artísticos. Estaba haciendo inventario o algo así, y había estado allí todo el día. Josh se preguntó cuánto tiempo le llevaba contar los pinceles y decidió que Michael necesitaba ser salvado de sí mismo. El café sonaba bien, y pensó que haría café, vería lo que Michael estaba haciendo, y luego vería a Robyn al mismo tiempo.

Hecho el café, caminó detrás de quién era su marido durante los últimos nueve años y lo abrazó con una sola mano. Michael de sobresaltó por la sorpresa y Josh miró por encima del hombro lo que él estaba mirando. El cuadro era deslumbrante. Michael lo había pintado justo después de su primera Navidad juntos: un Londres cubierto de nieve, St. Paul ligeramente borroso por los copos que caían suavemente.

—Es el último, —dijo Michael en voz baja.

Josh hizo un ruido de comprensión. —El último cuadro de un tiempo que pasa, —dijo con una visión nacida de diez años junto a este hombre brillante, hermoso y sexy. Ahora eran una familia, él, Michael y el bebé Robyn. Esta era su primera Navidad. Solo tenía once meses y la bendición más grande que cualquier hombre podría desear.

—Luego está este. —Josh señaló el retrato en la pared en un lugar de honor justo enfrente de la puerta.

Michael se rió entre dientes. —Mi favorito, —dijo. El retrato de Josh era uno que Michael celosamente había guardado hasta que Josh lo encontró entre todos los demás hace unos años.

—Me veo tan joven ahí —comentó Josh. Él decía lo mismo siempre, pero era cierto. Parecía joven, y había una vulnerabilidad en él, en la forma en que Michael lo había pintado.

—Te amo, —susurró Michael.

Josh le sonrió a su esposo. —Yo también te amo.

El momento pasó, pero no importó; Josh sabía que tendrían un momento como este otra vez.

—Tu madre llamó, —dijo Michael, como si lo acabara de recordar—. Esta mañana, cuando saliste a almorzar. Dijo que ella y Colin estarían en casa a partir de las seis esta noche si queremos irnos temprano de Londres. Según

parece le compraron a Robyn otro regalo.

—¿Otro? —Josh se rió entre dientes. Su madre mimaba a su primer nieto. Aunque era la última persona en criticar después de contar cuántos paquetes bien envueltos tenían él y Michael listos para poner en el coche.

—Probablemente deberíamos irnos ahora, —dijo Michael. Con un suspiro, cubrió la pintura y la deslizó hacia atrás en su espacio de almacenamiento. Esta no era una pintura para mostrar. Este era un recuerdo que Michael y Josh compartían entre ellos.

Juntos cerraron la tienda. La puerta de entrada al Capítulo Uno había estado cerrada desde hacía mucho tiempo. Cualquiera que quiera localizar un libro antiguo o pasar tiempo hablando de escritura mientras toma un café tendría que caminar a través del arco iris que era Deseos Artísticos. El espacio donde había estado la puerta cerrada entre las tiendas ahora estaba abierto como un pasadizo y actualmente estaba adornado con un arco de guirnaldas y lentejuelas.

Josh llevó a Robyn, Michael llevó sus cajas, y solo cuando estaban en la calle mirando afuera se detuvieron. Josh no tuvo que preguntar por qué. Era algo que hacían. Se pararon en frente de las dos tiendas, y recordaron lo que era el amor.

La pluma estaba en una pequeña caja junto con entradas para espectáculos, recibos, fotos de los dos y su certificado de matrimonio. Recientemente se agregaron los documentos de adopción de Robyn. *Todas las cosas que están cerca de nuestros corazones.*

Y cuando salieron de Londres con su manto de nieve, Josh se acomodó en el asiento del coche y sintió paz dentro de él y alrededor de él.

—Te amo mucho, —susurró.

Michael lo miró y luego a la carretera, pero estaba sonriendo. —Yo también te amo.

—¿Para siempre? —bromeó Josh.

Michael asintió, todavía concentrado en el camino, y luego dio la respuesta que nunca cambió. —Para siempre.

FIN

EL CHICO INDIGENTE EN NAVIDAD

La Navidad es tiempo para dar-pero ¿que haces cuando a nadie le importas?

Para Zachary Weston Navidad significa dormir bajo un intenso frío y nieve en un banco en el patio de una iglesia sin esperanzas para el futuro. Echado de su casa por ser homosexual, está sin dinero y sin un lugar de refugio.

Hasta que un desconocido le muestra que hay algunas personas a quién sí le importas Ben Hamilton es un policía novato en su pueblo natal. El encuentra un joven sin hogar, recién llegado de la ciudad, durmiendo en un banco en el patio de la iglesia en una Nochebuena fría y nevada.

¿Será el el que le de a Zachary su propio milagro navideño?

El Chico Indigente en Navidad



Capitulo 1

La Primera Navidad

—Oye! No puedes dormir aquí.

Zachary Weston había cerrado los ojos y se había quedado dormido. Ese simple hecho significaba que estaba físicamente exhausto, no podía seguir despierto. Rápidamente se quedó dormido. El sueño de un hombre desesperado.

A pesar del fuerte dolor en su espalda baja. Él había resistido el dolor durante la última semana. Irónicamente las heladas temperaturas habían adormecido sus extremidades, ayudándolo a calmar el dolor.

En sus sueños él veía una crepitante chimenea detrás de una reja de hierro, las flamas rojas y doradas le daban una hermosa luz al cuarto decorado por la Navidad. Un alto árbol estaba en la esquina más alejada, brillando con pequeñas dulces y brillantes luces y cintas y esferas de variados colores.

—No puedes dormir aquí.

Los regalos estaban dispersos y apilados al azar y descuidadamente acomodados, eran demasiados. Libros y música y caliente ropa estaban envueltos en brillante papel y listones plateados o dorados, su nombre escrito en letra dorada, algunos de ellos le correspondían.

—Oye, no puedes dormir aquí.

Afuera estaba nevando, no una tormenta, solo suaves copos. Que caían en una hechizante danza que

se unían en suaves capas sobre el ya escondido a la vista césped. El frío se quedaba fuera de la ventana en donde las gotas se congelaban como delgados dedos blancos que formaban patrones de hielo al azar sobre el vidrio que reflejaba los colores de las luces del árbol.

—Oye...

Zach se inclinó y tomó el primer regalo, vio a su mamá. Ella sonrió al ver a su hijo tan emocionado, asintió compartiendo el entendimiento con su papá. Ambos tenían mucho amor en sus ojos.

—¡Oye!

Alguien le hablaba fuera del cuarto, pero él no podía ver quién. Pero eso no importaba porque si se concentraba con fuerza él podría enfocarse en los regalos. Se estremeció, el frío penetraba en él, e inconscientemente se movió más cerca del fuego, frunció el ceño cuando el calor cerca de él disminuyó. Estúpido fuego. Tomó el siguiente regalo, jaló el papel rojo y plateado y descubrió una suave, gruesa y cálida sudadera, en el sorprendente azul que su mamá decía que combinaba con sus ojos. A pesar del fuego, él seguía malditamente frío, y rápidamente se puso el caliente y suave material que al hacer contacto con su congelada piel se sentía muy confortable y cálido. Sonrió mientras era envuelto del afecto, del amor y el calor de una Navidad familiar mientras él estaba con su suéter.

—No puedes dormir aquí.

Zach se despertó. La voz fuera del cuarto repentinamente estaba justo en su oído y los últimos vestigios de sueño no eran nada más que recuerdos en su cabeza. Abruptamente, sus ojos se abrieron completamente y después de un segundo, se enfocó en la fuente de las palabras. Zach realmente veía muy poco más allá de la borrosa insignia plateada y el uniforme azul marino y entonces se enfocó en los ojos de quien hablaba. Había una ligera iluminación debido a las farolas de la calle y había humo blanco en el aire, creado por la respiración del hombre. ¡Mierda!. Alguien debió haberlo visto y lo reportó, o el policía lo vio. Él se tendría que mover de nuevo. Jaló su delgada chaqueta para cubrirse, el recuerdo del suave material azul le llegó a la cabeza y se desorientó momentáneamente.

Zach tenía la esperanza de evadir a la ley, cautelosamente optimista se había quedado en el cementerio esperando que fuera un santuario para pasar la Noche Buena.

—Lo siento. —Dijo rápidamente, poniéndose de pie tan rápido como pudo moverse, eso no fue realmente rápido considerando el frío dolor que parecía dividir sus huesos en dos. Maldijo cuando se le cayó la manta de sus entumecidas manos y cayó sobre la nieve en sus pies. Eso era lo único que tenía para calentarse, una raída pieza de tela que se había robado de una tienda de segunda cuando la mujer le dio la espalda. Y ahora la maldita cosa estaba húmeda.

Aún así, ese no era el momento para preocuparse por eso; el policía quería que él se moviera. Se inclinó para levantarla, solo que la tierra pareció girar a una alarmante velocidad frente a su cara. Fuertes brazos lo sostuvieron evitando que cayera de cara en la nieve, pero él se giró rápidamente apartándose. El hombre podría ser un policía, podría usar una placa, pero nadie lo tocaba. Zach sabía lo que él podría querer del niño que aún era. Él no era un estúpido, y él había esquivado lo suficiente en la ciudad.

—¿Qué edad tienes? —el policía preguntó, viéndose preocupado y muy autoritario.

—Dieciocho —Zach rápidamente mintió. Dio un paso atrás hasta que sus piernas tocaron contra la banca en la que había estado descansando. El policía se acercó, parecía grande a pesar de ser unos centímetros más pequeño que Zach, su cara profundizó el ceño fruncido.

—¿Qué edad tienes realmente? —El policía insistió, su expresión calmada, su voz baja y curiosa.

Zach mordió su labio inferior, sintiendo la sangre caliente contra su lengua, el estremecimiento que comenzó en su interior se convirtió en un temblor manifiesto que sabía que incluso el policía lo podía ver. Cuidadosamente Zach levantó la manta, empapada y helada y trató de crear una barrera entre él y el oficial de

la policía con la intensa mirada.

—Diecisiete— finalmente dijo Zach, deteniendo los dientes para evitar que castañearan, —pero cumpliré dieciocho en unos días—. Él agregó lo último, dándole al policía una salida. Pero él quería agregar. *Solo déjame en paz. No lastimo a nadie.*

—Ben Hamilton. —El policía dijo suavemente, le extendió la mano como si esperara que Zach se la estrechara. Zach estaba confundido, esperando por el brillo de las esposas, inseguro él enterró sus manos entre la manta que sostenía.

El policía, Hamilton, no movió la mano, la sostenía firme y fija. Finalmente Zach sacó su fría mano, la textura del guante de piel del oficial era suave y extraña al tacto.

—Zach. —Se presentó con suma cautela, recordando no mencionar su apellido. El policía no lo jaló, solo asintió y retiró su mano.

—Entonces, Zach, ¿Qué sucede contigo? ¿Por qué estabas acostado en una banca de la Iglesia San Margaret en Noche Buena?

El oficial no gritó, preguntó tranquilamente, pero Zach inmediatamente iba a comenzar a defenderse. El gesto en la boca del policía era de preocupación y entrecerró los ojos mientras contestaba.

—Yo... —Zach se detuvo, pensando en las posibles mentiras, en las historias que había usado para persuadir a la gente para que lo dejara en paz. Nada parecía correcto en este momento. Había algo en el policía. Un hombre que no parecía mucho mayor que él. Un oficial que no era un policía de la ciudad sino un policía de una pequeña ciudad. No podía ser parte del sistema como los policías de la ciudad que le dirían que se fuera a casa. *No tengo casa*. Quizás... ¿quizás debería decirle la verdad?

—No puedo ir a casa ahora —finalmente dijo, sobresaltándose cuando la mano enguantada del policía trazó el moretón sobre su ojo izquierdo y la línea de su mandíbula.

—¿Quién te hizo esto, Zach? ¿Sucedió aquí en esta ciudad?

Las palabras del policía eran suaves quería compartir el secreto, suavemente insistiendo, no a modo de policía. Zach se alejó instantáneamente del suave toque. Una fría cuchillada de incertidumbre se le clavaba en la piel mientras que contemplaba los oscuros terrenos de la solitaria iglesia con este hombre. Parecía suficientemente amistoso, pero ¿Qué si solo era otra actuación? Cuidadosamente y tratando de no revelar sus intenciones, el vio a la izquierda y luego a la derecha. Si él fuera a correr, necesitaba saber a dónde dirigirse o podría ser arrinconado si le daba la delantera. A la derecha había un denso follaje que bloqueaba la salida, a la izquierda estaba la puerta del cementerio de la iglesia y unos escalones de piedra. Esa era la mejor apuesta. Cambió el peso a su pierna derecha preparándose para en un momento empujarlo y correr hacia la puerta. Su pierna tembló con el aumento de presión y sabía que probablemente se caería con el primer escalón. Aun así cualquier plan era mejor que no tener un plan.

—Me caí —dijo firmemente, la misma línea que había usado la mayor parte de su vida, la misma línea con la que se había ganado miradas que iban de la piedad a la duda. Cuando él les decía esas palabras a la gente de los comedores de beneficencia, a los policías en la esquina, o en el albergue de desamparados, le habían insultado, le habían hecho proposiciones, le habían gritado o empujado con disgusto. No esperaba más de otro hombre con autoridad.

—Uh huh. —El oficial no presionó por más información, solo asintió ante la sencilla declaración y dio un paso apartándose. Él habló directamente en su radio. — Me dirijo a casa ahora nada de qué preocuparse en la iglesia. —La estática quebraba la calma de la nieve cayendo en el aire, una delgada voz respondió el mensaje en el radio con una serie de códigos y un nombre, Ben. El policía vio a Zach, y Zach evaluó que ahora el policía estaba a dos pasos de distancia de él, dirigirse a la puerta sería más fácil. —No puedes quedarte aquí. Te encontraré un cuarto para esta noche, trataremos con lo demás mañana.

Zach abrió más los ojos. No iba a ir a ningún lado con extraños, no a menos que él estuviera bajo arresto. ¿Ese policía iba a encontrarle un cuarto? *Probablemente uno en las afueras llamado motel. Mierda*. No había forma de que eso fuera a suceder. Apenas y había salido con vida dos noches antes de una propuesta mucho más envuelta en la sugerencia de esperanza que lo que el policía le había dado. Zach había sido más que ingenuo.

Enderezándose en toda su altura él apretó los labios con determinación. Él no iba a intercambiar un infierno por otro, no correría el riesgo.

—No. Gracias, pero no, tengo que... ir a la estación a tomar el tren. —Trató de que su voz no se oyera con desesperanza, intentó oírse seguro. Oyó las palabras en su cabeza y él sabía exactamente lo que él estaba diciendo. Claramente tenía el propósito de quedarse en la banca bajo la nieve la Noche Buena y el policía debería de respetar eso. Este es un país libre.

—Está bien, Zach —el policía suspiró—, podemos hacerlo de una de dos maneras. Es tarde y es la noche antes de Navidad. Realmente quiero ir a casa a estar con mi familia y tú lo estás haciendo muy difícil. Ahora o vienes conmigo, a comer algo decente, darte una ducha y quizás ponerte algo de ropa cálida y luego tener un buen sueño en una cálida cama. Esa sería tu elección, o puedo hacer esto oficial, arrestarte y obligarte a ir.

Zach oía cada palabra viendo alrededor desesperado, la pequeña iglesia, el cementerio, la banca, la nieve y de nuevo al policía que realmente se veía joven frente a él. Estaba tan enprobleado. El hielo bajo sus pies subía por sus miembros llevando ese insistente dolor. Estaba perdiendo la fuerza de sus piernas. Él había estado huyendo durante muchos días, había logrado mantenerse lejos de todo y de todos, y solo faltaban dos días más para que dejara de huir. ¿Por qué ahora su cuerpo había decidido renunciar?

—Entonces —el policía continuó—, no tenemos toda la noche. Realmente no quiero pasar toda la Noche Buena parado ante tu cuerpo congelado y explicando tu muerte a los médicos. ¿Entonces que eliges?

Él no tenía una elección. Esa era una situación sin elección. Él sabía eso y el policía sabía eso. Se enderezó lo mejor que pudo. El dolor en su baja espalda ardía más que lo usual, a pesar de que el frío de la banca lo había entumecido ligeramente.

—Está bien. —Zach dijo tranquilamente. Después de todo él era un policía. ¿Qué podía estar mal en querer estar caliente una sola noche? —¿No en una celda? —preguntó cautelosamente.

El oficial Hamilton se dio media vuelta y comenzó a alejarse de la banca.

—No, no en una celda.

—¿Lo promete? —¡Maldición! ¿Podría haberse oído más infantil? Había manera de que se oyera como un adulto responsable que tenía bajo control su vida. No.

El policía se detuvo al verlo, y metió las manos en

los bolsillos de su gruesa chaqueta. Zach se encontró viéndolo con envidia.

—Lo prometo. —Se giró, claramente esperando que Zach lo siguiera, cómo lo hizo. Él lo hizo. Recorrió el helado camino con los delgados tenis que se había encontrado tirados hace una semana. Maldijo por lo bajo, el policía llevaba botas que le ofrecían agarre para la nieve y él tenía que luchar para mantenerse de pie. Era humillante andar trastabillando por el camino igual a un patético perrito perdido detrás del policía. Al mismo tiempo, Zach admitía que él no podría rebasar al policía si decidiera actuar ante el impulso de alejarse como alma que lleva el diablo del hombre uniformado. Así que lo siguió lo mejor que pudo.



Caminaron en silencio por cerca de unos diez minutos en las frías calles vacías, pasaron por la plaza principal y la pequeña biblioteca con un reloj en la pared. Eso le decía que eran las once y media.

El policía se detuvo frente a la pequeña tienda con el letrero de cerrado en la puerta, revisando la puerta y viendo el vacío interior.

Zach solo veía, raspando el hielo de los tenis con la banqueta. Entonces el policía guio a Zach hacia su casa al final de una hilera de casas similares. Las cortinas estaban abiertas y Zach pudo ver por la ventana, las luces del árbol de Navidad dándoles la bienvenida a ellos que seguían el limpio camino. El oficial Hamilton se desató sus botas de nieve en la puerta y le indico a Zach que lo siguiera.

Zach vaciló. Podía sentir el calor del interior, al ver las suaves luces de Navidad que decoraban la

casa. Sin embargo el policía le estaba pidiendo que entrara a su casa. Nadie sabría que Zach había entrado en la casa. Con el policía. Con un extraño.

—¿Ben? —La voz era suave, y una mujer apareció desde alguna parte del interior del brillantemente iluminado vestíbulo, deteniéndose a un lado del policía. Ella era pequeña y bien arreglada y tenía una expresión de preocupación en la cara. Ella le recordaba a su propia madre, sin la mirada de agotamiento que ella siempre parecía llevar—. ¿Que sucede?

—El policía se quitó la chaqueta y la colgó en un gancho, quitándose los guantes y las pesadas botas.

—Tenemos un huésped por Navidad, Mamá — contestó suavemente, haciéndole señas a Zach por la puerta del frente y, como si entrara en un sueño, arrullado en parte por la voz de la mujer, Zach entró por el umbral. El calor contra su congelada piel se sentía caliente y doloroso y parpadeo ante el repentino cambio en su cuerpo mientras cerraba la puerta detrás de él. Un momentáneo miedo hizo que le doliera el estómago. Él no había estado detrás de una puerta cerrada en una semana y estar ahí lo sentía como una prisión mientras rápidamente podía decir.

Acogedor interior.

El policía, Ben, lo guio al interior del cuarto, donde la chimenea crepitaba detrás de una reja, el árbol estaba cerca

de la ventana y había regalos distribuidos al azar por el suelo. Zach le dio una real mirada al hombre que lo había sacado del cementerio de la iglesia. Era ligeramente más bajo que Zach, sólidos y fuertes músculos, cabello oscuro y ojos avellana. El uniforme se veía bien en él, ajustado y limpio. Zach odiaba los uniformes. El policía no se veía como el oficial que cuida la seguridad en los parques o en el oscuro lugar en donde él se había dormido. No se veía fastidioso o suspicaz ni duro. Eso ponía nervioso a Zach el enfrentarse con la contradicción en su mente.

—Este es Zach. Necesita algo de ropa y un lugar donde pasar la noche. —La voz de Ben era profunda y segura. Él no dio excusas por traer a un extraño a la casa de su mamá, y en respuesta, ella no se veía para nada enojada. ¿Qué, esto era como una casa de familia de telenovela?

—Hola, Zach. —Se estremeció ante las suaves palabras de la mamá del policía. —Ve y límpiate y yo calentare algo de sopa—. Ella no esperó a que él respondiera sí o no, pero en ese momento, Zach pensó que un baño limpio y realmente lavarse y quizás una cena caliente sería suficiente como para hacer que llorara. — Ben, muéstrale a Zach el cuarto de baño, dale una maquina de afeitar desechable, unas toallas y algo de tu ropa, querido—. Ella entonces le sonrió, pero Zach estaba desorientado, exhausto, y adolorido. Todo lo que pudo hacer fue quedarse de pie, no pudo formar palabras ni siquiera corresponder la sonrisa.



La siguiente hora fue un estupor de calor y agua en la ducha, la puerta la había cerrado con llave para que nadie pudiera entrar. La cuchilla de afeitar raspó al retirar el delgado vello de su barba de la cara. No había usado un cepillo de dientes en una semana. Se cepilló los dientes con un nuevo cepillo mientras se veía en el espejo sobre el lavabo. Zach finalmente se sintió limpio por primera vez en siete días.

La última vez que él había logrado limpiarse había sido hace dos días en la sala de espera de la estación de autobuses y el agua del lavabo estaba sospechosamente café. Tenía un boleto para salir de la ciudad en el bolsillo, a donde lo pudieran llevar, dieciocho dólares y veinte centavos. Por su propia seguridad él necesitaba salir de Harrisonburg. Solo Dios sabría a donde lo llevaría el camino, pero mientras él había trazado con su dedo a lo largo de la ruta 181 en el mapa en la pared, había esperado que quizás pudiera llegar hasta Winchester. Ahí era donde un primo segundo vivía y quizás ellos podrían aceptarlo hasta después de año nuevo.

La asistente detrás de la ventanilla realmente no se había reído de él, pero ella le dejó claro que sería afortunado si lograba llegar a mitad del camino con esa singular manera de los adultos que venden boletos. Él había aceptado lo que había conseguido. Terminando aquí en Dios sabe en qué lugar de Virginia, a medio camino de la seguridad.

Se observó a sí mismo desapasionadamente en el espejo de cuerpo completo en la puerta del cuarto de baño. Su cuerpo siempre había estado demasiado delgado, mientras crecía rápidamente, pero ahora su cuerpo era huesudo. Sus ojos se veían cansados y su piel tenía un tono gris que hacía incluso más notoria su delgadez. Al menos su cabello estaba limpio, cepilló hacia atrás su húmedo cabello rubio oscuro alejándolo de la cara. Sus ojos azules parecían salirse de su cara. Estaban rojos y con ojeras y el hematoma púrpura en el borde no ayudaba en el asunto. Se veía patético. Se sentía patético.

El policía le había dejado unos pantalones de algodón eran un poco cortos para su largo y delgado cuerpo, pero estaban calientitos y secos y se sentía limpio usándolos, sobre su limpia piel. Él se puso la camiseta y después una sudadera y se secó el cabello con la toalla y se vio de nuevo en el espejo del cuarto de baño, inesperadas lágrimas llenaron sus ojos. Por primera vez en días, Zach estaba realmente viéndose a sí mismo en algo diferente al aparador de una tienda. Sabía que había perdido mucho peso, podía sentirlo en los jeans que había estado usando, pero en el espejo solo veía una sombra de sí mismo, golpeado, exhausto y tan malditamente delgado.

Él se veía como el estereotipo del chico de la calle, y se asustó que en tan poco tiempo hubiera desaparecido el adolescente normal que luchaba con la escuela, quebrándose ante la imagen frente a él.

Él sabía que él tenía que enfrentar al policía y a la mamá del policía porque seguro como el infierno que no podría quedarse en el cuarto de baño para siempre.

Cuidadosamente él abrió la puerta de baño, una pequeña parte de él esperaba que el policía estuviera afuera con las esposas. Él no estaba ahí, pero eso no hizo que Zach se sintiera menos nervioso. Se dirigió al pasillo, siguiendo las voces hacia la cocina. Aparentemente ellos estaban hablando acerca de él, porque cuando entró al cuarto, el silencio fue inmediato y de alguna manera incómodo. El policía estaba sentado frente a la mesa con una taza en sus manos, se veía imposiblemente joven para ser un policía a la brillante luz de la cocina. Su —*de Ben*— mamá estaba junto a la estufa moviendo algo en una olla. Sus claros ojos avellana eran cálidos mientras ella lo veía a él, sus labios se curvaron en una sonrisa. Tendría que tener cuidado con lo que dijera y no hablar demasiado de sí mismo.

—¿Caldo de pollo está bien, cariño? —ella preguntó gentilmente, cuidadosamente.

—Dios si, —Zach dijo rápidamente, hizo un gesto de dolor ante su pérdida de control y se dio cuenta lo que había dicho. Era posible que se sintiera alejado de Dios por dejar que lo golpeara y lo rechazara su padre, pero eso no significaba que los otros no tuvieran creencias. Debía cuidar mejor su boca. —Lo siento, señora —baluceo rápidamente—, quiero decir, si, me gustaría algo de sopa.

El policía resopló divertido y su mamá palmeó el hombro de su hijo, amonestándolo por el inapropiado comportamiento. Ella sirvió lo que parecía el cielo en un tazón, diciéndole a Zach que se sentara y procedió a verlo como un halcón a su comida. Él no podría preocuparse por la forma en que ella lo veía o el policía que no se había movido de su asiento y aún lo observaba. De hecho probablemente ambos lo estaban juzgando por su apariencia y por donde lo había encontrado el policía.

—¿Ben, querido, ya estas libre?

—Hasta mañana.

—Ve y quítate el uniforme. Hay algo de tu ropa arriba del último fin de semana. Quizás puedas darme algo de tiempo a mí y al joven Zach para que hablemos.

Zach levantó la cabeza, con su pan a medio camino de la boca. *Hablar. Mierda.* Estaba tan enproblegado.

—Regreso en diez minutos, —Ben dijo, claro y firme, y Zach lo miró, había una advertencia en la expresión del policía —*No te metas con mi mamá.* Asintió ligeramente para hacerle saber a Ben que había entendido el mensaje y vio como el hombre de anchos hombros dejaba la cocina.

—Entonces, Zach, ¿supongo que no estás aquí por que tú lo hayas decidido? —Ella comenzó muy

inocentemente mientras le servía más sopa y le daba más pan. Ella lo miraba fijamente. Se preguntaba qué era lo que ella veía en él y se sintió avergonzado de los viejos y nuevos hematomas en su cara, medio cubiertos por el aún mojado cabello rubio que lo tenía hacia su cara para esconderlos. Sabía que se veía más joven de sus cerca de dieciocho y que fácilmente lo confundían con alguien menor. Zach estaba consciente de cada pequeña sensación en su cuerpo, el calor, la paz, la quietud, la aceptación, pero todo eso era un error en ese momento. Él no se merecía eso, y no sabía cómo manejarlo.

—No, señora —finalmente dijo, mordiendo el pan y unas migajas cayeron en su sopa mientras comía. Si él tenía la boca llena de comida, quizás él podría evitar decir algo más. Había tenido suficientes sermones en su vida como para ser capaz de evadirlos.

—Ben dice que casi tienes dieciocho, pero que solo sabe tu primer nombre.

Maldición. Su apellido, ella quería saber su apellido. Él supuso que ya no importaba mucho ahora, cuando no había manera de que regresara a su casa. Solo faltaban dos días para que cumpliera dieciocho. Era demasiado tarde para que la mamá del policía rastreara a su familia. Tragó el pan y la sopa de su boca y se limpió la boca con el dorso de la mano, él captó la tranquilidad en los ojos de la mujer.

—Zachary Weston, señora —él finalmente se presentó—. Cumpló dieciocho el veintisiete de diciembre. —Ella asintió pensativamente y él rápidamente se llevó otra cucharada de sopa a la boca, el calor se deslizaba por su garganta como un cálido terciopelo. Ella no habló inmediatamente, solo veía la taza entre sus manos antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Puedes decirme por qué no estás en casa con tu familia? —Ella vaciló por un momento, inclinando la cabeza a un lado. —Supongo que tienes familia.

—Si, señora, tengo familia. Mamá, papa y una hermana. Ellos —mi papá— ya no me quería en la casa.

—¿Qué hiciste para merecer eso? ¿Estabas con la gente equivocada? ¿Drogas? ¿Alcohol?

El dolor se disparó en su interior ante las opciones que ella le daba. Eran las razones por las que un joven generalmente se quedaba sin hogar. ¿Ella pensaba que él era un adicto? Nunca había tocado un cigarrillo, menos drogas o alcohol... cerró los ojos brevemente. ¿Por qué pensaba ella que él era el culpable? Sabía que se veía lo suficientemente mal como para que la gente supusiera que estaba en algo que lo dañaba. Evitó su mirada viendo fascinado la sopa, su cabello cayó de nuevo escondiéndose así de la perspicaz mirada. ¿Debería decirle toda la historia? ¿Podría ella querer oír todos los reales detalles? Otra gente había preguntado, pero ellos realmente no querían oír.

¿Debería él darle todos los detalles acerca del estricto ex-militar que era su padre quien creía que las lecciones deberían aprenderse mediante castigos corporales? ¿O del hecho de haber sido educado en casa y del hecho de que no tenía amigos? Quizás solo debería de ir por la opción más fácil, la verdad de fondo de lo que le sucedía. Él no quería mentirle. La vio directamente, la sopa se sentía inestable en su estómago.

—Sucedió porque soy homosexual —él dijo simple y suavemente y ella se inclinó para oírlo, entonces ella frunció el ceño y se recargo en su silla.

—¿Y huiste? —ella preguntó simplemente.

—¡No!— La reacción de Zach fue instantánea. — Ellos trataron de arreglarme, pero eso no funcionó. No quería que funcionara. Ellos me dijeron que me fuera.

—Ya veo. —Eso fue todo lo que ella dijo. No oyó disgusto en su voz, pero eso no fue como que ella saltara inmediatamente y descartara lo homosexual y lo abrazara.

—Gracias por la sopa, señora. Aprecio su ayuda y la de su hijo. —Él tropezó al levantarse, sintiendo agujas y alfileres en las piernas, y se dirigió al pasillo solo para detenerse porque el oficial estaba bloqueando su camino. El hombre se veía fresco de la ducha con el oscuro cabello en puntas y sus ojos avellana viéndolo intensamente, se veía menos como policía y más como un tipo normal.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó, con su cabeza inclinada como enfatizando la pregunta. Zach vio la intrigada mirada en los ojos del tipo y entonces vio una profunda compasión que no había visto en mucho tiempo.

—Me voy, señor...oficial. Mire, gracias por su ayuda. Lo siento. —Las palabras de Zach salieron temblorosas, pero se aseguró de que su intención fuera obvia. Él estaba determinado a irse. Ellos no lo iban a querer bajo su techo ahora. Al menos él había conseguido llevar una comida caliente a su estómago y sería un maldito si regresaba la cálida ropa que usaba. Solo tenía que encontrar sus zapatos, y podría irse. Probablemente podría adelantarse al policía, tenía buenas posibilidades dado que el otro hombre estaba descalzo. Zach bajó su mirada y arrastró los pies pasando por su lado, pero fue detenido por una fuerte mano en su brazo.

—¿Mamá? ¿Él te hizo algo? ¿Estás bien?

Ben ignoró a Zach, que se movió de un pie al otro tratando de liberarse del agarre de Ben, la ansiedad y el pánico se construían en su interior. Él no le había hecho nada a la mamá del policía; él no podría. Débilmente él jaló su brazo, pero el maldito policía lo tenía con un agarre de acero.

—Parece que los padres de Zach lo echaron por ser homosexual — ella le contestó simplemente. Zach se jaló logrando moverse en el cuarto. La expresión de Ben cambió a ira. *Mierda*, Zach pensó inmediatamente, *aquí viene*. Y cuando el policía levantó una mano, Zach se encontró preparándose para el inminente golpe.

En lugar de eso, el policía colocó su mano suavemente en el hombro de Zach y pareció ignorar el hecho de que Zach se había hundido de miedo.

—Eso sucede mucho —dijo el policía simplemente, su cara de alguna manera parecía amable cuando dijo eso—, pero en esta casa eso no es un problema. Mamá tiene un hijo hetero, casado y con dos hijos, y una hija con dos novios al mismo tiempo. —Hizo una pausa, dejando que entendiera la primera parte. — Además ella me tiene a mí, a su hijo policía homosexual.

—Oh —fue todo lo que Zach pudo decir, frotándose el brazo en donde Ben lo había agarrado para aliviar el dolor.

—El que seas homosexual no es algo que afecte el que te quedes aquí. ¿Bien?

Zach se giró para ver que la mamá de Ben, seguía sentada ante la mesa, ella estaba asintiendo estando de acuerdo. Se sentía extraño. Era como una amable e irreal reunión con gente excepcionalmente linda que eran amables con un extremadamente solitario joven de la calle. Parpadeó, abriendo más los ojos a todo lo que lo hundía, demasiado bueno para ser verdad, pero de algún modo era muy real.

—Me voy a la cama, Ben. Por qué no te sientas un momento con Zach, y luego le muestras el antiguo cuarto de Jamie, hay ropa de cama limpia en el closet. — Ella se levantó dejó los tazones en el fregadero y abrazó a su hijo. —Ellie llegará a las dos. Ella lo prometió. Así que mantente despierto por mí.

El Chico Indigente en Navidad

ACERCA DEL AUTOR

R.J. Scott vive en las afueras de Londres. Ella escribe desde los seis años, cuando ella se quedó castigada por una infracción que involucraba galletas y escribió una historia. Después de una historia en los dos lados de una hoja acerca de una princesa atrapada, una amante escritora había nacido.

Ella ama leer cualquier cosa de thrillers de ciencia ficción u horror; sin embargo su real amor siempre ha sido el mundo del romance. Su meta es escribir historias con emoción y romance, problemas en el camino para alcanzar la felicidad y ser felices para siempre.

También de RJ Scott

www.rjscott.co.uk
rj@rjscott.co.uk



LETA BLAKE

Sueños en las Montañas Humeantes



Algunas veces, aferrarse a algo significa dejarlo ir

Después de renunciar a su carrera como cantante de música country en Nashville, Christopher Ryder es feliz actuando en el parque temático Sueños en las Montañas Humeantes de Tennessee. Pero mientras que su querida Nana lo quiere tal y como es, Christopher se siente dolorosamente invisible para el resto del mundo. Incluso cuando está en el centro del escenario, anhela que alguien vea quién realmente es.

El joven bisexual Jesse Birch no tiene tiempo en su vida para salir con nadie. Centrado en la educación de dos niños y peleando constantemente con la familia después de que un trágico accidente le arrebatara a la madre de sus hijos, no siente interés por nada más allá de un polvo ocasional. Entre sus planes no se encuentra de ningún modo enamorarse de su cantante local favorito, pero cuando Christopher entra en su taller de joyería, Jesse escucha una nueva canción en su corazón.

[BUY NOW](#)